



Gilberto Ramírez Santacruz

Relatorios

Índice

Pueblo de locos
La vida en la ciudad
Las dudas de un verdugo
El baile
La humillación
La célula
El honor de los vencidos
El hombre que tiró su vergüenza
El grito de Triana
Sargenta de López
Tirado en la calle
La sombra y algo más
La carcajada
Postales del cielo
El tren sin horario
Morir después

-5- Y entonces yo me pregunto a mi vez qué es lo que hago realmente, o para decirlo de otra manera, por qué escribo, que es lo que se pregunta todo el mundo cuando se le cruza por delante uno de nosotros, y entonces uno pone cara de atormentado y dice que está en la Gran Cosa, la misión y toda esa lata, pero yo sé que a mi amigo

Lirio Rocha no puedo decirle nada de eso porque él sí que está en la Gran Cosa, esto es, en la vida...

Haroldo Conti

-[6]- -7-

Pueblo de locos

Veréis con frecuencia que el más loco se ríe con más ganas del que lo es menos.

Erasmus

A todos les llamaba la atención que en Tatauá hubiera tantos locos. Algunos decían que era una maldición de Dios. Otros, porque el pueblo se volvió ateo y materialista; y la prueba estaba, según el cura, en que muy poca gente asistía a misa los domingos. Los más sensatos, en cambio, pensaban que la causa estaba en la mala alimentación del pueblo. Pero lo cierto es que Tatauá estaba poblado por innumerables locos, sordos, mudos, tullidos y mancos. Muchos de ellos famosos, y otros casi desconocidos.

Felipe

Entre los locos Felipe era palabra mayor. Su zona de influencia abarcaba todo el pueblo. Ninguno de los locos podía actuar sin su autorización. Por eso algunos de ellos debían trasladarse a otros pueblos para traer el sustento. Porque Felipe era una suerte de autoridad máxima entre sus pares y respetado como tal. Solamente él -8- podía habilitar a sus colegas para ocupar un sitio en el mercado, en la estación o en la iglesia. Felipe, además de comandar en el pueblo, llevaba adelante varias actividades. De lunes a lunes estaba firme en la carnicería. Apenas llegaba en carreta la carne del matadero, Felipe agarraba su carretilla y llevaba el cuero a una curtiembre. Luego regresaba a la carnicería y retiraba su infaltable rabo. En Tatauá, desde tiempos inmemoriales, nadie conocía el gusto del rabo; ya que nadie sabía cuando empezó a achurarse por la cola. Y sucedió más de una vez que un carnicero nuevo, que no conocía la irascibilidad de Felipe, cometió la inocencia de querer reemplazarle el rabo con la mejor carne, y recibió a cambio hondazos de su infalible gomera. Otras veces también sucedió que la vaca directamente no

tenía cola, porque de ternera se le cayó agusanada o porque se la cortaron por ahí. En estos casos, era imprescindible mostrar primero a Felipe y luego carnearla, para que él -convencido- pudiera optar por otra cosa. Felipe era parte del paisaje del pueblo, recorriendo las calles con su maleta al cuello y su carretilla llena de cosas. Con su carretilla se lo veía ir con una bolsa de maíz, o porotos, luego volvía con otra de azúcar o galletas. Siempre hacía de carguero en todo el pueblo. Llevaba y traía de todo: mercaderías, cueros, leñas, chismes y verdades. Era prácticamente el portavoz y noticioso de Tatakúá. Nadie sabía cómo, pero a Felipe no se le escapaba nada. Negociados, desvirgaciones, infidelidades, delaciones, robo y toda la infamia del pueblo.

Felipe era un artista de la sobrevivencia. Tenía varias formas de ganarse dignamente el pan. Por épocas los carniceros decidían no carnear por falta de ventas, entonces Felipe recurría a proveer de yuyos refrescantes y medicinales al pueblo. Más de una vez vendió alguna raíz parecida como batatilla o perudilla. Para colmo, el caso más conocido fue con el farmacéutico de Tatakúá, que le había comprado raíces para el tereré. Por descuido, se le había caído una bajo la mesa. Con el tiempo brotó y resultó ser de una planta enredadera conocida como mbaracajá pysapê, uñas de gato.

-9-

Además Felipe era en el pueblo el más importante fabricante de bodoques para gomerá; ya que todos los niños los hacían caseramente. Pero él ofrecía calidad y variedad en precios. Tenía bodoques de primera calidad (con brillo), normales y de secado rápido. Entonces, Felipe alternaba cualquiera de sus posibilidades de subsistencia, según cómo se presentaba la situación. Pero Felipe jamás pidió limosna, siempre se ganó la vida con el sudor de su cuerpo.

En pocas palabras, Felipe llevaba en el pueblo una vida muy activa. Cuentan por ahí que en principio vivía en el pueblo mismo y luego se mudó a la periferia por orden del párroco, después que provocó un escándalo durante una misa de boda.

Cuando vivía Felipe en Tatakúá era vecino de los Fernández Vera, la familia más adinerada y reconocida del pueblo y sus alrededores. Porque «Almacén Fernández Vera, Ramos Generales» ocupaba casi toda una manzana y en el fondo, un yuyal inservible, habitaba Felipe en una casita de adobe y paja. Vivía solo y sin molestar a nadie. Desde allí se movilizaba con su carretilla de trabajo -porque tenía otra de paseo- todas las mañanas a entregar mercaderías de los Fernández Vera o llevar el cuero a la barraca. Mantenía una fluida relación, casi familiar, con los Fernández Vera, especialmente con las hijas de don Baldomero, a quienes hacía de correo con algunos pretendientes o novios.

Todo iba normal. Felipe carretilleaba cargas de todo tipo o sacaba con su carretilla linda a pasear por el pueblo, algunas tardes, a la Viuda de Riquelme, una «señora bien» venida a menos y que a raíz de una enfermedad quedó paralítica. Y Felipe muchas tardes le hacía pasear por Tatakúá con la carretilla, y algunos domingos le llevaba a la misa. Cuando no trabajaba con su carretilla salía a vender bodoques o yuyos.

Todo iba normal. Pero un día Julia, la hija mayor de don Baldomero Fernández Vera, decidió casarse con Adalberto Godoy, un joven acopiador de

frutos del país en rápido ascenso comercial y social. Varios días fue la noticia más importante de Tatakúá. «Se va a casar Julia». «Qué suerte tiene Adalberto Godoy». «No cualquiera se casa con la dos veces -10- Reina de Tatakúá». «La más linda de los Fernández Vera». «La más rica de Tatakúá».

Así también los preparativos fueron grandiosos. Cientos de invitados. Algunos venidos expresamente de Asunción. Don Baldomero para la ocasión mandó traer tres vaquillonas de su estancia, cientos de patos, gallinas, cerdos, ovejas y todo lo mejor que se puede lograr en un pueblito. Mandó pintar la casa, podar los árboles, limpiar todo el patio poblado de naranjos y bananos. Los postes del cerco también fueron pintados y el alambrado, tensado nuevamente. Y el fondo que daba con el predio que ocupaba Felipe fue disimulado amontonando carretas, escaleras, maderas y otros elementos de trabajo. Todo quedó perfecto y listo para cuando llegara la tan esperada fecha.

Se repartieron las invitaciones. Unas pocas en el pueblo y el resto a los amigos comerciantes y familiares de San José, Villarrica y Asunción. Como nunca en Tatakúá trabajaron los sastres y los zapateros para vestir a los selectos invitados. Las tiendas no daban abasto en la venta de telas, jabones finos y ropas interiores. Tatakúá fue arrasado por un embriagante olor a naftalina y lociones añejadas.

Cuando llegó el día de la boda todos los preparativos estaban ultimados. En la víspera ya vinieron llegando los invitados de las ciudades. Don Baldomero se sentía realizado al ver que sus invitados venían llegando en automóviles y de a poco iban llenando el frente de «Almacén Fernández Vera, Ramos Generales». El sábado también llegaron más invitados, todos en coches. Por eso después en Tatakúá alguien murmuró que don Baldomero invitó en las ciudades exclusivamente a los que tenían autos, «para luego purear en el pueblo».

-¡Cuántos coches y toditos importados! -comentó satisfecho don Baldomero al pasar revista a los automóviles estacionados delante de su casa.

-Eso es normal, don Baldó -le respondió el maestro Venialgo que estaba llegando trajeado a la fiesta y le había salido a recibir.

-¿Cómo normal, Venialgo? ¿Quién en el pueblo fue capaz de traer invitados tan selectos? -respondió casi ofendido.

-11-

-No, don Baldomero. Yo me refería a los coches. Es normal que sean todos importados, porque el Paraguay apenas produce carretas y carretillas -tranquilizó el maestro y entró en la fiesta.

Pero todo esto viene a cuento de lo que pasó aquella noche en la iglesia, durante la boda de Julia y Adalberto Godoy. El párroco Mereles estaba contento con su iglesia repleta, aunque de gente extraña y no de sus fieles del pueblo. El altar se iluminó y se decoró con flores especialmente. Un silencio acongojado reinaba entre los presentes. Comenzó el cura a hablar del sacramento, el compromiso y todas las cosas de rigor. Los padres de los novios lloriqueaban de emoción. Julia sonrió y guiñó un ojo a su madre que sollozaba ruidosamente. Adalberto Godoy miraba duro como una estatua al sacerdote que recitaba versículos bíblicos y caminaba de un lado a otro en el púlpito. Pero la emoción del público subió al máximo, cuando el cura se acercó a los novios y los iba a hacer marido y

mujer... Se escuchó un cuchicheo general y gente que se movía para todos lados. Los que estaban adelante empujaban hasta a los novios. Indudablemente, alguien se venía abriendo paso hacia el altar. En ese instante de desconcierto generalizado, apareció Felipe baboseando de rabia y se abalanzaba hacia la novia. Le tomó a Julia del brazo y empujó a Godoy hacia un lado. Este trastabilló y tuvo que apoyarse en don Baldomero para no caer. Pero Felipe no dejaba de hacer el gesto de que Julia le pertenecía como mujer y que Godoy pagaría caro. Luego Felipe se calmó y se puso a llorar desconsoladamente. El pa'i Mereles hizo una seña a los hombres que estaban adelante y lo sacaron como una bolsa de mandioca del púlpito.

Desde aquel escándalo Felipe no volvió a su casa que lindaba con los Fernández Vera. De la comisaría lo trasladaron directamente al barrio karapé, un bajío ubicado a un kilómetro del centro de Tatakúá. Según el comisario, Felipe salió nuevamente libre -a pesar de la presión de don Baldomero Fernández Vera- porque confesó el motivo por el cual creó la batahola. Julia y Felipe se encontraban algunas siestas en el fondo donde se unían sus patios. Felipe, entró en detalles, -12- pero el comisario sólo explicó que él la sentía como mujer propia a Julia y por eso hizo lo que hizo.

Y todo se solucionó. Julia igualmente logró casarse con Adalberto Godoy que se hizo el tonto. Felipe prometió al comisario que no volvería a molestar a la señora Julia Fernández Vera de Godoy.

Desde aquellos días se lo veía a Felipe diariamente, con lluvia o sin lluvia, cruzar el pueblo con su figura enclenque y haraposos; con su bolso al cuello cargado de bodoques y yuyos; con su carretilla cargada de cueros o de la Viuda de Riquelme. Pero siempre ganando el pan de cualquier forma. Jamás fue un impedimento su condición de sordomudo. Felipe oía, hablaba y vivía con dignidad como otros tatakueños.

Simona

Se cuenta en el pueblo que Simona también pordioseaba antes en el mercado de Tatakúá. Hasta que un día no apareció más. Después alguien explicó que tuvo un altercado con Felipe y éste la despidió para siempre de ese lugar. Tampoco faltó quien acusara a Felipe de haber abusado de su autoridad, queriendo someter a Simona bajo su renombrado instinto.

La cuestión es que Simona desde entonces limosneaba en San José, a 2 leguas de Tatakúá y a donde marchaba todas las madrugadas y llegaba antes que el sol. Todo para conseguir, a veces, un pedazo de bofe o algún hueso loco. Según cuentan sus vecinos, Simona escuchaba y hablaba pero a solas. Jamás en el pueblo pronunció una palabra ni dio señal de su capacidad auditiva. Pero indudablemente su mejor sentido era el de la vista, ya que ostentaba en su rostro fino dos ojos feroces que apenas dejaban lugar para la disimulada nariz.

Simona era joven y hubiera parecido normal si no fuera por sus ojos

alucinados y la cabellera larga y suelta barriendo el suelo tras su paso. Simona vivía con su madre muy anciana, de alrededor de 90 años. La -13- mala lengua decía que a Simona la mamá la tuvo cuando tenía ya los 60 años, y que por eso ella salió loca. Pero la gente seria decía que Simona fue encontrada en la estación de tren en una valija, aparentemente olvidada por alguien en el apuro.

Es cierto, Simona vivía con la madre pero jamás compartió con ella la casa. Prefería habitar una especie de madriguera o nido que construyó ella misma bajo un naranjo, en el patio trasero. Nunca pasó el umbral de su madre, tenía terror a las casas o a la idea del encierro. Se pasaba los días de frío y calor metida en su refugio de paja y hojas secas. Salvo los días de lluvia que salía al patio, se arrodillaba como rezando y se dejaba llover todo el tiempo que podía, hasta las últimas gotas. Pero ella jamás tuvo aspecto de sucia, siempre vestía su bolsa limpia. En San José conseguía bolsas de azúcar y ella misma, agujereando para el cuello y los brazos, confeccionaba para su vestido largo y suelto; ahorrando así ropas interiores, aunque sin poder evitar las leyendas del producto que había contenido su tela.

Simona para las 8 de la mañana ya estaba de vuelta del matadero de San José, trayendo un pedazo de tripas, mondongo o cualquier otra menudencia. Y se sospechaba que comía todo crudo, porque nunca se le vio hacer fuego. Así vivía Simona. Siempre guarecida en su escondite. La gente de Tatakúá solamente la veía al regresar de San José, religiosamente todas las mañanas. Y los vecinos, también cuando llovía. Partía tan temprano al matadero que ni los luceros a menudo la podían acompañar.

Hasta que de un día para otro, el regreso diario de Simona del matarife se convirtió en un espectáculo digno de ver. No a Simona, sino a la gente que la miraba a escondidas. El motivo: la transformación de su baja y fina figura. Bajo su vestido suelto comenzó a crecer un bulto, como si se hubiera tragado una pelota. No faltó quien se atreviera a decir que estaba embarazada. Fue el escándalo del pueblo y el asombro de todos. Como si hubiera parido una mula o saliese el sol en plena noche. Todos quedaron boquiabiertos. Pero la sorpresa fue la sorpresa -14- que causó en Tatakúá, un pueblo que hace tiempo había perdido su capacidad de asombro y en donde nada dejó de ocurrir.

El pueblo se dio vuelta como un bolsillo vacío y cundió el espanto, la vergüenza y deshonra para Tatakúá. Los pueblos aledaños ni se dieron por enterados, inclusive en San José nadie vio rareza en que una mujer -aunque loca- quedara encinta. Sólo Tatakúá se revolcaba en su propio estiércol. Para mayor preocupación del pueblo, Simona no cambió en nada su ritmo de vida. Cuanto más preñada estaba, cruzaba más lentamente el pueblo camino a su casa.

Tampoco faltó quien vigilara el refugio de Simona por si aparecía de noche la piedra del escándalo. Todo fue infructuoso. Un gran signo de interrogación afligía a Tatakúá. Sólo había una pista indudablemente, no fue el Espíritu Santo.

Las comadronas del pueblo, rosario en mano, ya andaban esperando día a día, hora a hora, el desenlace del escándalo. Pero Simona no suspendía su caminata diaria a San José, aunque apenas ya podía levantar los pies, casi arrastrándose.

En esos días, un domingo, todo el pueblo en misa como nunca, Simona volvía como siempre a media mañana de San José, en vez de dirigirse a su madriguera, se encaminó hacia la iglesia. Cuando llegó, la misa ya había terminado y la gente conversaba entusiasmada en el patio, antes de retirarse a sus casas. Sobre todo los jóvenes, que aprovechaban el momento para acercarse a sus pretendidas e intercambiar algunas palabras que en otra situación se hacía difícil. Los galanes se rompían todos al competir en elegancia y buenos modales.

Pero todo concluyó cuando Simona se hizo presente en el patio de la iglesia, con su bolsa de azúcar llena de sorpresas y sus dos ojos buscando a alguien como dos linternas de luces negras. Las señoritas del pueblo creyeron tener una pesadilla, ya que Simona jamás hizo otra cosa que volver de San José y desaparecer entre sus ramas secas. Los jóvenes pretendientes quedaron paralizados, que eran recorridos uno a uno por la mirada perturbada y enturbiada de Simona, que parecía ensuciar con la vista los almidonados trajes blancos de los mozos. En el fondo del patio, casi apartados y sin percatarse de la insólita visita, estaban abrazados Nacho Aguilar, hijo del intendente, con su novia Clementina Sosa, hija del presidente de la seccional. Simona dejó el portón y se dirigió pesadamente hacia el fondo. Parecía no saber qué hacer. Todos miraban estupefactos a Simona, ya que todos crecieron con el miedo de ella. Simona era el cuco de los niños de Tatakúá. Por miedo a ella los chicos aprendían a rezar, estudiar, obedecer y comer. Agregada a esta fama estaba su embarazo, esta vez para terror de los adultos.

De pronto, Simona dejó de buscar entre la gente y clavó su alucinante mirada en la pareja del fondo y caminó lenta pero decididamente hacia Nacho Aguilar, uno de los jóvenes más cotizados de Tatakúá. Su novia al ver que Simona se dirigía hacia ellos se agarró más fuerte de su brazo. Espantados estaban los dos, cuando Simona pegó un alarido indescifrable y enganchó el brazo desocupado de Aguilar, como queriendo despegarlo de su novia. Entre alarido y lloriqueo pesadillescos Simona hacía un gesto que responsabilizaba a Nacho Aguilar del producto de su bolsa.

Galeano Tavy

Un buen día apareció en Tatakúá un nuevo personaje y pasó a engrosar la colección de locos. Muy pronto su figura se convirtió en normalidad en el pueblo, aunque su figura se adornara con un brillante gallo bajo el brazo y un perro cabizbajo que lo seguía a sol y a sombra.

Galeano Tavy le decían la gente, y se cree que su nombre alguien lo inventó para llamarlo de alguna manera. Porque Galí, así también le llamaban algunos cariñosamente, jamás hilvanó otra frase que la que repetía hasta el infinito: «Gallo, Ñandejára guyrá rembimbo'u». (El gallo es un pájaro enviado de Dios).

Entonces Galí ante cualquier pregunta o situación repetía la misma frase y bajaba su gallo en el suelo, lo premiaba con unos granos de maíz

y lo volvía apretar en su sudoroso sobaco. Su perro, sin embargo, no cumplía otro papel que el de seguir los paseos inciertos de su amo indiferente.

Galeano Tavy caminaba ritualmente las calles de Tatakuá sin detenerse en lugar alguno, rumiando siempre sus granos de maíz que compartía con su gallo sagrado. Solamente respondía con ademanes a los que le saludaban o le dirigían alguna palabra y gesto cualquiera. Levantaba su índice hasta lograr la atención y luego largaba gravemente su sentencia como la primera vez: «Gallo, Ñandejara guyra rembimbo'u».

Galí era el blanco preferido del pueblo para dispararle cualquier cosa: un chiste, un mareante, una pregunta, una burla, etc. Por lo visto una mañana no había amanecido del todo bien o simplemente respondió la verdad. Única y última vez que se escuchó decir otra cosa que no fuera: «Gallo, Ñandejara guyra rembimbo'u».

Desde que entró al pueblo, con sus infaltables gallo bajo la axila y su perro que iba oliendo su paso, comenzaron a preguntar si cómo había pasado la noche, cómo había amanecido, adónde iba, de dónde venía, si ya había dado de comer al gallo, si cuántas veces cantó antes del amanecer, que si el que le seguía era su perro o su radiografía (puro hueso); todos disparates y ocurrencias de todo un pueblo. Pero Galí no interrumpía su marcha, iba decidido hacia San José, como apurado. Era pleno verano y mediodía perfecto. Si no fuera por el perro, no hubiera tenido sombra Galeano en ese momento.

Cuando creyó haber salido del pueblo y dejado atrás tantas estupideces juntas sin responder, salió en la barranca de una chacra un agricultor y lo interrogó también burlescamente.

-Mamópiko reho hataité Galí, nde vyro, ko asajé pyte -le preguntó si a dónde iba tan apurado con el calor de la siesta.

-Aha akaká San Josépe -contestó secamente que se iba a cagar a San José y sin perder más tiempo continuó su viaje, en compañía de su gallo, perro y frase de siempre: «Gallo, Ñandejára guyrá rembimbo'u». (El gallo es un pájaro enviado de Dios).

-17-

Alocore

Al parecer Secundino Ayala enloqueció en los turbulentos días de la Revolución del 47', cuando volvió del Servicio Militar -después de pelear y ganar con las fuerzas gubernistas- y encontró que sus padres habían sido muertos -acusados de revolucionarios-, por los mismos campesinos armados a favor de Morínigo y por quien él también había luchado hasta que le dieron la baja.

Algunos decían que ya había venido perturbado del cuartel, a causa de una bala de cañón que le rozó una de las sienes. Otros, que la muerte de sus padres lo arruinó mentalmente. Pero lo cierto es que, desde entonces, Secundino Ayala se internó y vivió en la selva hasta sus últimos días, cumpliendo un papel meteorológico para Tatakuá. Nunca se supo dónde mismo

vivía en la selva, pero alguien dijo que habitaba dentro de un gigantesco timbó ahuecado, árbol milenario que abundaba en la zona. Las veces que salía Ayala a recorrer Tatauá era señal de que iba a llover. A menudo las radios y los diarios anunciaban que iba a haber precipitaciones tal o cual día, pero nadie daba crédito al anuncio hasta que no saliera Ayala a gritar con voz en cuello, por todo el pueblo: «Alocoréééééééééé...» «Alocoréééééééééé...» ... «Alocoréééééééééé...» ... «Alocoréééééééééé...»

Por eso ya nadie en Tatauá recuerda su verdadero nombre, sino su apodo: Alocoré. Y desapareció misteriosamente durante la represión antiguerrillera, en los años 60', sin haberse nunca equivocado en su pronóstico del tiempo. Algunos culpaban de su desaparición a los guerrilleros. Otros, al general Caimán que había arrasado todo con su ejército y milicianos: pueblos, ríos y montañas. «Alocoréééééééééé...!» «Alocoréééééééééé...!».

Cepí y Lolo

La familia de Cepí y Loló era muy particular y numerosa. La única que parecía estar en sus cabales era la madre. Porque padre no tenían, -18- sino padres. A juzgar por el aspecto que tenían, esta familia era un muestrario de razas: uno parecía africano, otro escandinavo, otra egipcia, otro pigmeo, otra aria, otro sajón, mongol, fenicio, guaraní, etc. Pero con una característica común: a todos les faltaba algo: uno tenía el tornillo flojo, otro más salido, menos flojo, más flojo, otros directamente estaban sin tornillo; así todos. Eran como 15 hermanos y una sola madre. Ella administraba todo, la alimentación y la locura. Lavaba ropas, vendía grasa de chanco, huevos, cocos, bananas, liaba cigarros y hacía velas. Contaba con la cooperación de todos sus hijos, menos Cepí que jamás quiso ponerse una ropa ni salir fuera de su cerco. Era negro como el betún, como 2 metros de altura, de perfecta dentadura blanca, mudo. Pero a menudo sonreía. Caminaba despaciosamente bajo el naranjal tras su nutrido cerco de takuara, como exhibiendo su musculoso cuerpo libre y desmesurado genital colgante. Las niñas curiosas del pueblo muchas veces ocupaban su siesta para espiar la anatomía de Cepí, y así saciar su temprana fantasía.

Sin embargo, Loló era laborioso y era uno de los encargados de distribuir los productos de trabajo de su madre, y la ración diaria de los chanchos que pronto proveerían de grasa a Tatauá y sustento a su familia. Loló era divertido e inocentón. Era un peligro en sus confesiones. Contaba todo. Si qué había comido y a qué hora había hecho sus necesidades. En este sentido, Loló acostumbraba ir al bosque más próximo de su casa a desechar. Para peor, justo en la barranca de un arroyo muy concurrido por los niños del pueblo. Y más de una vez Loló fue víctima de las travesuras de los chicos. Porque tenía la costumbre de entrar al bosque y desnudarse. Luego colgaba su ropa de algún árbol y comenzaba a buscar un lugar propicio para

ponerse en cuclillas. A veces, sin darse cuenta, se alejaba mucho de la ropa, en busca de algunas hojas higiénicas, y cuando volvía ya no estaba su ropa. Entonces, Loló salía así desnudo -como Cepí- a recorrer el pueblo averiguando por su ropa.

-19-

Ña Enriqueta y Salú

Ellas eran madre e hija. Vivían en los yuyales aledaños al pueblo. Nunca entraron al centro de Tatakúá, sector denominado abstractamente en un pueblo sin veredas ni calles trazadas. Ña Enriqueta y Salú encontraban sustento en la sangre y desperdicios que recogían del matarife de Tatakúá. Cuando salían de su ranchito iban bordeando el pueblo hasta llegar a destino, donde debían procurarse su achura diaria. Había días en que se les hacía difícil, sobre todo cuando el vecindario se acercaba a beber la sangre caliente de algún renombrado toro semental, creyendo ciegamente que eso les potenciaría la vitalidad y la apetencia sexual. Otras veces, porque la miseria del pueblo obligaba a muchos a retirar sangre y cocinarla, en reemplazo de la carne que cada vez resultaba más inalcanzable. Pero Ña Enriqueta y Salú no cejaban en su lucha por la vida, dirigiéndose al matadero diaria y tangencialmente a través del pueblo.

Ña Chokó

Nadie sabía por qué Ña Chokó estaba considerada en el pueblo como loca. Ella tampoco nunca mostró interés alguno en desmentir esa consideración. Ña Chokó parecía normal. Hablaba. Oía. Caminaba. Veía. Tenía un hijo. En síntesis, existía. Aunque jamás se preocupó por demostrar siquiera su existencia. Ella era un árbol o un takurú más del pueblo. A nadie le importaba Ña Chokó y a ella tampoco parecía importarle nada. Vivía porque, como se dice, el aire es gratis. Pero como se dice también, no sólo del aire vivía Ña Chokó. Ella se alimentaba de las osamentas del pueblo. En medio de Tatakúá había un campo comunal y ahí se tiraban todos los chanchos, vacas, caballos, burros, gallinas y otros animales muertos por alguna enfermedad. Ña Chokó pasaba a recoger y carnear sus presas. Nadie vivía comiendo tanta carne como ella y su pequeño hijo. Nunca nadie supo que haya por lo -20- menos estornudado a consecuencia de consumir carroñas. En los años '70 se produjo un milagro para Ña Chokó, porque el gobierno decretó una fumigación masiva para combatir el paludismo y no se sabía qué otro cuento. Lo único que lograron, aparte de inspeccionar los ranchos por si tenían sótanos o armas escondidas, una muerte en cadena de animales domésticos. La fumigación aniquilaba a las cucarachas; éstas eran comidas por las gallinas; a su vez éstas morían y eran devoradas por los

chanchos; y éstos posteriormente pasaban a ser presas de los perros, cuyos restos sembraban el campo comunal de huesos caninos.

No se sabe si alguna vez la fumigación hizo mella en la peste palúdica, pero sí diezmo de miseria y hambre a Tatauá. Pero la cadena de muertes no fue tan perfecta, entre los eslabones, Ña Chokó se benefició como nunca; ya que otras épocas escaseaban las osamentas y más de una vez tuvo que lidiar con los perros para arrebatarles su codiciosa presa.

Querido

Querido era lo que se llama un loco suelto. Era un gigante como los del país que visitó Gulliver. Un mastodonte lleno de harapos que se echaba a los caminos y regresaba al pueblo en semanas, meses y hasta años. Sólo le gustaba caminar, caminar y caminar. A veces tomaba la vía férrea y no paraba hasta llegar a la capital, luego de haber recorrido todos los pueblos en su trayecto de 300 km. Querido era apreciado por todos. Un niño gigante, inofensivo como nadie. Su vida era caminar y caminar. Él a todos les consideraba hermanos y abrazaba a cualquiera confianzudamente, y a veces era objeto de rechazo por su condición de harapiento y sucio. Porque Querido con su fuerza a menudo hacía volar al aire a personas mayores como si se tratasen de criaturas de pocos meses. No distinguía entre niños y adultos, su afecto era desproporcionado como su inocente gigantismo. Su cariño por la gente era desmesurado y muchas veces alzaba a upa a señores serios y desconocidos. Su figura elefántica inspiraba miedo, pero bastaba conocerlo mínimamente -21- para que su bondad adquiriera la forma de su fisonomía. En un descuido, a veces tomaba a alguien y lo llenaba de babas y aprecio descontrolado. Y cuando recibía algún reproche o afrenta por su gesto, se ponía a llorar y su llanto resultaba tan poco creíble o absurdo, como si se viera lagrimear a una estatua.

Triste final el de Querido. Él que sólo pedía libertad de caminar y caminar. Cuando fue envejeciendo comenzó a desorientarse por los caminos, y más de una vez se salvó milagrosamente de la muerte; ya porque se quedó dormido en la vía férrea y alguien pudo despertarle antes que llegara el tren, o porque alguien lo encontró vagando por los cerros y entre tigres ya lamiéndose los colmillos. Por tal motivo, los familiares tuvieron que encerrarlo en una jaula de rejas forjadas, después que derrumbó una pared y se fugó varios meses. No había calmantes ni consuelo que pudieran reemplazar el camino. Querido muy pronto dejó de comer, enfermó de tristeza y engeguació. Así murió, como si a un niño recién nacido se le quitara la leche. Para Querido el camino era el alimento imprescindible de su existencia.

Pero la anécdota más recordada de Querido en Tatauá es su aventura con la mujer más hermosa que ha dado el pueblo en toda su historia. Mimicha parecía más bien una creación del sueño y la imaginación. Cualquiera la hubiera confundido con alguna estrella moldeada por el cine. Pero Mimicha vivía realmente en Tatauá, como una flor en el barro. Los muchachos del

pueblo soñaban con un saludo de Mimicha, que parecía no tener inclinaciones humanas. Cada día era más bella y menos accesible. De su casa a la escuela y de la escuela a su casa. Sus alumnos entraban en delirio colectivo soñando tener alguna vez una novia como ella. Su cabello dorado refulgía sobre su perfecta cadera.

Mimicha parecía vivir etéreamente y sin necesidad de intercambiar una sola palabra con nadie del pueblo. Se dice que hablaba en la escuela, porque los niños le resultaban los únicos merecedores de su consideración. Y más de un desengañado caballero empezó a despotricar contra ella. Que despreciaba al pueblo y a su gente. Que no tenía mérito alguno para estar en la escuela. Que ella solamente soñaba con -22- tener un novio de la capital y no de un pueblucho que no figura en el mapa. El pueblo con justa razón comenzó a enumerar sus defectos y antipatías, pero su belleza se sobreponía a todos los embates. Sobre todo las mujeres se ensañaban con ella, como queriendo tapar el sol con una mano. Los hombres no pasaban una noche sin imaginarla entre sus brazos. No faltó quien dijera que se trataba de una mujer irreal y endiablada.

Pero una siesta Tatakuá no supo de modorra ni quietud.

Querido iba pasando por la casa de Mimicha y ésta le llamó. Querido no escapaba al delirio varonil del pueblo por ella. Sin que nadie pudiera explicar el porqué ni el cómo, Mimicha se desvaneció como una virgen de cera en los brazos monumentales de Querido, en la creencia de que su placer iba a tener un mudo dueño. Algunos despechados y decepcionados caballeros interpretaron el gesto de Mimicha como la peor afrenta, dejando entender que Querido era el único que merecía su amor. Pero por supuesto, Querido que hasta entonces era considerado mudo, salió a vivir su hazaña amorosa por todo Tatakuá. Mimicha, por supuesto también, como si fuera realmente irreal, se esfumó para siempre del pueblo.

Tatakuá

Parecería que en Tatakuá todos fueran locos. Pero no es así. Sólo Felipe, Simona, Galí, Alocoré, Ña Chokó, Cepí, Loló, Ña Enriqueta, Salú y Querido son los locos; todos los demás eran normales y cuerdos. El comisario, que defendía el orden con garrotes y todo lo que encontraba a mano. El intendente, que representaba al dictador políticamente y decidía como un Dios enano sobre la vida de los demás. El presidente de Seccional que tenía la tarea de afiliar a todos: perros, gatos y ratones. El cura, siempre perdonando y bendiciendo con la mano derecha lo que hacía su mano izquierda. El resto del pueblo se repartía entre delatores, torturadores, contrabandistas, cultivadores y traficantes de marihuana, -23- cepilleros, recomendados y unos que otros opositores tibiamente opuestos al tirano. Como se habrá visto sería una infamia imperdonable llamar a Tatakuá pueblo de locos, donde notoriamente eran mayoría los normales y cuerdos.

1985

La vida en la ciudad

De eso que somos y que queremos muy poco queda realmente...

Antonin Artaud

Añorado amigo Remberto:

Hace casi un año que estoy en la ciudad y recién me pongo a escribirte. Porque siento que por fin he llegado del todo y es como si hubiera nacido de nuevo o resucitado, después de haber conocido una vida anterior. Ahora sé también que algo murió en mí y algo volvió a nacer. Lo que murió debe ser la esperanza que tenía de poder vivir en Tatauá y lo que nació, quizás la resignación de no tener otra alternativa que procurarme la sobrevivencia y proyectar una nueva vida en lo posible. Como verás ya estoy sobreponiéndome a la tragedia que significó para mí dejar todo aquello, gracias a eso te escribo estas líneas y espero que al recibirlas te encuentres bien en compañía de los tuyos. Te ruego que al contestarme ésta no te olvides de ninguna novedad importante que haya ocurrido en el pueblo, durante mi ausencia.

Por mi parte, Remberto, no sé por dónde empezar a contarte lo que es la vida en la ciudad. Lo único que debes saber es que todo cuanto aprendemos en el pueblo no sirve para nada en la ciudad. Estoy comenzando de uno nuevamente. Mis conocimientos sobre las plantas -26- y los animales a nadie le interesa por acá. La agricultura apenas se menciona en los libros escolares. Aquí no tienen importancia las fases de la luna, los vientos no presagian nada, los pájaros cantan y lloran sin anunciar nada para los que habitan la ciudad. La lluvia no trae bonanza, sino tristeza y miseria porque inunda las villas y barrios pobres. ¡Cuántas veces nosotros, Remberto, mudábamos de lugar las cruces y haciendo rogativas con la gente hemos hecho llover a cántaros! Así el campo recuperaba su verdor y el maizal volvía a blandir al viento sus hoces de chalas y espigas. Pero aquí lamentablemente nada de eso importa. Nuestro arte para domar redomones desbocados no se cotiza en la ciudad como los otros oficios, relacionados con los fierros y motores en general. Los que son de estos quehaceres sí consiguen trabajo y con facilidad, hasta los diarios piden por ellos. Pero de los problemas te seguiré hablando en cartas próximas, porque vos estarás más interesado en saber cómo es la ciudad y cómo se vive en ella. Cuando llegué, lo primero que vi en la ciudad fueron sus luces infinitas, porque el tren que me trajo llegó de noche. De lejos parecía una interminable siembra de estrellas caídas. Lo más parecido que vi a una ciudad de noche fue la función patronal de nuestro pueblo, que traía consigo su ruidoso motor que hacía un milagro -según nosotros- haciendo encender por algunas horas cientos de tubos fluorescentes. Pero en vez de

abarcando un sólo predio, las luces se diseminaban como un mar de velas ardiendo. Y cuando uno está dentro de esa montaña de lámparas dispersas, la noche se vuelve remota y distribuida en pequeñas porciones de oscuridad. La ciudad está poblada de automóviles que parecen escarabajos gigantes y ojos encandilantes que suben y desaparecen por las calles desniveladas. Los letreros luminosos de mil colores se apagan y se prenden eternamente. Los maniqués de ambos sexos sonriendo en los escaparates, vestidos de trajes o bikinis. Creo que, Remberto, nunca vimos en nuestro pueblo algo parecido. Hay tanta gente caminando apurada que por poco no me lleva por delante. No se puede realmente contar lo que es la ciudad, amigo mío, algún día podrás venir y verla con tus propios ojos. Porque tengo la impresión de que con -27- dos ojos solos no alcanzan para ver tantas cosas nunca vistas, como tampoco alcanzan las palabras para describir mi añoranza por Tatakua.

¿Y las mujeres, Remberto? Son todas como esas que veíamos en los viejos periódicos de artistas. Rubias, morochas, trigueñas, altas, bajas, flacas o gorditas, pero todas lindas como esas virgencitas que cada uno en nuestro pueblo tiene. Con esto no quiero decir que nuestras (¿nuestras?) mujeres sean menos hermosas, pero son de la clase con quienes imaginábamos siempre tener historias de amor, en las calurosas y largas siestas en el arroyo; mientras jugábamos con los amigos quién era el mejor dotado y sería elegido por una sirena si saliera de repente del agua junto a nosotros. ¿Te acordás, Remberto, de las fórmulas insólitas que aplicábamos para acrecentar nuestros dones viriles? ¿O lo siguen haciendo todavía ustedes, partida de sinvergüenzas? Si es así, ya es hora de que se dejen de perder tiempo y se aboquen a corresponder a nuestra comunidad de admiradoras. No vaya ser que después se arrepientan y como yo ahora que estoy lejos, mirando pasar a diosas con minifaldas y sin posibilidad de convertirme en devoto de ellas. O no te acordás, Remberto, que yo me hacía el arisco como ustedes y ahora estoy pagando caro tanta estupidez. Entonces, mi extrañado amigo, tienen que hacerme caso y no dejar ninguna virgen sin su espíritu santo. Y luego háganme saber todos los detalles. A propósito, quiero saber cuál de mis pretendidas se acordó con más insistencia de mi humilde persona; para escribirle luego y preparar el ambiente para cuando vuelva.

Quiero que vayas contando a las chicas que estoy trabajando bien (aunque a vos te confieso que apenas me alcanza para comer), que ya me compré para mi reloj, una radio portátil y que estoy juntando plata para cuando vuelva, y pueda comprar una moto. Porque no voy a ir de vuelta a montar mi viejo alazán, que ya debe estar a punto para picadillo. Pero vos, Remberto, como un buen amigo, tenés que dejarme bien cuando contás noticias sobre mí. Podés decir, por ejemplo, como es cierto, que vivo en una pensión (aunque acá signifique casi lo peor), porque en nuestro pueblo esas cosas suenan bien. Otra cosa que también podés -28- decir, que ya estoy hablando bien el castellano y que de a poco voy pareciéndome en elegancia a los muñecos que hacen de modelos en las vidrieras. Bueno, ya sabés, tenés que mentir pero en forma creíble. Pero de verdad ahora te digo, cuando pueda nomás me compraré algunas ropas nuevas, reloj, zapatos, cadenilla, pulsera y anillo. Me sacaré una foto en alguna plaza y te enviaré para que le muestres a las chicas y amigos. Te cuento, además,

desde que vine no me corté el pelo y estoy hecho un melonado como esos cantantes de «nueva hola». En cambio, ustedes ya se estarán pelando para la reclutación y para terminar sirviendo en la casa de los capos militares. Como yo me voy a salvar por estar en el extranjero, procuraré llevar mucho dinero para comprar la moto que te dije y mi baja. Aunque por ahora estos no pasan de ser proyectos, yo me tengo mucha fe en cuanto a la plata que voy a ganar cuando aprenda algún oficio de buena remuneración. Remberto, ya debés estar cansado de leer tantas cosas y ocurrencias que me vienen a la mente al escribirte. Pero yo te cuento todo para cuando salgas del Servicio Militar y puedas venir junto a mí a rebuscarte también. Así vas a venir con la cabeza fría y no con los pajaritos como vine yo. Aquí todo es raro. Yo anduve por montes y selvas solo, pero nunca sentí la soledad como ahora en la ciudad, aun entre la gente. El domingo pasado me sentí tan triste que decidí ir al circo, a ver si conseguía apartar de mí un instante siquiera tanta nostalgia. No vas a creer, cada gesto, cada chiste del payaso me hacía entristecer más y tuve que salir antes de que terminara la función. ¿Te acordás, Remberto, cuando íbamos al circo que visitaba de vez en cuando nuestro pueblo, y volvíamos roncos y con los ojos llorosos de tanto reír? Pero parece que cuando uno está mal no hay mono que le resulte simpático. Y hablando de monos y otros animales, en estos días visité el tan mentado zoológico. Me vi reflejado también en cada bestia enjaulada y me sentí más oprimido por la ciudad y la gente, que miraban con diversión a los animales entre rejas y se fotografiaban con ellos. Había miles de pájaros de todos los pelajes y tamaños, pero yo me sentía otro pájaro raro más entre ellos; aunque sin la admiración de la gente y con mi celda invisible. -29- Algunos leones parecían no tener apetito y preferían aprovechar el sol que se filtraba entre los rascacielos. Unos osos regordetes se hacían los muertos y permanecían revolcados, indiferentes. Los monos, en cambio, como en nuestro pueblo y creo en todas partes, a pesar de estar enclaustrados, saltaban sin parar y repartían al público gestos obscenos.

A veces pienso, Remberto, que lo que otros ven con alegría yo lo estoy viendo con tristeza y desánimo total. ¿Será porque las cosas se muestran como uno se siente? Pero un amigo nuevo que hice en la ciudad, me dijo que él también cuando vino recién veía todo negro y que con el tiempo le fue cambiando a mejor color. Más de una vez pensé que no aguantaré por mucho tiempo más este sufrimiento, pero también pienso qué podré hacer en nuestro pueblo y con qué excusa volveré con las manos vacías. Como sabrás, yo soy la esperanza de mi familia y sin embargo ellos no saben que la pobreza también existe en la ciudad. Aunque a los pobres por aquí se les llama carenciados y el nuevo gobierno militar los está echando fuera de la ciudad. Dicen que la miseria no existe cuando no se ve. ¿Qué te parece, Remberto? Cuando vine la gente vivía en libertad y democracia. Pero las bombas explotaban minuto a minuto, como si fuera en fiestas de fin de año, en escuelas, hospitales, plazas, ministerios, calles y por todos lados. Un día yo iba viajando en colectivo y, mientras esperábamos que pasara un tren, alguien lanzó de un edificio alto una bomba y explotó a pocos metros de nuestro ómnibus. En los días previos al golpe militar, faltaba hasta para comer. No se conseguía alimentos ni medicamentos. Así se vivía hasta que una mañana amaneció aparentemente todo calmo. Las radios transmitiendo

música sacra y marchas militares, la televisión comunicando los decretos de la nueva Junta Militar y la gente corriendo a los almacenes a comprar las mercancías que un día antes escaseaban. Llegaron hasta a regalar los artículos de primera necesidad y ese día se supo quiénes ponían las bombas y escondían las mercaderías. Para que tengas una idea, Remberto, pasó igual que en Paraguay pero mucho más desordenado. Es decir, salían los tanques y disparaban a la gente -30- en plena calle. He visto sangre por todos lados y puertas derribadas a cañonazos. Ómnibus quemados y vehículos de secuestradores atormentando por los barrios. Aviones y helicópteros transportando presos y desaparecidos. Patrulleros y ambulancias de aquí para allá alocadamente. Sabemos, Remberto, que en nuestro país ocurre lo mismo, pero algo más sistematizado y sin despertar muchas sospechas. Y yo entré todo esto, buscando trabajo sin documentación alguna. Porque andaba ya a punto de conseguir la radicación y justo vino el golpe. Nos dijeron que teníamos que hacer de nuevo todos los trámites, que se perdieron los expedientes y no sé que otros cuentos. Desde entonces, estoy sin ningún papel, ni para ir al año como se dice. Bueno, Remberto, espero no amargarte la vida con todo lo que te conté. Pero necesitaba contarle a alguien de confianza mi dolor y mi esperanza. Y no tengo otro amigo mejor que vos, a pesar de la distancia y el tiempo que nos separa. Pese a todo, sigo con optimismo y creo que pronto saldré de este pantano de problemas. Quiero que a vuelta de correo me hagas saber tu opinión sobre mi vida en la ciudad y las novedades de nuestro querido pueblo.

Un fuerte abrazo de tu amigo de siempre.

Baldovino («Churí») 1982

-31-

Las dudas de un verdugo

Las luces están prendidas en el palacio del dictador. Es la hora en que se reúnen los consejos de guerra y los técnicos en torturas bajan a las prisiones.

Ernesto Cardenal

La madrugada traía consigo un aire espeso de silencio, que penetraba en las herméticas celdas y atormentaba anticipadamente a los presos que aguardaban su inexorable sesión. Sólo el eco de algunos pasos perdidos, de los guardias por el corredor, rompía levemente la abrumadora quietud que reinaba en el Cuartel de Seguridad. Los oídos entre rejas se agudizaban tanto que se convertían en perfectos radares, que detectaban cada noche la llegada de los verdugos a la cárcel y todos sus movimientos previos al interrogatorio. Lo demás, ya era audible para ellos: las carcajadas de borrachos, las amenazas de muerte que hacían escuchar, los gritos acuciantes que habían grabado a los torturados anteriormente y que muchos de los detenidos reconocían en la grabación sus propios alaridos. Luego se

prendían las luces potentes de iodo, el tintinear alarmante de las llaves en camino, las pisadas fuertes -32- y exageradas dirigiéndose a las celdas. Aun ya sabiendo a quiénes les tocaba la sesión esa noche, abrían las pesadas puertas de cada una de las celdas e insultaban groseramente a sus ocupantes para tenerlos en vilo mientras torturaban a los otros. Unos hombres sacaban de la celda al que iba ser molido y lo llevaban casi prolijamente a la cámara de tortura. Lo amarraban a la mesa y lo dejaban solo unos minutos con su conciencia. Nadie podría describir ni aproximadamente lo que ocurría en esa antesala del infierno. Esos fatales instantes previos al dolor inconcebible. Pero todo terminaba o comenzaba cuando hacía su entrada Toledo a la sala, cubierto el rostro como si fuera un cirujano que entraba al quirófano, e iniciaba así -el más renombrado torturador de Rubioroch- su macabro suplicio. Él no distinguía niños, mujeres o ancianos. Tampoco hacía distingo de ninguna especie. Le daba igual un político, sindicalista, obrero, estudiante, poeta, músico o religioso. A todos les daba sin miramientos su inmisericorde golpiza. Cumplía su misión con esmero, ni un golpe más ni un golpe menos. Su oficio de muchos años y estricto respeto a la orden de su jefe, hicieron que la fama de Toledo trascendiera los muros infranqueables de la cárcel de máxima seguridad. Aunque su nombre siempre se asoció a la idea de un loco, su disciplina e incondicionalidad para cumplir su trabajo sirvieron siempre de ejemplo para sus colegas y de terror para sus potenciales víctimas.

Aquella madrugada tuvo por paciente el cuerpo de un dirigente campesino secuestrado, en medio de un desalojo realizado de unas tierras ocupadas. Creían que las ocupaciones estaban alentadas por algunos políticos y hasta por la iglesia. Toledo recibió unas férreas instrucciones de su jefe, que a su vez fue apretujado por Rubioroch para conseguir un resultado que sirviera para barrer a varios de un escobazo.

Toledo golpeaba y golpeaba el cuerpo flaco del secuestrado. Con cada golpe parecía quebrarse, pero sólo se encurvaba y volvía a su lugar de partida. Machacaba sin cesar en los puntos más sensibles del cuerpo. Se retorció el campesino como una lombriz y volvía a ofrecer su físico al verdugo para los siguientes golpes. El torturador estaba lejos de -33- comprender cómo un hombre podía dejarse humillar tanto en nombre de quién sabe qué ideales. El cuerpo permanecía en su postura temblorosa y desafiante para Toledo que esa noche observaba todos los detalles por la urgencia del resultado. Con cada golpe que bajaba no sabía si iba a romper el silencio del cuerpo o el cuerpo del silencio. Se sentía también apremiado porque su jefe lo miraba cada minuto, a través de una ventanita-trampa que comunicaba la cámara de torturas con su oficina. Eso era señal de que Toledo debía poner en acción su máxima eficiencia porque estaba en juego su jefe y podría quedar sin su único protector.

El torturador creía que con arrancar algunas miserables palabras del interrogado, ya alcanzaría para convertir al torturado en un tilingo más que pasó por su gabinete y a quien le arrancó el delirio de haber querido ser mejor hombre que otros. Entonces, entraría el jefe a la cámara, como algunas veces había ocurrido, y pactaría con el secuestrado su libertad. Claro, a cambio de los compañeros de más renombres de la Organización y otros cómplices. Pero después Toledo se dio cuenta de que esa vez estaba

soñando, tal vez por el cansancio y el calor de diciembre que no perdona ni en las madrugadas, ya que el cuerpo entumecido seguía mudo bajo el silbante látigo de tejuruguái o cola de lagarto.

El matón seguía con su cruel labor y atentísimo a los labios de su cliente. Este parecía jadear y lloriquear pero sin modular palabras. El jefe volvió a abrir la ventanita-trampa y la dejó abierta para escuchar en directo lo que sucedía en la cámara. La madrugada ya estaba avanzando mucho para seguir sin éxito. Ahora todos los quejidos estaban dirigidos al jefe que caminaba por su oficina como si estuviera también en una celda. Toledo sólo estaba en condiciones de descifrar las posibles y remotas palabras de su torturado, todo lo demás observaba con total indiferencia. Se enjuagaba la frente con el puño, escupía la mano y repartía golpazos sobre el cuerpo maniatado de su víctima. Quizás, quería a toda costa descubrir alguna vez, después de pasar por sus manos miles de opositores, cuál era la diferencia que había entre el -34- hombre que torturaba y el que se dejaba torturar. Porque siempre vio a los presos en la cámara como desafiándole en su propio terreno, como si el agredido fuera él y no los que noche a noche le entregaban para machacarlos, con su colección de garrotes y látigos. Jamás Toledo los imaginó a sus innumerables huéspedes como traídos a empujones y encapuchados de sus propios lechos. Los veía siempre con la imaginación pronunciando improperios y engañifas contra Rubioroch y su respetado jefe. De ahí el gusto con que hacía posar sus intermitentes y triturantes golpes, como palo de mortero contra maíces duros, sobre el cuerpo de cualquiera que le tocara en suerte estar en Seguridad y pasaba a convertirse automáticamente en su propio enemigo. Sin embargo, Toledo no lograba nunca salir del todo de su extrañeza de cómo podía un hombre soportar tanto dolor y mezquinar sus palabras que, según él, no son imprescindibles. Será por eso que revisaba a menudo la lengua de sus apresados; porque después de poner todo su conocimiento y toda su fuerza, pensaba que no habían hablado porque la tragaron y no podía convencerse de que lo que hizo fue en vano. Esto hacía crecer su curiosidad y entusiasmo hacia los hombres y mujeres que pasaron bajo su mortífero instinto.

Aquella madrugada calurosa de diciembre, Toledo transpiraba sobre el amoratado cuerpo del campesino secuestrado. Este, a los golpes ciegos respondía con ligeros retorcimientos y chirridos de dientes. Pero sin murmurar siquiera una sílaba cualquiera. De pronto, clareó la media luz de la cámara y apareció el jefe meneando la cabeza negativamente. Observó de reojo el cuerpo estaqueado sobre la mesa y se dirigió con severos gestos hacia el torturador.

-Toledo tavy, además de ser sordomudo, ahora ya no servís ni para hacer interrogatorios -le dijo el jefe y lo invitó a salir casi a empellones.

1983

-35-

El baile

Qué sola estás en tu casa,

vestida de blanco!
Por la tarde ves temblar
los cipreses con los pájaros...

F. García Lorca

Cada vez que llueve en Asunción cualquiera puede imaginar lo que habrá sido el diluvio bíblico. Como aquella noche que salió Emérito Zoilo de su pensión El Viajero, para dirigirse al baile La Reina, los raudales se encontraban en las esquinas y parecían invitarse para correr más hacia las mugientes alcantarillas, que iban succionando todo cuanto arrastraba la torrencial lluvia. El río Paraguay atraía a su vez, allá abajo, todas las aguas caídas como un largo imán sediento al pie de la ciudad.

Emérito no quería salir, pero ese día había cobrado y pensó que ya era tiempo de comenzar a olvidar el pueblito que tuvo que dejar por fuerza mayor y adaptarse a una nueva vida urbana. Después de un largo ensayo para vestir su perramus nuevo, salió a la calle y abrió su paraguas nuevo también para llegar lo menos empapado al baile. -36- Después de unas cuadras quiso volver desalentado por la inenarrable lluvia que ahogaba la noche de primavera. El baile a lo mejor está lindo, pensó Emérito y siguió adelante.

En las esquinas, algunos coches quedaban boyando como si fueran barquitos de papel. Los ómnibus iban repletos y cruzaban abriendo caminos, y provocando olas en las aguas demoradas de las alcantarillas. Pero Emérito seguía con tal de conocer cómo eran los bailes en Asunción y así comenzar a tejer las nuevas vivencias y amistades. Para eso tuvo que quitarse, a pocas cuadras más, también sus zapatos nuevos y caminar hasta llegar a La Reina con las mangas del pantalón levantadas. Había quedado lejos de aquella elegancia que había visto Emérito en el espejo de la pensión. Ahora era apenas un solitario hombre que iba al baile con sus zapatos en las manos, bajo un imparable temporal que parecía prohibir la fiesta de primavera.

Emérito se apersonó a la boletería y pronto ya estaba acodado en el bar del salón. Había alegre música pero algo le afligía en el ambiente. Luego pensó que tal vez extrañaba la frescura de la lluvia que seguía cayendo copiosamente afuera, mientras en el salón se respiraba un aire esponjoso. Bebió casi sin querer una gran copa de cerveza y quedó un poco agitado por retener la respiración mientras sorbía.

Había mucha luz en el salón y pocas parejas bailaban desganadamente. A Emérito le pareció que a la gente poco le importaba que fuera fiesta de primavera. En ese momento le hubiera gustado estar en el baile de su pueblo, rodeado de amigos y pretendidas. Pero descartó la idea por inoportuna y recordó que él había salido de su cómodo hospedaje para distraerse un poco y no para emborracharse de nostalgias. Hasta llegó a pensar que la lluvia le había apagado su ánimo como si fuera llamita de fósforo. Entre la movidísima música y su aquietado espíritu, Emérito

seguía sorbiendo su cerveza como jugando al dejar la espuma como blanco bigote, que burlonamente observaba en el espejo del bar. De repente, en un margen del espejo encontró el hermoso rostro blanco de una señorita que también se divertía gratuitamente con su espumoso bigote.

-37-

Emérito se quedó duro mirando aquel rostro que parecía estar al tanto de su inestable y volátil espíritu. Abandonó con su mirada el espejo y sentía que la señorita lo seguía observando con sus penetrantes ojos negros. Entonces, apuró otro balón de cerveza y viró la mirada disimuladamente hacia la chica. La descubrió sonriéndole como encantada o quizás burlándose de él. Emérito se quedó con la mente en blanco, sin posibilidad alguna de racionalizar esa situación. No sabía si mirarla como un galán o mostrarse desinteresado e indiferente. La señorita aparentemente estaba sola y tal vez con ganas de hacer pareja, se le pasó por la cabeza a Emérito. Pero nada hacía animarlo y salir de su acorralado estupor de sentirse en un juego estúpido.

Volcó varias cervezas más, casi mecánicamente, en su estómago y se sintió ya listo para sortear el desafío. Justo se había cortado la música rítmica y comenzaban a distender el ambiente las canciones melódicas. Emérito se sintió algo desequilibrado cuando bajó la cabeza en señal de invitación a bailar a la señorita que tanto lo observaba. Esta correspondió con una sonrisa amplia y le entregó su mano como dejándose llevar a la pista de baile. Emérito apretó su suave mano en la suya y la sintió fría. Llegaron al centro del salón y la chica se dejó aproximar con confianza al cuerpo de Emérito. Este la estrechó del mismo modo y temía que la señorita sintiera galopar como enloquecido su corazón al estar tan cerca. La chica bailaba tan quietamente que Emérito por momentos creyó que se había dormido en su hombro. Pero bastaba con mirarla para descubrir una vez más, a pocos centímetros, su lejana sonrisa. Eso sí, ni una palabra. Emérito, después de varias canciones de baile, arriesgó una pregunta de rigor.

-¿Con quién tengo el gusto de bailar?

-Mariluz.

Emérito, sin saber por qué, como arrepentido de haber interrumpido aquella sonrisa silenciosa, prefirió apretarla más fuerte y seguir bailando sin curiosidad alguna. Habrán bailado tanto, y tan encantados, que cuando Emérito miró a su alrededor ya eran la última pareja en la pista, y los dueños del salón estaban con caras de querer cerrar ya. -38- Dejaron la pista agarrados de la mano y así también tomaron la calle bajo el paraguas de Emérito: Mariluz aceptó ponerse el perramus después de mucha insistencia y Emérito la acompañó hasta su casa, en la cercanía del Mercado 4. Caminaron en silencio y abrazados para caber plenamente bajo el paraguas, que apenas podía con la demencial lluvia que no cesaba ni un segundo. En las alcantarillas seguían chorreando los raudales que traían en su lomo torrencioso hojas secas y flores. La madrugada iba tomando cuerpo a pesar de la lluvia que parecía borrar la divisoria de la noche. Emérito no resistió más y también borró la sonrisa de Mariluz por un instante, cuando se despidió con un beso. Ella quiso devolver agradecida el perramus y argumentó que no había llevado nada de abrigo porque había salido antes de llover. Emérito también argumentó que no podía llevarlo así mojado, porque en la pensión no tenía lugar para tenderlo. Además,

dijo, que ese día domingo por la tarde podría venir a retirarlo. Emérito buscaba establecer un motivo para volver a verla, ya que Mariluz no avanzaba en ninguna conversación, sólo sonreía dulcemente cada vez que debía responder sobre alguna propuesta de amor. Emérito se dio por vencido y partió a su pensión con la única idea de volver a ver a Mariluz por cualquier motivo. Camino a El Viajero pensó que a lo mejor las chicas de Asunción eran así, de poco hablar y mucho sonreír. Y se felicitó íntimamente por habersele ocurrido dejar el perramus para volver a la casa de Mariluz.

Prácticamente, había amanecido cuando aún tenía en su mente la sonrisa imperturbable de Mariluz y seguía sin dormir en su cama. Volvió a repasar con su memoria cómo había comenzado todo. Recordó el espejo y el rostro de Mariluz que se iluminó de repente en un costado de la estantería espejada. Su bigote de espuma y la sonrisa indescifrable de Mariluz en ese momento. El coraje de invitarla a bailar y apretarla fuerte a pesar de parecer tan frágil. Su eterna sonrisa: antes, durante y después de cada gesto o palabra. Emérito había quedado dormido, pero sin cambiar de recuerdos y sus sueños también fueron todos de Mariluz.

-39-

Se despertó después del mediodía y miró por toda la pieza como buscando a alguien. Al principio, no podía distinguir si lo de Mariluz fue solamente un sueño o realmente estuvo con él durmiendo. Pero pronto entendió que sólo lo del baile se había repetido en su sueño y que enseguida se encaminaría hacia la casa de ella.

Para el desayuno ya era tarde y para el almuerzo no tenía tiempo, Emérito se vistió elegantemente y salió apurado a la calle. No se dio cuenta de que había parado de llover y que había un sol espléndido sobre la ciudad. Caminó apurado y levantando la cabeza como si olfateara el aire o el rumbo a seguir. La siesta estaba en su plenitud y Asunción, desierta. Emérito no veía la hora de llegar a la casa de Mariluz y volver a contemplar su dulce sonrisa. Pensó que la confusión con que recordaba todo lo ocurrido en el baile se debía a la exageración con la cerveza, aunque estaba acostumbrado a beber esa cantidad, o la gran emoción que le produjo la primera salida en la ciudad. Cuando menos esperaba, Emérito ya se encontró tocando el timbre de la casa de Mariluz. Esperó un rato y escuchó que alguien venía, con los pies arrastrando, para abrir la puerta. Se entreabrió apenas la puerta y asomó su rostro arrugado una enlutada anciana.

-¿A quién busca, señor?

-A Mariluz, señora.

La anciana, como por resorte, cerró la puerta y Emérito quedó paralizado sin mover un dedo. Un silencio inquietante se apoderó de los dos lados de la puerta. Pero un rato más y se volvió a entreabrir la puerta. La anciana se quedó mirando atenta al visitante. Este siguió mudo y sorprendido. Luego volvió a repetir que quería hablar con Mariluz.

-Alguien le hizo una mala broma, señor.

-No puede ser, señora. Nos conocimos anoche en el baile La Reina y la acompañé hasta aquí porque llovía. Sólo venía a buscar mi perramus que le presté anoche y quedamos que yo venía a retirarlo hoy.

La anciana escuchó atentamente a Emérito y balanceó su cabeza negativamente.

-40-

-Le hicieron una malísima broma, señor.

-¿Cómo puede ser, señora? ¿Aquí no vive Mariluz?

-Aquí vivía, ella era mi hija, pero murió hace 10 años y está en La Recoleta, señor, a pocos metros de la entrada principal.

Emérito quiso correr y miró a su alrededor, pero permaneció en su lugar clavado como un poste vestido. No supo responder nada y tampoco se atrevió a preguntar nada más. Hizo media vuelta, y cuando iba a marcharse, volvió a hablar la anciana.

-Mariluz no faltaba nunca a la fiesta de primavera de La Reina, por eso alguien le habrá hecho una broma tan fea, para dañarme a mí. Pero todo se paga en esta vida, la mala gente que le hizo la broma...

Emérito se alejó del lugar muy asustado del aterrador suceso. Comenzó a descomponerse y se tranquilizó a sí mismo diciendo que fue causa del mal sueño y el estómago vacío. Sintió náusea y angustia por la desopilante noticia. Se desplomó sobre él una inmensa añoranza por su pueblo natal.

Iba caminando por la despoblada ciudad que dormía su siesta dominguera, cuando Emérito se encontró delante de La Recoleta. Se negó a entrar, primeramente, luego se encaminó hacia un sector lleno de nichos y flores.

No había más que tumbas y silencios cuando Emérito clavó su mirada en un panteón bajito, con una foto en el fondo del nicho. Se acercó y, efectivamente, ahí estaba Mariluz, con su sonrisa límpida y lejana.

Emérito, apesadillado, miró todo su alrededor y volvió a mirar a Mariluz en la foto amarillenta. En eso, observó una bolsa plástica que colgaba cargada al lado de la cruz. Se acercó y la abrió solemne y cuidadosamente. Ahí estaba. Bien planchado y doblado, el perramus de Emérito.

1984

-41-

La humillación

Odio y amor se juntan en una sola herida y es dulce el odio y el amor nos duele...

Josefina Plá

Luperio Pérez sobrellevaba las afrentas de su mujer solamente por su hijo. Prefería hacer oídos sordos al chimento del pueblo antes que abandonar su hogar. Tal vez, por eso iba al filo del amanecer a la chacra y volvía al caer la noche: con su figura que, azada al hombro, se recortaba contra el ocaso del día. Atrás quedaba para él la intensa carpida bajo el sol inclemente y las amelgas despojadas de sus hierbas malas.

«Lupe, tu mujer anda con otro», le decían algunos amigos y él hacía que no le importaba. Pensaba que lo importante era cuidar de su hijo Vencho y, el resto no contaba en absoluto. Sabía que su mujer no le perdonó nunca no haberle valorado y agradecido por su virginidad con que llegó al casamiento. Luperio le explicó entonces que no era la primera vez que le

tocaba en suerte una mujer así, quizás sin advertir la puñalada con que se clavaba a sí mismo. Por aquella época, Luperio Pérez tenía poca competencia entre los hombres, en su mayoría campesinos muy poco comunicativos, aprovechaba él de su posición de Secretario Municipal para galantear con quién más le gustaba. Su fama de picaflor cundió por el pueblo y más de una muchacha lo denunció por abandono. Lupe jamás creyó en lágrimas de cocodrilo y cada vez le atraían más las jóvenes. Hoy conocía una mujer y mañana ya era historia pasada y pisada. Hasta que llegó a su umbral Ansia y lo descarriló sentimentalmente para siempre. Se cree que fue la única que le puso condiciones para la prueba de amor, para él que hasta ese momento nunca tuvo reparos de nadie ni para con nadie en este asunto. Ansia le puso a consideración, antes que Luperio se sobrepasara con ella, los pasos a seguir si realmente tenía interés en su persona. Creyó él que una vez más debía aceptar un juego amatorio para llegar a su objetivo, pero le resultó imposible obtener con Ansia lo que con otras obtenía con un guiñar de ojo. Al parecer, mientras se prestaba al juego quedó atrapado como un vulgar insecto en las telarañas que urdió Ansia inocentemente.

Cuando se acordó ya era tarde, Luperio pidió la mano de Ansia y el casorio fue anunciado festivamente. Varias muchachas, esperanzadas en Luperio, se sintieron agraviadas por la falsa promesa que había hecho a ellas al decidirse por otra. El pueblo comentaba que el Secretario Municipal cayó en las redes de una mujer antes de lo pensado, como si fuera que nunca tuvo una experiencia anterior. Para más le agarró una pendejita tilinga, aunque sea la más hermosa del pueblo, acotaba la chusma. Algo le habrá hecho esa jovencita para tenerlo tan dominado, dejando de lado a las demás novias libradas a su suerte, opinaban los amigos envidiosos y desconcertados.

Se hizo el casamiento en el juzgado y en la iglesia, luego una fastuosa fiesta en la municipalidad. Para la luna de miel estrenaron la nueva casa que construyó Luperio de material, una de las pocas del pueblo. La noche fue corta para los recién casados y el día siguiente prosiguió la luna de miel. Ansia le recordó a Luperio, cuando vio que éste no hacía ningún comentario sobre su pureza como novia, su juramento de amor y su cumplimiento. Luperio, como cobrándole el tiempo que tuvo que esperar, le contestó que eso era normal y que él estaba -43- acostumbrado a recibirlo. Ansia calló un instante sin saber lo que sentía o quería hacer en ese segundo que le pareció fatal. Se sentó en la cama, miró a Luperio que mostraba signos de cansancio y fastidio por el diálogo, y le dijo que entonces no valió la pena haberse reservado exclusivamente a un sólo hombre. La frase de Ansia quedó flotando en el aire de la habitación, nadie más habló una palabra del tema.

Pronto notaría Luperio en su mujer alguna actitud vengativa, que luego con el tiempo comprendería el motivo. Al principio parecía extrañar su hogar familiar y el nuevo compromiso le quedaba holgado para su tierna edad. Luperio pensaba que sería cuestión de tiempo para hacer de ella una mujer plena y excelente ama de casa.

Ansia, en cambio, en vez de avanzar como quería su esposo retrocedió, hacía sus travesuras de niña pretendida por otros muchachos que quedaron con las ganas. En especial, se acordó de Cancio que le había declarado

ardientemente su amor y que casi le derritió su valla de contención aquella siesta que volvía de la escuela. Aunque le había aclarado que él no iba poder sacarle de la casa, igualmente quería merecer su oro guardado bajo el inviolable candado. Ansia se sintió arrepentida por no haber cedido a la insistencia de Cancio, al fin y al cabo todo fue en vano para Luperio. Pensaba ella que ahora podía aceptar a Cancio cuanto quisiera y sin necesidad de pedirle nada. Ya estaba fuera de la casa, a salvo de los látigos y férrea vigilancia de su padre, esposada con un hombre mayor que ella, orgulloso hasta la estupidez, que la deshonoró legal y religiosamente, pero deshonor al fin y a nadie le podría importar su situación. Ansia se sentía cada día más insatisfecha y Luperio la atendía cada día menos.

El secretario municipal andaba tan atareado que muy poco interés parecía mostrar por su esposa y su hogar. Llegaba después de la medianoche, porque de su trabajo se iba siempre a reuniones de la Seccional para reasegurar su puesto en la Municipalidad. A su mujer la encontraba siempre dormida, de mañana al salir y a la noche al llegar. Tan ocupado debía estar que se dio cuenta de que su mujer estaba embarazada cuando abultaba ya la panza. Por lo menos pidió disculpas -44- a Ansia por tamaña despreocupación y ella aceptó simplemente sin hacerle notar su disgusto. Pasó el tiempo y nació un varón que Luperio llamó Juvencio, en homenaje a un abuelo caudillo. La llegada del niño también descarriló a Luperio, prácticamente le hizo abandonar el trabajo y se pasaba cuidándolo como un mezquino niño. Ansia, por lo menos, recuperó una imagen respetable al principio cuando su marido estaba más a su lado. Luego pareció equilibrarse más la cosa, Luperio retomó plenamente su trabajo y Ansia hecha madre aparentemente comenzaba a realizarse como mujer en el pueblo. Pero pronto todo volvió a enrarecerse nuevamente en la pareja. Ahora el insatisfecho era Luperio, a medida que iba creciendo su hijo Vencho, Ansia se tornaba más rebelde y caprichosa.

Todo comenzó con el chisme de que Ansia andaba con otro. Todo el pueblo lo comentaba, menos Luperio como ocurre siempre en estos casos. De chisme pasó rápidamente a ser casi verdad, con el agravante de que alguien dejó rodar el nombre de Cancio, como el amante de la esposa del secretario municipal. Luperio recién andaba oliendo el chisme cuando se le solicitó la renuncia en su trabajo, a pedido del intendente que temía perder la imagen manteniendo a un secretario burlado por su mujer y todo el pueblo. Luperio renunció sin oponer resistencia y restó importancia al comentario sobre Ansia. Esta se volvía cada vez más altanera y no se dio por enterada de que su marido perdió el puesto por su conducta. Luperio tampoco le hizo mención alguna al respecto, se refugió cuidando a su hijo y volvió a la agricultura, como antes de recibirse de bachiller y ocupar el cargo en la municipalidad. Plantó varias hectáreas de algodón, soja, tabaco y mandioca. Le parecía todo poco sacrificio por amor a Vencho, que pronto iba a ser hombre y tenía que prepararle el mayor bienestar posible. Por más que crecía el murmullo sobre su mujer, él agachaba la cabeza y trabajaba de sol a sol sin importarle lo que hacía ella en su ausencia. Volvía a la casa, rendido y sudoroso, pero apenas franqueaba el umbral y veía a Vencho, parecía renovarse automáticamente.

Vencho crecía y empezaba a entender las cosas. La reputación de -45-

su madre en el pueblo llegó al límite de la tolerancia: ya nadie la conocía como Ansia de Pérez sino como Ansia de Penes. Su padre, por un lado, se achicharraba en la chacra y su madre, por el otro, se pasaba el día maquillándose y sin preocupación alguna. Al advertir esto Luperio, y antes de que su hijo también le comentase lo que hacía Ansia, comenzó a maquinar la forma de separarse de su esposa y quedar con Vencho. Como todo el pueblo sabía que Cancio andaba con su mujer, buscó la colaboración de algunos amigos para llevarlos como testigos y denunciarla ante el Juez por adulterio. Así lo hizo. Una madrugada que salió de su casa, como hacía siempre, rumbo a la chacra, una hora después, aún sin amanecer, volvió con los testigos y la encontraron a Ansia en su propia cama con Cancio, y llevaron la acusación ante el Juez de Paz.

El Juez explicó su función de que él estaba para conciliar a la sociedad, pero ante la evidencia y prueba del adulterio cometido por Ansia, se veía en la obligación de obrar hasta contra su propia voluntad: de disolver legalmente el matrimonio. Pero Ansia hizo una acalorada defensa atacando a Luperio de descuidar su compromiso como hombre y convertirse en un cornudo justicieramente. Dijo que era una persona incapaz para sí mismo y mucho más para hacerse cargo de un niño que requiere educación y autoridad. El juez escuchó a Ansia y declaró que el padre estaba facultado plenamente para la tenencia de su hijo, ya que ella estaba afectada moralmente para educar a un hijo que necesita ejemplo para la conducta y solvencia económica para la subsistencia.

Luperio se sintió aliviado al escuchar al juez favorecerlo decididamente, pero muy poco le afectó la confirmación pública de que Ansia le fue infiel desde siempre. Estaba decidido a renunciar a todo si fuera necesario, menos a su hijo que era lo único que le quedaba para querer y por quién vivir. El juez quiso terminar el asunto sentenciando que Ansia podía seguir haciendo lo que quisiera pero menos la pretensión de tener a Vencho, y sobre quien había perdido todo derecho al faltar a su deber de madre. Ansia prometió formar un nuevo hogar y prometió también, juramentando al juez que no volvería a cometer ningún error con su hijo. Luperio al escuchar que Ansia seguía llamando hijo a -46- Vencho, quiso rematar la cuestión diciendo que ella debía aceptar la verdad de su condición de mujer perdida, y confiar en él que era un hombre de bien que se desvivía por ofrecer lo mejor a su hijo. Ansia salió al duelo que le posibilitó Luperio, y le dijo que ella no dudaba de que él era un hombre de bien, pero lamentablemente estaba peleando por algo que no le pertenecía, porque el padre de Vencho también era Cancio y con quien ella iba a formar pronto un nuevo hogar.

1985

-47-

La célula

Donde estés
si es que estás
si estás llegando

será una pena
que no exista dios
pero habrá otros
[...]
dignos de recibirte, comandante

Mario Benedetti

El rubicundo Secretario General entró apuradísimo al cuarto de reunión. Era el último miembro de la dirección que faltaba para que comience la sesión. Miró su reloj y antes de sentarse pidió disculpas por el atraso. Nadie supo si fue en broma o en serio, ya que sólo tardó segundos más de lo previsto. Pero todos sabían que algunas de sus jactancias siempre fueron la disciplina en ese sentido y la puntualidad, aunque otros aspectos quizás más importantes en su conducta nunca fueron del todo transparentes. Se le ha acusado muchas veces de divisionista, sectario, autoritario, hasta de delator y haber entregado a la dictadura de Rubioroch a sus propios compañeros. Pero casi nadie en definitiva se oponía abiertamente a su liderazgo, menos ahora que traía entre manos una nueva teoría política.

Prácticamente, el Secretario saludó a sus camaradas con gestos y comenzó a explayarse sobre su nuevo enfoque de lucha. De nuevo mencionó su atraso y justificó diciendo que primero tuvo que ordenar la -48- información recibida de muy buena fuente. Calló un instante, como temiendo largar de golpe y se vuelva inverosímil. Los compañeros se miraron entre ellos como diciéndose «y ahora con qué se viene». Se mostraba emocionado y casi orgulloso, como si hubiera descubierto recién un nuevo sistema solar y el éxtasis le impedía traducir en palabras su hallazgo. Pero un camarada más práctico le simplificó y le dio un ovillo para su enredo mental.

-Adelante, camarada Carey, informe lo que tiene para informar o bien comencemos por el orden del día.

El hombre se sintió arrinconado y con el presentimiento de que su anuncio iba tener rechazo. Su inseguridad le llevó a pasar revista a los compañeros, por si haya algún extraño entre ellos, ya que la nueva realidad política se presentaba muy grave. Miró también a su alrededor como queriendo ganar tiempo. Luego carraspeó e inició su exposición pomposamente.

-Camaradas, me corresponde a mí el alto honor de informarles que la revolución paraguaya ha comenzado a madurar y a endulzarse de pronto. La liberación ya está en el umbral. Todo el pueblo está en pie de lucha. Y nuestro partido, como vanguardia obrera, no puede estar ciego al nuevo tiempo de lucha que se acerca...

Le interrumpió el mismo compañero que le había dado la palabra para anunciar su repentino cambio político.

-Camarada Carey, disculpe pero debería comenzar con el informe y luego con su apreciación personal.

El Secretario agradeció por la sugerencia, pero siguió sin variar el hilo de su alocución.

-... y cómo negarnos como revolucionarios que somos. La revolución ordena y nosotros cumpliremos hasta la última gota de sangre que nos quede. Bueno, camaradas, el asunto es sencillo. Todos se están preparando para combatir a Rubioroch. Los liberales, febreristas y hasta algunos colorados que se creen democráticos. Y sería una gran vergüenza para nuestro partido estar ausente en esta lucha de todo el pueblo paraguayo. La información es tan cierta como que estamos aquí -49- reunidos. Pero debemos estar precavidos, ellos reciben asesoramientos de los militares argentinos. El propósito de ellos es ganarnos de mano y frustrar así la verdadera revolución que propugna nuestro partido. Inclusive están recibiendo también solidaridad internacional de amigos nuestros, quienes me dieron pruebas fehacientes de esta organización que ya está en los últimos detalles.

Los camaradas no sabían si salir disparando de la reunión o seguir escuchando la descabellada información. Pues la reunión fue convocada anticipadamente para atar los últimos cabos sueltos de la teoría de lucha a largo plazo, que tanto costó concientizar a los afiliados. Sin embargo, de acuerdo a la exposición el Secretario General, como es su estilo, con la información está proponiendo que el partido gire 180 grados y con la pretensión de no marearse. En este sentido, el segundo en importancia en el Comité Central le respondió certera y duramente.

-No se puede, camarada Carey, manipular la realidad como un juguete de goma. Debemos recurrir a las teorías revolucionarias para saber el momento histórico que vivimos. Es decir, caracterizar política y científicamente nuestra etapa de lucha y, acorde a este conocimiento, actuar en consecuencia. No podemos permitir que otros nos digan lo que es nuestra propia realidad. Bajo ningún punto de vista es dialéctica la imitación política, eso es infantilismo de izquierda. En nuestro caso doblemente grave, ya que usted está proponiendo que sigamos los pasos, a los partidos burgueses, que son aventureros y sólo pretenden un cambio de gobierno, no una revolución.

El Secretario se incorporó en su asiento llamativamente, se dispuso para apabullar a su contrincante teórico y desplegó su artillería verborrágica.

-Camaradas, no debemos permitir entre nosotros reparos prejuiciosos de tipo ideológico. Es admisible la multiplicidad de interpretaciones de la realidad, pero lo que no es admisible para nadie es la manipulación que hizo recién el camarada de la teoría revolucionaria que nos guía: el marxismo-leninismo. Esta resistencia al cambio cualitativo es el germen reaccionario que muchos camaradas no han podido -50- superar. Ya lo dijo Marx, a veces la humanidad tarda siglos para dar un paso y otras, con un paso salta siglos. Y este es nuestro caso, hemos estado décadas sin dar un paso adelante y ahora si damos bien este paso, saltaremos varias décadas victoriosamente.

Un silencio de complicidad y cobardía se apoderó del ambiente. Por un lado, la mayoría temerosa de ser blanco de la ira del Secretario y por el otro, el miedo a ser aplastado en caso de resistir por la elocuencia de Carey. Así terminó la reunión abruptamente y sin fijar fecha de la próxima

reunión del Comité. Algunos requirieron al respecto y tuvieron por respuesta del Secretario que «serán notificados oportunamente». Pasaron los días, semanas y meses, nunca más se volvió a reunir el Comité Central, según adujo el Secretario debido a problemas de seguridad. Algunos miembros de la dirección ni recibieron el motivo que impedía realizar las reuniones pertinentes. Otros directamente fueron notificados de la actividad que debían llevar adelante. Entre las actividades fundamentales estaban el encuentro inmediato con los cuadros del partido, recaudar fondos por todos los medios y capacitar a los militantes con la nueva teoría de lucha, sobre todo en lo que se refiera a la instrucción militar. Hubo un revuelo entre los afiliados y dirigentes, ya que los nuevos lineamientos que emanaban del aparato partidario les exigían una prueba de amor con la vida, sin quedar claro para nadie cómo fue el violento cambio de lucha a largo plazo a la de corto plazo. A pesar de la confusión en muchos también despertó el entusiasmo y la esperanza. Pero en esos momentos de tensión la duda era prácticamente sinónimo de traición, algunos fueron sancionados severamente y otros, aislados como portadores pestíferos. Asimismo, hubo muchos alistados voluntariamente para lo que sea, con tal de aportar algo para aniquilar la oprobiosa dictadura de Rubioroch. Entre éstos se había presentado al Secretario un cuadro de extracción campesina, Lucio Peñalba. Éste fue enviado, junto a otros compañeros, al Paraguay para «preparar terreno y apoyo a la revolución que se avecinaba». Por supuesto, fue advertido por Carey que primero entraría un movimiento burgués con intenciones golpistas y luego, iría el verdadero con la -51- liberación en las manos. Lucio Peñalba se interiorizó del plan y se puso camino al Paraguay. Llevaba consigo la esperanza de servir a su patria a través de los mandatos del Secretario. Debía instalarse en un pueblo perdido (Poblado Kañy) del Paraguay, ganar adeptos y esperar la consigna que le haría llegar Carey sin saber con quién ni cuándo. Tenía que estar atento para eludir a los falsos mensajeros y no entregar los frutos de su trabajo a otro movimiento que no sea el del partido. Le quedaba prohibido tomar contacto con otros miembros de la dirección, salvo a pedido del propio Carey. Éste le había dicho también que lo único que debía hacer es trabajar con la gente y esperar el momento, que puede significar semanas, meses o años.

Peñalba ya era un hombre maduro y vivió siempre solitario; nunca había formado familia alguna debido a su disposición incondicional para el partido. Desde que se afilió no paró de servir a su organización y siempre estuvo listo para cualquier actividad, aun para la más arriesgada. Cuando era estudiante, durante el gobierno febrerista de 1936, se acercó al partido a través de su maestro. Pronto fueron echados de la institución, maestro y discípulo, por inculcar política dentro de las aulas. No obstante, su formación cultural era sólida y su hábito de la lectura lo fortaleció ideológicamente. Pero también estas virtudes, además de la ciega lealtad a su partido, hicieron que le faltara algún ápice de picardía. De tan idealista que era ya había caído en una suerte de candor e ingenuidad. Por eso nunca pudo ascender como cuadro a un mejor lugar dentro de la dirigencia del partido. Siempre le faltaron esos que se llaman carácter y orgullo de superación. Y él pensaba que llegado el momento sus camaradas le pondrían en el cargo que se merecía. Pero también

veía que algunos astutos un día estaban detrás de él y al día siguiente, ya adelante ordenándole lo que debía hacer. Además, no podía siquiera parpadear porque sabía que el partido, o el Secretario, prescindía diariamente de hombres más necesarios que él y callaba todo esperanzado en que algún día le reconozcan su mérito. Porque Peñalba toda su vida había consagrado a la militancia, cómo podría caber en su imaginación la remota posibilidad de estar un día fuera del partido.

-52-

Por todas estas cuestiones, Lucio Peñalba obtuvo su designación de encargado de una célula, más que como un reconocimiento a su trayectoria, como una delirante maniobra de Carey que suplir a cuadros superiores que le resistían por los de las bases. Peñalba ignoraba todos los vaivenes del Comité Central y sólo atinaba responder a los mandatos partidarios. Pero no era para menos, los argumentos del Secretario fueron tan formidables que nadie hubiera podido mantenerse en una postura negativa.

-Mire, camarada Peñalba, algunos hombres son privilegiados y la historia los convoca para ser instrumentos de transformación de la humanidad. Pero atento, camarada, estos privilegios no surgen del azar sino de la rigurosidad histórica que eligen a estos ilustres e ilustrados hombres por su trayectoria de lucha. Y usted es uno de esos escasos hombres que tienen el alto honor de cumplir su destino revolucionario. Como sabrá, camarada Peñalba, en Paraguay la revolución está llamada a los elegidos y se sienten convocados hasta los burgueses traidores. Y nosotros no podemos, bajo ningún pretexto, hacer oídos sordos a esta llamada de la historia de nuestro glorioso partido y sus hombres, para ser instrumentos de liberación.

El Secretario calló como si hubiera terminado su exposición y quedó asintiendo con la cabeza como ratificando con los gestos lo expresado a su camarada. Peñalba, sin haber salido todavía de la sorpresiva visita de su jefe partidario, agradeció por habersele ubicado entre los hombres privilegiados por la historia y se ofreció como siempre para trabajar en lo que diga el partido, suponiendo que la visita del Secretario no podía ser de cortesía sino para solicitarle alguna colaboración.

-Camarada Peñalba, seré más preciso y claro. El partido en su última reunión decidió que usted debe entrar al Paraguay y preparar el terreno para apoyar una insurrección armada. Como los burgueses saben el propósito de nuestro partido, están queriendo frustrar la revolución en nuestro país. Pero nosotros, camarada Peñalba, vamos a crear las condiciones necesarias para obtener el cambio de poder, y no -53- sólo el del gobierno como pretenden los partidos tradicionales. Vamos a hacer del Paraguay el cuerpo y alma de la liberación. Como se sabe, el cuerpo humano tiene miles de células, corazón y cerebro. Así también la revolución necesita de organismos en perfectos estados para su buen funcionamiento. El pueblo organizado va a ser el cuerpo de la revolución. El sueño de libertad, el corazón inagotable que proveerá de fuerza a la revolución. Y el cerebro será nuestro heroico partido, coordinando las miles de células y órganos vitales de la revolución.

Peñalba escuchaba estupefacto y emocionado hasta una lágrima que se le escapó del ojo izquierdo. El Secretario volvió a callar y su rostro enrojado parecía arder más cada vez que callaba. Peñalba ya estaba

ansioso de saber qué parte fisiológica iba a ocupar dentro del cuerpo de la revolución, ya que el Secretario sólo mencionó a las células, al corazón y al cerebro. Porque hay otros órganos del cuerpo que cumplen funciones importantes pero poco decorosos. Entonces, sin saber decir otra cosa, volvió a agradecer al Secretario por su honrosa visita y se ofreció nuevamente también al partido para lo que sea. Carey, sin haber escuchado nada de lo que dijo Peñalba, retomó su discurso.

-Camarada Peñalba, usted fue elegido por nuestro partido para crear y manejar una célula y para nombrarlo tuvo en cuenta su intachable moral. Porque muchos aspiran a esta distinción, pero son pocos los que acceden a este mérito. Así que manos a la obra.

Con el tiempo Peñalba recordaría estas palabras de Carey como si las hubiera soñado, porque no podía creer que ninguna de ellas se haya cumplido. Aunque él hizo todo cuanto pudo y no le fue nada mal. Ganó prestigio en Poblado Kañy, lugar donde creó la célula y ganó también muchos adeptos para la causa revolucionaria. Se pasó la vida esperando la consigna y ésta no llegaba nunca. Pero lo que más le dolía era que no podía rendir cuentas al Secretario -o sea a su partido- de su trabajo encomendado. Porque él recibió estricta instrucción para no abandonar su puesto de lucha aunque pase un siglo, le había dicho Carey.

A poco tiempo de haber creado la célula en Poblado Kañy, ubicado -54- en la zona cordillerana, Peñalba supo de la incursión guerrillera del lado argentino, pero jamás llegó hasta él una información confiable sobre la misma. Todo cuanto sabía de noticias era a través de las versiones y comentarios que corrían de boca en boca, ya que fueron incautadas las dos únicas radios que había en el pueblo y no llegaba ninguno de los diarios de Asunción. De parte del Secretario no le llegaba ni señal de vida. En cambio, entre los rumores se decía que los que entraron de la Argentina eran comunistas. Pero como Peñalba era respetuoso hasta la exageración de las órdenes, no movía un dedo fuera de la célula y menos del pueblo. Llegó un momento, inclusive, en que Peñalba sabía que el comandante de una fuerza guerrillera de su zona era un camarada, pero él no tenía la libertad para tomar contacto por su cuenta y siguió esperando. Peñalba teniendo toda una población bajo su célula, no pudo brindar apoyo al comandante que hirió al general Caimán y acto seguido murió acribillado dentro de un baúl de coche. Cuando supo que el comandante que murió era Agapito Valiente, lloró a solas y no pudo compartir con nadie su dolor. Siguió trabajando como nunca para no bajar la moral y contagiar a sus nuevos camaradas el desánimo.

Pero iban pasando los meses y años, el poblado había juntado los fondos imprescindibles para cualquier emergencia y la consigna no llegaba. La dictadura cantaba victoria y hablaba de haber exterminado totalmente a la guerrilla. Pero la represión seguía arreciando como si todo siguiera igual, el país invadido por comunistas como en la Cuba de Batista. Mientras el pueblo comenzaba a inquietarse por la tardanza de la consigna, Peñalba tuvo que ceder en ese sentido para no producir grietas en la célula. Aceptó que una parte importante de los fondos se destinara para restaurar la escuela, el oratorio y un trecho vital del camino. Peñalba argumentó que la lucha a veces utiliza un calendario en donde la espera se hace más larga y penosa. Pero ni él mismo estaba convencido de lo que

dijo, aunque sirvió para ese momento de incertidumbre. Así logró que nadie perdiera la esperanza de que un día cualquiera llegue la consigna y la instrucción para responder como célula al cerebro que gobierna el cuerpo de la revolución.

-55-

Rubioroch siguió intacto en su sillón después de aniquilar todos los movimientos guerrilleros, burgueses y revolucionarios. Peñalba se ingeniaba para convencer a los compañeros de la tardanza del mensajero y echaba a correr historias perfectas que envolvían la realidad paraguaya y mundial, explicando con lujo de detalles por qué se debía seguir esperando con la misma firmeza de siempre. Decía que lo que ganó Rubioroch fueron batallas y no la guerra que era prolongada y segura para el pueblo.

Peñalba justificaba para sí mismo diciendo que no siempre se dan las cosas como uno quisiera y recién ahora valoraba a Carey por su entereza, ya que él encabeza todo el partido que a su vez comanda las células, el corazón y el cerebro del cuerpo de la revolución; y no sólo una de las miles de células que él tenía a su cargo y no pudiendo a veces afrontar con todos los compromisos. Peñalba sin darse cuenta actuaba y se sentía un auténtico Carey al frente del Poblado Kañy, donde funcionaba en perfecto estado una célula abandonada y a la espera del cerebro partidario.

Habían pasado como 20 años y Lucio Peñalba seguía esperando como el primer día. Y nada ni nadie llegaba al pueblo con el mensaje tan anhelado. Los jóvenes ya cuestionaban la falta de progreso y alegría en Poblado Kañy. Muchos abandonaron en busca de trabajo y mejor bienestar. Otros para estudiar. Sólo se quedaban aquellos que eran alimentados por Lucio Peñalba con la esperanza que repartía a diario como si fuera un pan interminable, y los que no podían marcharse por falta de medios.

Pero algo empezaba a descomponerse dentro de la célula. Peñalba de inmediato culpó a la larga espera y trató de impedir cualquier agrietamiento. Algunos ya comenzaron a cuchichear que Peñalba estaba loco y que estuvo mintiendo todo el tiempo. Otros que Rubioroch ya estaba al tanto y que en cualquier momento mandaría por ellos. La mayoría optó por una renuncia elegante a la célula. Ninguno cayó preso ni nada por el estilo. Caso insólito en el Paraguay, donde el «radio so'o» o la irradiación carnal está siempre en la vanguardia de la tecnología de la comunicación. Peñalba siguió con su mismo prestigio y autoridad.

-56-

Sin embargo, pronto se notó la diferencia. Las hectáreas de siembra bajaron al 50% en dos años. Nadie se preocupó más del pueblo. Se vinieron abajo la escuela, el oratorio y se arruinaron los caminos dejando aislado a Poblado Kañy. Murieron rápidamente los ex integrantes de la célula, en su mayor parte agricultores de avanzada edad. La soledad se apoderó del pueblo. La tristeza ocupó el lugar de la célula. Y Peñalba amaneció un día muy enfermo, casi paralizado y sin quejarse de ningún dolor. Pero su ahijado, un joven que lo visitaba todas las mañanas, al encontrarlo en esas condiciones decidió llevarlo a un hospital de Asunción. Lo acomodó sobre su caballo y salieron a la ruta para tomar un ómnibus.

A los pocos días Peñalba ya estaba recuperado y los doctores le diagnosticaron que nada tenía, que sólo fue algo propio de los nervios. Un día antes de retirarse, por casualidad reconoció a un médico como un ex

camarada y le llamó para hacerse conocer.

-¿Qué necesita, abuelo? -le dijo el doctor casi sin darle importancia.

-Nada, doctor. Sólo una pregunta. ¿Usted es el doctor Reguera? -interrogó emocionado.

-Así es -contestó secamente y puso una mirada escrutadora-. Yo soy Lucio Peñalba, tu camarada de Buenos Aires -dijo con los ojos brillantes y sonriendo con su des poblada encía.

El doctor le apretó la mano y le palmeó la espalda.

-Estás irreconocible, Peñalba. ¿Qué enfermedad te dejó así? -preguntó preocupado el doctor Reguera y se sentó al borde de la cama.

Luego Peñalba comentó que estaba por salir ya del hospital y que vino hace apenas una semana de Poblado Kañy. Rápidamente su conversación deslizó hacia lo que esperó toda la vida, saber algo del Secretario o del partido.

El doctor Reguera, sin pelos en la lengua, suponiendo tal vez que Peñalba ya no tenía nada que ver con esas cuestiones, narró que «después de la estúpida aventura guerrillera se alejó para siempre del partido». Que no quería saber más nada al respecto. Peñalba desconcertado quiso interferir y el doctor siguió sin -57- compasión. «El partido en el 65 se partió en dos», dijo. «Una parte se quedó en el partido y la otra, se llevó Carey para formar otro partido. Que a todo esto, escuché hace poco que murió Carey», comentó sin anestesia Reguera.

Peñalba quedó demolido cuando escuchó todo eso, aunque en el fondo siempre sospechó lo mismo. Pensó que no debía preocuparse mucho por su salud y que ya sabrá qué hacer luego.

El doctor Reguera al despedirse le entregó una tarjeta personal y se puso a su disposición como amigo. Peñalba agradeció casi sin palabras y se dejó caer en la cama. Se le hizo larga la tarde, no pudo encontrar nada que le pueda distraer mentalmente. Le asustó un poco ese hecho, ya que antes nunca le había pasado tal cosa. Si algo siempre le sobró, se dijo a sí mismo, fue imaginación. Llegó la noche y le pasó lo mismo. Cerraba los ojos y le parecía que ya había dormido todo en la vida. Ningún pensamiento raro o preocupación alguna le impedían el sueño, sino la idea de que ya había dormido todo en la vida. Al llegar la madrugada, escuchó el solitario canto de un zorzal korochiré en los alrededores del hospital y se dio cuenta de que había dormido con los ojos abiertos.

La mañana que debía retirarse, llegó temprano el ahijado al hospital. En la administración le dieron la orden para salir de alta. Con el certificado en la mano, se dirigió el joven hacia la sala donde estaba internado el padrino. Peñalba parecía pensativo en la cama desde lejos. Cuando se acercó a la cama el ahijado, lo encontró duro y con los ojos abiertos mirando fijamente por una ventana con vidrios rotos, que dejaba entrever un florecido lapacho.

1987

-[58]- -59-

El honor de los vencidos

¡Ibas en pos de glorias sonrientes

mientras de atrás la muerte te seguía!

Campos Cervera (Padre)

La guerra suele poner a prueba a los hombres, enfrentándolos a la muerte fuera de tiempo y devolviendo a la vida con una nostalgia de la violencia. Tal parecía el caso de Ladislao Ponce que todo cuanto decía lo remitía a su condición de ex combatiente de guerra y cuantas revoluciones intentadas en el Paraguay, desde el año 1904. Aunque hacía varios lustros que jugaba solamente al bojo y al truco, no perdía oportunidad para asociar cualquier situación con declamaciones de tipo militar.

El juego de naipes pasó a ser lo más importante en la vida de Ponce, después que se resignó a luchar contra la dictadura y padecer cárceles y persecuciones. En invierno solía llegar con su poncho chará a la casa de Benjamín Arce, pedía una raya de Aristócrata, mientras aguardaba la conformación del equipo. Bebía concentrado su aperitivo, como si estuviera armando una estrategia para el truco. Pero era respetado por todos, a pesar de ser catalogado «contra» del gobierno. El pueblo estaba acostumbrado a sus impropiedades y bravuconadas contra las autoridades.

-60- Antes lo llevaban preso por cada crítica que hacía en público, hasta que se cansaron de detenerlo. Sabían, perfectamente, que Ponce no encarnaba ningún peligro para el orden establecido.

«En la guerra se gana o se muere», decía Ponce al comenzar una partida en el bolichito de Arce. Apostaba fuerte dinero y gastos para los mirones. Disfrutaba mucho de jugar en público, ya que hacía reír a todos cuando glosaba su flor o dejaba de pintar el palo que esperaba.

«Yo siempre canto al amor / yo siempre canto por la paz / yo sólo quiero libertad / para regalarte esta flor», recitaba Ladislao Ponce gritando sus buenas cartas.

«No busco fama ni honor / no busco ganar ni perder / traigo sólo a mi querer / este ramo de floripón», remataba al fracasarle la última carta.

Ponce no perdonaba nunca a su contrario de juego, le cobraba indefectiblemente todo cuanto se apostaba. Una noche tuvo la suerte de juntar todo el dinero de la mesa. Se levantaron dos, después de haber perdido todas las prendas: relojes, cadenillas, anillos, linternas, carros, carretas, bueyes, caballos, pistolas, etc. Siguió uno en la mesa, dispuesto a todo, sin que nadie supiera con qué. De pronto, apostó a lo último que le quedaba.

-Ya no me queda nada. Solamente mi mujer... -dijo Severo Barúa y barajó las cartas.

-Como no. Yo soy un guerrero honorable y nunca abandono el campo de batalla. Más aun si el enemigo conserva su asiento en la mesa y se dispone a ofrecer resistencia -respondió Ponce con su habitual grandilocuencia estratégica.

-Porque la guerra ofrece al victorioso la oportunidad de mostrar su estatura moral a la hora de respetar el honor de los vencidos -agregó

Ponce, orgulloso de pertenecer a esta clase de ganadores, según daba a entender.

Comenzaron la partida, los mirones por poco no se caían sobre los jugadores de tan entusiasmados que estaban. Algunos proponían terminar el juego, otros decían que había que respetar al perdedor y seguir la partida hasta la última consecuencia. Ponce quedó aventajado en la -61- primera vuelta, con un falso envido y truco ganado por la primera. Arce, como dueño de casa, parecía muy nervioso y temeroso de un final trágico. Prosiguió el juego y Ponce seguía avanzando vertiginosamente. Barúa torcía las barajas dolorosamente y parecía no rendirse ante la adversidad. Ponce trató de mantener la calma, no largó nada que pudiera hacer reír a los mirones. Temía también una reacción imprevista de Barúa ante la posibilidad de perder su propia mujer. Éste seguía peleando con uñas y dientes. Ponce no sabía si ganar, para quedarse con la mujer de Barúa o perder para devolverle todas las prendas inútilmente. Prefirió ganar la mujer a Barúa y no caer en sentimentalismo. Le pareció no adecuado retroceder para un hombre de ley y deshonorar a un enemigo que peleaba con todas las armas a mano.

Llegó a su fin la partida. Ponce obtuvo una vez más el triunfo. Barúa se apretó la cabeza y se puso de pie, en señal de que aceptó la derrota. Ponce le tomó del hombro sin saber qué decirle, pero dispuesto a respetar el pacto de honor. Pensó que la mejor manera de respetarlo era permitirle que cumpla su apuesta, aceptarle que entregue su mujer como había prometido.

-Ponce, en casa está tu paga... Vamos..., antes de amanecer -dijo Barúa con su voz entrecortada y salió acompañado por «el vencedor de todas las batallas», como se autodenominaba Ponce en broma.

Cuando atravesaban la tranquera de Arce se escucharon dos tiros de fusil, que vinieron certeramente de la oscuridad, y alguien cayó en el suelo a consecuencia. Era Ladislao Ponce que recibió dos balazos entrecruzados, tal vez para que sepa -aunque tarde-, que en la guerra también muere a veces el que gana.

1991

El hombre que tiró su vergüenza

Los numerosos transeúntes que ayer, al promediar la tarde, se encontraban en la esquina de Rivadavia y Camacuá, presenciaron un espectáculo insólito sobre la acera, como si fuese un viandante más, caminaba un hombre totalmente desnudo.

Diario Clarín, octubre, 1985

Escribiré únicamente porque la escritura ofrece más chance a la reflexión y no quisiera que nadie mal interprete mi relato. Sobre todo, en el sentido de que esta manifestación la estoy haciendo por remordimiento o por algo parecido. De ninguna manera, me hago responsable de lo que pasó y todo cuanto hice. Mi actitud está enmarcada dentro del raciocinio y no como me insinuaron algunos agentes, irresponsablemente, en el momento de mi detención. Los desgraciados tuvieron la osadía de catalogarme de tilingo y que mi conducta de esa tarde obedeció a desviaciones mentales. Les aclaro sin vueltas, tajantemente, caminé desnudo y consciente de lo que estaba haciendo. Esta última frase mía tiene la gangrena del convencionalismo, porque para mí la ropa no cubre el cuerpo sino encubre la mentira. Y estoy feliz de que haya salido todo como había previsto, ya que en ningún momento dudé de mi -64- cometido y de la eficacia de mi valiente caminata. En realidad, quise abofetear la hipocresía de la gente y la abofeteé sin reparos. Apuñalé la incredulidad a ese gentío gris y me dolió saber que la gente tenía cancerada su capacidad de creer. ¿Pero cómo revertir esa derrota espiritual de la humanidad? Solamente golpeando la cara de la indiferencia y pateando la estantería vidriosa de nuestra moral. Eso fue lo que hice. Intentar con un gesto simple la redención de la gente de su mentalidad apollillada y pacata.

Aquí me tienen, Pilatitos de manos sucias. Porque la verdad en todas los tiempos fue revolucionaria. Por supuesto, cada verdad tiene su tiempo y no al revés. Pero sé, fehacientemente, que mi heroísmo agujeró mortalmente a esta sociedad de mujeres a dieta y niños llenos de lombrices. Y pronto seré reivindicado como precursor y profeta de la sinceridad. Porque el día de mañana nadie podrá negarme que fui yo quien echó las bases para una conducta futura, despojada de pliegues y dobleces. Yo sé que los ridículos van a ser mis juzgadores, cuando desechemos la filosofía snobista de ropavejeros. Por eso me quedo tranquilo, y me hago cargo de la condena y la maldición por mi pionera contribución a la humanidad. Creo que eso es normal en un mundo de conformismos como el nuestro. Pero lo que llama la atención es la actitud de ustedes y no la mía. Se me ocurre comparar mi aporte a los revolucionarios hallazgos de los científicos en los laboratorios, después de mucho transpirar -en mi caso, pensar- llega el éxito. Con la diferencia de que a los investigadores se los recibe con bombos y lo mío, como bomba. Pero pasará el tiempo y la cordura irá ganando terreno para rescatarme de entre los malditos. Aunque eso ya es ajeno a mi moral, porque yo hice lo que debía hacer, con eso me alcanza para apaciguar mi conciencia que se subleva ante tanta mojigatería. Y ustedes no son otra cosa que los verdugos del arropamiento corrupto. Para mi forma de ver, la ropa es la parte más obscena y grosera del ser humano. Siglos y siglos de armadura de trapos no se quita así nomás. Pero yo he dado el primer paso, mejor dicho, varios pasos que constituyen mi paseo didáctico por la avenida Rivadavia. No quiero pecar de -65- vanidoso ni narcisista, pero alguien tenía que apoyarme en mi emprendimiento ante la acusación general. Por ese motivo es que yo mismo me felicito y me autoestimulo.

Sin embargo, recordando un poco las distintas reacciones que concité entre los peatones, no puedo flagelarme culposamente de haber llevado adelante mi decisión. ¡Cómo puedo olvidarme de aquella adolescente pecosa que hizo

posar sus grandes ojos sobre mi sexo en estado de reposo, hasta ese momento! Pero esta muchacha de mirada excitada distrajo mi atención. Porque seguía caminando delante de mí e iba chocando con medio mundo al retrotraer la mirada hacia mi miembro viril. No quiero ser morboso, pero creo que la pecosita no quiso perder la oportunidad para confrontar su imaginación con la realidad de un genital masculino, y aniquilar la ingenuidad de sus, aproximadamente, 14 años. A esta altura de las cosas, descubrí que cientos de colegialas no ahorraban sus ojos para cubrir de curiosidad todo mi cuerpo desnudo y, en especial, mi signo varonil. Ya me había dejado llevar por las estudiantes mironas, cuando caí en la cuenta de que mi órgano sementero había sufrido una mutación: parecía un pañuelo de mago y mágicamente también semejaba un timón que iba apuntando hacia los cuatro vientos. Seguramente, caminé en estas condiciones un par de cuadras. (Aquí debo reconocer que estuve un poco apartado de mi misión, debido a un momentáneo descontrol). Pero gracias a los insultos, improprios y ataques verbales de las señoras y señoritas de bien, que dijeron sentirse estupefactas al ver tanta calamidad y desvergüenza en una sociedad como la nuestra, recatada, volví a mi meta. Me miraban las susodichas damas, boquiabiertas al contemplar algo inefable, como si fuera el rostro mismo de Dios, cosa nunca vista. ¡Si ustedes vieran esas mujeres, moralistas y puritanas poniendo esa cara de no saber nada respecto de mi herramienta colgante! Es una pena que no haya podido compartir con nadie aquel skecht callejero, las beatas frustradas fruncían los ceños y me observaban como a un OVNI o un Adán extraterrestre. Esta hipocresía de monja excitada me ofendió y las desprecié en bien de mi objetivo que, era lo que importaba.

-66-

Seguí transitando, a partir de ese momento, con naturalidad y me convertí en un transeúnte más. Tranquilo de saber que las que tendrían que haberse alborotado, las colegiantes, simplificaron en pocas cuadras decenas de libros que leen para informarse sobre el sexo opuesto, disfrutaron de la clase de Anatomía y sin ningún cotorro haciendo de profesor. Muchos de los caminantes ocasionales me cruzaban mirándome sin sorpresa alguna, pero iban unos metros, pensaban un poco sobre lo visto, y se volvían hacia mí con su moralina represora: con los ojos fuera de órbita, enceguecidos y creidísimos de haber tenido una pesadilla, caminando, en plena avenida Rivadavia. Este ejemplo es una prueba de la pobredumbre de nuestro pensar. Tenemos la mente llena de porquerías prejuiciosas. Curas, monjas, políticos reaccionarios, intelectuales con anteojeras, artistas egocentrifugados, periodistas pordioseros y militares impotentes se masturban, defecan y copulan en nuestro subconsciente. Mientras, nosotros nos ocupamos de peinar nuestra cabeza por fuera, claro está, también como estipulan los letrineros habitantes de nuestra subconciencia puerca. O bien trabajar para procurarnos pulcras ropas para envolver el continente de nuestro excremento. Y ustedes me quieren enjuiciar por hacer un gran favor a la humanidad.

Para mí son todos unos estúpidos o reverendos criminales. No les interesa por qué lo hice, sino buscan afanosamente acordar mi conducta con algún inciso perdido del Código Penal. ¿Para qué? Para reventarme como un globito de cumpleaños. A parte ustedes están preparados para condenar,

para castigar, hasta para torturar; pero no para comprender y mucho menos para perdonar. Así como no le dan un pedazo de pan al hambriento y cuando roba para comer, comete un pecado con Dios y un delito con la sociedad. Así también pasa con el pueblo sediento de libertad, primero le niegan su derecho a vivir libre y soberano, luego cuando lucha por ella le descargan todas las furias de la represión. Por lo tanto, poca clemencia puedo esperar de ustedes, que creen encontrar en el hecho de pasear desnudo un grave delito, porque tienen cola de -67- paja y saben a ciencia cierta que la pornografía está en el convencionalismo que están defendiendo. Yo de niño vivía en Tatakúá, un pueblo insignificante de Paraguay; uno de esos pueblos lleno de pobreza y contornos fantasmagóricos. Dentro de esta miseria, tal vez por el contacto con la naturaleza y los hermanos animales, la mente del hombre campesino se desarrolla sobre un carril elemental y seguro. Es difícil que este precario ser humano se desborde en elucubraciones demenciales o traumáticas. En cambio, el hombre de ciudad ha perdido hace rato su ubicación en el espacio y, ya menudo, en el tiempo. Para cualquier ciudadano la salida o la entrada del sol le tiene sin cuidado, el crepúsculo ni el ocaso ya no encierran ningún mensaje. La luna, por ejemplo, es sólo una metáfora para los pobladores de la jungla de cemento. Yo nací y crecí, desnudo, prácticamente, en ese ambiente de privaciones y natural. El calor de mi país es un horno, añadido a eso, el régimen represivo y dictatorial que empobreció hasta lo inconcebible. Pero la falta de educación y alimentos no hizo mellas en mi estructura mental, particularmente en lo que respecta a prejuicios sexuales. Como la miseria no viene sola, entre los niños la pediculosis era tan común como la suciedad en nuestra cara. Así que todos andábamos pelados como reclutas. Entonces, para identificarnos sexualmente recurriamos directamente a nuestros organitos que estaban en exhibición, ya que la poca ropa que teníamos solamente la usábamos para ir al Catecismo o al Curso de Alfabetización. Confieso que para nosotros siempre todo fue normal, inclusive pensábamos por qué los adultos no hacían lo mismo. Porque los chicos nos asociábamos a los animales con quienes compartíamos sombras, arroyos y juegos. Veíamos a todos con los genitales al aire y, frecuentemente, haciendo uso de ellos a plena luz. Por eso nuestra temprana promiscuidad, jugando al apareamiento. Con el resultado positivo, por supuesto, porque para nosotros el amor era una cosa natural, un acto humano y no divino. En síntesis, el amor es imposible de explicar y facilísimo de hacer. Y no como los neños de las grandes ciudades que se trauman con las revisas, la televisión y las rendijas del cuarto de los padres. Por allí -68- es donde se cuelan todos los complejos habidos y por haber de los personajes trágicos griegos. Pero después suspendí mi aprendizaje; como dijera Bernard Shaw, regresé a la escuela y me hice adolescente. En esta etapa me trasladé a una ciudad importante del interior de mi país y descubrí la televisión. Me llamó sobremanera la atención, al principio pensé que seguramente todo lo que pasaba en ella era el sueño de alguien o tal vez el mío, ya que vi cosas en la película que me pareció haber visto antes. Porque yo acostumbraba en mi sueño a correr como vi a un hombre hacerlo, flotando y apenas tocando el suelo. A un vecinito le comenté una siesta y me trató de zonzó, porque eso no era otra cosa que la «cámara lenta». Hasta vi la llegada del hombre

a la luna y los astronautas también caminaban como yo en mi sueño. Pero no entendí más nada cuando Atilano, mi vecinito, me quiso explicar que los alunizados no se movían en cámara lenta, sino por otro problema físico que no viene al caso aquí comentar. Me sorprendió también mucho que en cada historia siempre había uno o dos valientes, los demás todos inútiles y malos que caían como langostas en zanja. Me dio mucho miedo la idea de que algún día me hagan entrar en el aparato y me maten porque sí. Yo veía que todo era matar y morir, quedando siempre con vida los más lindos de cara. Después había otras películas más cortitas que se repetían a cada rato, en las cuales hermosas chicas y elegantes muchachos salían bebiendo, fumando, besándose felices, sonriendo como si todo ocurriera también en sueño. El mismo amiguito me zarandó por ser campechano y no saber que esas peliculitas eran las propagandas.

De esta manera fui acercándome a la civilización y me pudrí la mente. Me acuerdo que pensaba para mí mismo, al ver a la gente horas y horas -enfrente del televisor- que seguramente dejaban que los vivientes de la televisión vivieran la vida por ellos. Es decir, la vida en vidriera viva.

La única forma de entender que la gente se pasó horas sentada, ridículamente, frente a un aparato. También aquel amiguito, Atilano, me explicó una vez que el vaquero que vivía en la «tele» todas las tardes, había muerto hacía tiempo «en la vida real». Pero -69- este señor, muy hábil con el revólver, todos los días seguía matando indios y bandoleros. Tampoco me perdonó el amiguito cuando le dije, entonces la televisión es la inmortalidad que aprendí en el Catecismo: «Seguir viviendo después de muerto», como nos explicó un millón de veces la catequista de mi pueblo. Seguro que están pensando que salí del tema. Es cierto, pero solamente desvié un instante del que a ustedes les interesa. Pero vuelvo para no aburrirlos, ya que les prometí expresarles todo cuanto atañe a mi conducta, calificada por ustedes, atentatoria contra el orden público. Ciertamente que yo no puedo perder la ocasión de hacerles saber lo que a mí me interesa, a cambio de facilitarles los elementos probatorios de mi delito. Quiero que sepan que eso lo haré cuando termine de narrar los fundamentos filosóficos y prácticos de mi hazaña.

Como les dije antes, cuando me trajeron mis padres a la ciudad comencé a estudiar y me puse el primer pantalón largo de «brin naval». Al terminar el Ciclo Básico yo ya tenía 16 años y algunas compañeras en jaque. Un sábado me fui a la fiesta de colación con mi mejor camisa y mi único pantalón largo, almidonado para esa noche. Mis zapatos eran un par de espejos negros y yo tenía unas ganas tremendas de festejar el exitoso año con los amigos y compañeros. Hasta la calle llegaba la alegre música «nueva hola». Entré decidido al Centro Social. Se me interpuso, en la puerta que conducía al salón de baile, un hombre impecablemente vestido de smoking. Murmurando palabras soeces me empujó hasta la acera. Me trató de salvaje y cachafaz, diciéndome que yo era el primer maleducado e inmoral que violó la buena reputación y prestigio del Centro Social. De inmediato instruyeron al policía de guardia para que si yo «volvía a poner un pie en el umbral del Centro» hiciera conmigo cuanto quisiese. Un compañero que llegaba, sin dudar un segundo del porqué estaba fuera del baile como un caballo, me aconsejó severamente para que me fuese a poner el traje y volver. Igualmente, yo tenía algo como un puñal atravesado en mi garganta

que no me dejaba respirar. Igualmente también, no tenía todavía ni calzoncillo y mucho menos un traje. Por suerte, en esa misma vacación, -70- sin volver a ver a los compañeros, partimos con mi familia a Buenos Aires, y lo primero que hice fue comprarme muchas ropas y varios trajes. Pero pronto me sentí uniformado como la gente, la moda en la ciudad mimetiza a todo el mundo y se pierde así la personalidad. Yo, creyendo superar una falencia con la ropa, había caído en lo más hondo de la medianía mental y social. Me resultaba muy difícil sustraerme al consumismo y la frivolidad. Pero tal vez la frustración me vino del traje, ya que para vengarme contra aquél señor de smoking me compré varios de ellos y cuando salí trajeado a nadie le llamó la atención en lo más mínimo. Además la mentira que encontré en Buenos Aires contribuyó a fulgurar más mi espíritu rebelde. Sobre todo en mi trato con las mujeres. En cada una descubría la mentirita vestida a la última moda de París. Asimismo, cada porteña que conocía mudaba la impresión de estar amando a la viuda de Freud, como bien bromeó alguien. Pero si la mentira terminara en las mentirosas no sería nada, pero no es así. Ellas no pueden concebir que uno puede decir la verdad. Entonces, la mentira se generaliza, cumpliéndose aquél refrán: «El ladrón juzga por sí».

A partir de ahí, empecé a odiar la mentira y la ropa como símbolo de ella. Por eso desprecio visceralmente todo lo que sea vestidura y encubrimiento. Me gusta la realidad, soy un enamorado de la verdad. La verdad sencilla, chiquita, insignificante y fea inclusive. Por eso me gusta el cuerpo desnudo, sin hojas de parra o taparrabos alguno. De ahí mi amor profundo también por «La maja desnuda» y «La Odalisca». O ¿acaso el hombre nace arropado? No. El hombre nace desnudo pero la sociedad lo hace de ropa, diría hoy Rousseau si viviera. El viejo Platón ya decía que el cuerpo es la cárcel del alma, por qué apresar o atrapar más el cuerpo con la ropa. ¿No basta con enclaustrar el alma? Pero ustedes son más macabros aún. Cuando iba paseando por Rivadavia con mi alma encarcelada, me metieron en un patrullero y me envolvieron como una cosa sucia con lona arpillera. Ustedes se encargaron de encerrar con lona a mi cuerpo y éste a su vez tenía apresada a mi alma. Después, nos tiran a otra celda a todos juntos: alma, cuerpo y lona entre rejas. Yo sé que ustedes envidian mi cuerpo sincero, a lo mejor porque -71- ya tuvieron otro Adán Buenosayres se cansaron de los problemas existenciales que padeció. Conmigo se equivocaron, la conciencia yo la tengo bien puesta, mi único inconveniente es la ropa que no sirve de nada. Charly y García tiene razón cuando canta: «Para qué quiero la ropa, total me voy a quitar para amar». Pero creo que el error garrafal viene del Adán bíblico que echó mano a una hoja para tapar su verdad. Como se puede ver, la verdad casi siempre es chiquita, basta una hojita para cubrirla. Vaya si la sociedad va dejar la verdad al aire, para arroparla tiene miles de fábricas textiles y poquísimas verdades. Yo me distingo del Adán primitivo y del porteño en todo. Para mí la ropa es la vergüenza y no el cuerpo. Martín Fierro dijo que «la gente que pierde la vergüenza ya no la vuelve a encontrar». Pero yo me voy mucho más lejos: yo mismo me encargué de tirar la propia vergüenza, mi ropa. No es tan sencillo tampoco el tema de la ropa, no es una simple cáscara del cuerpo, sino es la vergüenza que oprime a la verdad. Porque no en vano los romanos asesinos se pelearon por la túnica de Jesús y no por su

cuerpo. El Imperio Romano era entonces el poder de la mentira y el cuerpo de Jesucristo, la verdad. Ellos tomaron lo que les servía: el trapo para tapar la verdad. Tampoco es casual que los defensores del Occidente cristiano prohíban la película Yo te saludo, María, del rebelde director de cine Godard, porque el film muestra a María desnuda; así también me están prohibiendo a mí que pueda volver a pasear por la avenida más larga del mundo, Rivadavia. Es decir, debemos imaginar a María sin cuerpo, etérea. Si algo tiene de sagrado María, ése es su cuerpo, nada menos que allí acunó al Mesías. Recuerdo haber leído que un jurista romano para salvar de la horca a su defendida, tuvo que desnudarla y mostrar su poemático cuerpo, acompañando con una apología de la belleza y demostrar a los jueces que la sentencia era criminal, por atentar contra una obra de arte de la naturaleza y la providencia escultórica de la muchacha. Bueno, señores, ya suficiente les hice esperar para decirles la verdad. Pero como yo soy el único que dice y muestra la verdad no puedo ser comprendido. Por ese motivo les autorizo que procedan conmigo de -72- acuerdo a la ley mentirosa que impera solamente por mayoría. Mi verdad personal pasa a ser la mentira para la mayoría falsa. No esperen de mí remordimiento, mucho menos arrepentimiento. Yo lucho por la verdad como una causa revolucionaria y puse mi cuerpo a su servicio. Tarde o temprano la sinceridad izará su bandera de liberación del cuerpo y los hombres y las mujeres, que arrancarán en jirones la hipócrita vestidura a la sociedad. Por eso yo inicié mi lucha por la verdad antitrapista y la liberación total del cuerpo, a partir de mi caso particular. Cuando le dije a mi novia que la quería, me contestó que ya había escuchado mil veces esa mentira. Porque mintieron mil hombres, yo -por consecuencia- le debía mentir. ¡Qué simplismo espantoso! Pero esa es la realidad. Para demostrarle a ella y a la humanidad toda que por lo menos un hombre aún dice la verdad, me largué desnudo por las calles una tarde otoñal que llovía de hojas amarillas. Como habrán visto, no soy ningún loco, ustedes son los locos que se resignan a la mentira. Cuando decidí la aventura por la humanidad, también decidí callarme para siempre. Para que mi cuerpo con su verdad, con su sincera elocuencia diga todo cuanto mi alma quiera expresar; ya que ésta desde su presidio nada puede sin recurrir al esqueleto. Por eso me negué a declarar verbalmente y solicité, no oralmente sino también por escrito, hacerlo de esta manera manuscrita. Miguel Hernández había escrito cuando murió su hijo y quedaron huérfanos con su esposa, Josefina: «En esta casa falta un cuerpo. / En esta casa sobran dos cuerpos». Yo digo que el mío también sobra, ya cumplió su misión, de la misma forma que la cigarra pierde el suyo cuando concluye su canto y se va el verano. Y estas líneas son mi declaración policial y sumarial, para que ustedes hagan lo que quieran con ellas y conmigo. Lo demás, yo ya lo tengo todo arreglado. Eso sí, les ruego que me entierren desnudo y pónganme en mi epitafio este verso inconcluso del poeta de Orihuela que reza: «Aunque bajo la tierra / mi amante cuerpo esté...».

1985

El grito de Triana

Tener a Dios y a la Virgen en los labios, la religión en apariencia, un rosario en la mano y sólo los intereses temporales en el corazón, es la primera máxima de vuestra nación soberbia: España.

Richelieu

La serena inmensidad del mar parecía inquietar aún más el espíritu ansioso de los hombres en vigilia. Las tres carabelas que habían salido el viernes 3 de agosto de 1492 de la barra de Palos o Saltés, se dejaban llevar pesadamente hacia algunas orillas imaginarias que, hasta ese momento, tal vez existían sólo en el delirio del futuro Almirante. Aunque éste tuviera en secreto a Nóloc como prueba irrefutable de que había tierras hacia el Poniente, pero sin imaginar ni remotamente a qué distancia se hallaban las mismas. Entre los 120 hombres que constituían la tripulación, entre oficiales, galeotes y acompañantes en general, estaba Nóloc anónimamente con los embarcados. Por un pacto con Colón debía callar siempre sobre todo aquello que se refería a su origen y la forma en que se habían conocido. Así lo hizo varios años, desde que llegó a la isla Madeira con unos marineros -74- náufragos que le trajeron de otra isla de las Antillas, donde él vivía y que una poderosa tormenta llevó el barco que había salido de España rumbo a Inglaterra o Flandes. Si bien el regreso también resultó lleno de accidentes y crueles padecimientos, entre los moribundos sobrevivientes estaban Nóloc, el piloto -que algunos sostienen que fue el mismo Colón-, y algunos ayudantes más.

Se sabe que Colón, a fines de 1483, solicitó al rey Juan II de Portugal carabelas aprovisionadas para un año y provistas de baratijas para el trueque, «cascabeles, bacinetas de latón, hojas del mismo latón, sartas de cuentas, vidrio de varios colores, espejuelas, tijeras, cuchillos, agujas, alfileres, camisas de lienzo, paño basto de colores, bonetejos colorados, y otras cosas semejantes, que todas son de poco precio y valor, aunque para en re gentes del las ignorante, de mucha estima». Además, Colón tenía en su poder la carta, escrita por un sacerdote portugués en 1474, que le envió el famoso geógrafo florentino Toscanelli y decía lo siguiente:

«(habla) del muy breve camino que hay de aquí a las Indias, donde nace la especería. (...) Y de la isla de Antilia hasta la novilísima isla de Cipango... son 2500 millas... la cual isla es fertilísima de oro y de perlas y de piedras preciosas: sabed que de oro puro cobijan los templos y las casas reales». La fuerte tempestad marítima que devolvió a los marinos hacia las orillas de Madeira fue por aquellos años, pero nadie hasta hoy quiso romper el encantamiento que produjo el anuncio oficial y «real» de la existencia del «Nuevo Mundo y de las Indias».

Según parece, Cristóbal Colón nació en Génova alrededor de 1451, hijo de unos tejedores y comerciantes, Domingo Colombo y Susana Fontanarrosa. Desde muy joven comenzó a navegar por las costas mediterráneas ofreciendo las mercancías de sus padres y acompañando también a unos parientes filibusteros. Cristóforo Colombo, tal su nombre verdadero, a su condición de aventurero y mercachifle, siempre se añadió a sí mismo una misión

divina sobre la tierra. Su hijo y biógrafo Fernando escribió en ese sentido: «Creo que el Almirante fue elegido por Nuestro Señor para una cosa tan grande como la que hizo, y porque había de ser verdadero apóstol, como lo fue en efecto, quiso que en este -75- caso imitase a los otros, a los cuales, para publicar su nombre, eligió en las orillas del mar y no en los palacios y en las grandezas». Pero, indudablemente, la adopción de un nombre castellanizado se debió exclusivamente a la idea de congraciarse con los Reyes Católicos, quienes fueron los únicos que le aceptaron su descabellado proyecto que sólo él sabía que no era tal. Si le hubiesen aceptado en Inglaterra o Francia, países a donde envió a su hermano Bartolomé a pedir también apoyo económico, no dudaría un instante para hacerse llamar algo así como Christopher Clown o Cristobau Colombaire. Como así también hubiera ocurrido con Portugal, donde él mismo había pedido de rodillas en más de una oportunidad financiación para sus travesías, hubiese adoptado sin ruborizarse y tranquilamente un nombre como Cristobao Colao o algo por el estilo. Colón siempre soñó encabezar alguna vez expediciones que hicieran sombras, inclusive a las legendarias aventuras de los piratas de su tiempo, en especial a las de su tío general Colombo el Mozo. De ahí que no resulta nada extraño que haya aparecido también integrando un gran emprendimiento del gobierno de Islandia (Tule) en 1477, registrándose con el nombre de Juan de Kolno y quedando a oscuras hasta hoy los pormenores de su participación. Pero casi no cabe duda de que este viaje lo realizó, según sus propias palabras escritas que transcribe el padre Bartolomé de Las Casas, en el Tomo 1 de su Historia de las Indias: «Yo navegué el año cuatrocientos setenta y siete en el mes de febrero, ultra Tule, isla, cien leguas...». En base a estos datos, se deduce que «ultra Tule» sugiere que la navegación en que participó Kolno (Colón) tomó la dirección inequívoca hacia el oeste. Por lo tanto, viajando «cien leguas» al oeste de Islandia, pudo haber estado ya, nuestro futuro «descubridor» y Almirante, frente a América en 1477.

Al creerse predestinado, Colón se dispuso a cumplir su misión divina; aunque su vida de vagabundo no conoció de reparos morales ni éticas, a sus ambiciones desmesuradas y sus indisimulados fines de lucro siempre los revistió de idealismo y mística. Por un lado, se hacía llamar Xristo Ferens, «el que lleva a Cristo», y por el otro, era el hombre -76- más práctico, y concreto que se pueda imaginar... Por eso exigía a los Reyes Católicos una capitulación con suculentos porcentajes de cuanto obtuviera dentro de la jurisdicción de la Corona. El futuro Almirante provenía de una familia de comerciantes, parientes filibusteros y con experiencias propias en las más variadas operaciones comerciales. Traficante de esclavos, especies y demás productos considerados de difícil adquisición y valorados por la gran demanda. Pero lo más importante para Colón era realizar el viaje a la India para satisfacer esa escasez de especiería oriental y de paso ver la isla de Nólóc si sigue en el lugar de siempre. Es decir, Colón nunca desligó de sus ideales el fin económico y divino. Por eso a la hora de escribir sus recuerdos de 40 años en el mar cumpliendo su misión, habla de que con el oro de las Indias prepararía 100000 soldados de infantería y 100000 de a caballo para el rescate del Santo Sepulcro, como así también proveer a los reyes Fernando e Isabel «oro cuanto overen menester», especias, algodón, resinas y «esclavos

cuantos mandaran cargar. Nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos rey y reina... adonde toda la cristiandad debe tomar alegría... en tornándose tantos pueblos a nuestra santa fe, y después por los bienes temporales; que no solamente la España, más todos los cristianos tendrán aquí refrigerio y ganancia».

En su adolescencia Colón se fogueó en el arte de la navegación y piratería bajo el mando del mencionado pariente filibustero, general Colombo el Mozo. Con éste participó en un combate contra los moros y traficó negros de África para esclavos en las islas Azores y Madeira, donde eran empleados en la producción de azúcar, vino y trigo. Cuando tenía, aproximadamente, 25 años también participó como corsario en una escuadra del general Colombo el Mozo, con quien salieron al encuentro de cuatro galeras venecianas que volvían de Flandes con el propósito de atacarlas. La batalla se desató entre Lisboa y el cabo de San Vicente, donde terminó en llamas la nave en que viajaba Colón. Para salvarse, tuvo que nadar varias leguas hasta tocar costas portuguesas y luego se estableció en Lisboa. Aquí le conoció a Felipa Muñiz de Perestrello que sería después su esposa, hija de un caballero y navegante -77- italiano, ex gobernador de la isla portuguesa de Puerto Santo que había colonizado él mismo. Al morir éste había dejado varias anotaciones sobre los descubrimientos hechos por los portugueses y también los descubrimientos propios. Después de leer ávidamente estos recuerdos de Perestrello, se acrecentó todavía más en él la idea de adentrarse en el «mar tenebroso» hasta llegar a la India y aprovechar la gran demanda de pimienta, clavo, canela y vainilla. Además, el barco destartado que volvió trayendo a Nóluc de «tierras todavía desconocidas» contenía entre sus cargas algunos de estos productos y lengüetas de oro.

Al poco tiempo, Colón enviudó quedando con un hijo y comenzó a repartirse su vida entre Lisboa y Madeira. Informándose de todo cuanto se haya escrito y dicho sobre los viajes oceánicos o atlánticos. Encontró que Séneca había vaticinado el descubrimiento con estas palabras: «Con el transcurso de los años perezosos, vendrán siglos en el que el Océano rompa sus cadenas y aparezca, ingente, la superficie de la Tierra; en que Tetis descubra nuevos orbes y no sea Tule (Islandia) el término del mundo». También Séneca en su Libro Quinto de las Cuestiones Naturales dice que «el mar es navegable en pocos días si el viento es favorable». Asimismo, entre las lecturas preferidas de Colón figuraban Geografía de Ptolomeo; las crónicas de Marco Polo; O Regimento do Astrolabio y los conocimientos sobre el atlántico de Enrique el Navegante; Historia Rerum de Eneas Silvio Piccolomini; Imago Mundi del cardenal Pedro Dailly, que en un pasaje -que Colón leía y releía diariamente- escribió: «Dice Aristóteles que el mar es pequeño entre los confines de España y el principio de la India».

En busca de más informaciones, Colón tomó contacto directo con el sabio y comerciante florentino Paolo del Pozzo Toscanelli, que sostenía que, navegando siempre hacia occidente, se podía llegar tranquilamente a la India y arriesgó a dibujar un mapa, indicando los lugares a donde llegaría aquel que se anime a viajar haciéndole caso. Por supuesto, Toscanelli ignoraba olímpicamente que antes de llegar a la India por occidente había que cruzar primero todo un continente. Quizás, la caída de Constantinopla que le cortó su negocio de venta de -78- especies, hizo que apurara

algunas teorías facilistas para entusiasmar a gente predispuesta como Colón y así aliviar la amenaza a su comodidad económica. Igualmente, el futuro Almirante no se cansaba de recoger todas las noticias relativas a los viajes hacia el Sur, a lo largo de la costa occidental de África y, sobre todo, de los portugueses que habían ocupado las islas Azores y procuraron lograr los descubrimientos más remotos. Oyó hablar de trozos de madera labrada que flotaban en el Océano, de enormes cañas y árboles raros arrastrados hasta la playa de Porto Santo o Madeira; como también botes y una vez hasta de «dos cadáveres de anchos rostros, diferentes en sus aspectos a los cristianos». Colón convivía a diario con todas esas historias que hablaban de las Antillas, de la isla de Siete Ciudades, entre tantas otras.

En medio de estos comentarios y elucubraciones, un día estando Colón en Madeira escuchó hablar de unos marineros que llegaron moribundos y ganaron la costa en una nave maltrecha como venidos de muy lejos. Acudió Colón a recibirlos y solamente pudo hablar unos minutos con el piloto antes de que éste se muriera. Sin embargo, lo suficiente para saber que habían ido a parar en una isla hacia occidente, después de varias semanas de viaje a la deriva, y que trajeron con ellos un nativo de aquella tierra lejana que le hizo conocer una tormenta interminable. Poco después, averiguando supo que el extraño «hombre desnudo» fue a parar en una cárcel acusado de exhibición impúdica y sospecha de herejía. Colón de inmediato se puso al tanto de lo acontecido y fue a conocerlo a la prisión de Cádiz. Lo encontró en pésimo estado, prácticamente agonizando. Se enteró por los carceleros que se llamaba Nólóc a secas y que no tenía ni apellido. Hablaba una lengua, le dijeron, nunca escuchada. Y que pesaban sobre él serios cargos de inmoralidad y negación de Dios. Colón movió sus resortes ante la jerarquía de la Inquisición y los Reyes. Llegó a hablar con el mismísimo Tomás de Torquemada sobre la situación de Nólóc y logró milagrosamente conmiseración para rescatarlo en unos años. Ciertamente, Colón hizo un pacto con el desconcertado presidiario, que sólo modulaba algunas palabras castizas y muchas monosilábicas y onomatopéyicas de su -79- incomprensible lengua, antes de seguir adelante con los preparativos de su soñado viaje. Muy pronto «el hombre desnudo», como le nombraban los que le habían visto, aprendió a comunicarse y esperar a Colón que cumpla su promesa de sacarle de la cárcel, y devolverle a su tierra en medio del mar.

A partir de aquí, Colón comienza a peregrinar en busca de un apoyo financiero que le permita hacer realidad su proyecto de doble objetivo. Sin duda, el más importante era la cuestión de llegar al Reino de las Especerías, ubicado en el Oriente, y explorar el Occidente, por donde también habría pimienta y oro; a juzgar por los elementos encontrados en el barco hecho tablas dispersas que había ganado la playa de Madeira. Si bien tardó en llegar ese apoyo financiero, porque nadie creía que un buscavidas podía tener en la mano la llave de un nuevo mundo, Colón no supo de fatigas ni desmoralización. Sin abandonar el estudio de los documentos de cartografía que tenía a mano, seguía peregrinando por las cortes de Francia e Inglaterra a través de su hermano Bartolomé, de Portugal y España en forma personal, procurando los recursos necesarios para calmar su premeditada obsesión. Pasó un tiempo en Lisboa y luego tomó

rumbo hacia el puerto de Palos. Fue a parar al convento de La Rábida, donde depositó a su pequeño hijo Diego al cuidado de los frailes, luego se dirigió a Sevilla en busca de ayuda. En ese ínterin conoció a un señor feudal de incalculable fortuna, conde de Medinaceli, autoridad principesca del Puerto de Santa María, cerca de Cádiz, quien entusiasmado por el fantástico proyecto envió a Colón junto a la reina Isabel a Córdoba, y especialmente para hablar con el tesorero de la corte, Santángel, que sin desalentar el emprendimiento manifestó la imposibilidad financiera de España para tan costoso viaje. Posteriormente, comentaría este hecho el hijo de Colón, Fernando, diciendo que su padre no pudo convencer aquella vez a los Reyes y a sus asesores por no querer abundar en detalles, en cuanto a las pruebas que ya poseía sobre las tierras lejanas ubicadas camino a la India, Catay (China) y Capango (Japón). Escribió también Fernando Colón que el Almirante temió que al dar todos los elementos pudieran -80- otros realizar su trayecto aún imaginario, porque conocía el espíritu victorioso de los españoles que recién habían aplastado del todo a los moros, y comenzaban a expandirse más allá de los límites de su territorio. Bastante apesadumbrado volvió al convento de La Rábida y conoció al fraile Juan Pérez, que había sido confesor de la reina Isabel. Este nuevamente intercedió por Colón ante la reina, escribiéndole y aconsejándole que aceptara el desafío histórico que planteaba su recomendado. Pudo conseguir que la reina volviera a recibirlo y hacer que Santángel pudiese obtener los fondos necesarios que poco tiempo atrás había expresado no tener. Los historiadores más coherentes coinciden en que el dinero salió de las arcas de La Real Casa y la Santa Hermandad, con el consentimiento de los Reyes Católicos y las algebraicas maniobras de Santángel. Colón dijo que «vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de Alhambra y de vide salir al Rey Moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas» y les prometió que muy pronto izaría los estandartes reales en las tierras que a su paso irían apareciendo en el Océano. Los Reyes aceptaron esta riesgosa aventura con el afán de continuar la reconquista de España, como nueva hazaña de dominio expansivo, de fervor religioso y de ansia lucrativa. Colón, en cambio, logró una capitulación que en caso de éxito le proveería una distinción nobiliaria, el título de almirante, con todas las prerrogativas disfrutadas por un almirante de Castilla, en todas «aquellas islas y tierras firmes que por su mano e industria se descubrieren o ganaren en las dichas mares oceánicas». Sin embargo, en la capitulación no se menciona a Asia, la India ni el Extremo Oriente, pero Colón tenía consigo -además de una carta abierta dirigida a todos los reyes y príncipes de parte de los Soberanos Católicos- una especial cuyo destinatario era el Gran Khan, «porque siempre creyó -dice el padre Las Casas- que allende de hallar tierras firmes e islas, por ellas había de topar con los reinos del Gran Khan y las tierras riquísimas del Catay». Con la autorización en la mano, Cristóbal Colón se dirigió a la villa de Palos y encontró que la Corona ya había ordenado equipar tres -81- carabelas, labor que estuvo a cargo de los hermanos Pinzón, ricos navegantes, sobre todo el primogénito, Martín Alonso, «el mayor hombre y más determinado por la mar que por aquel tiempo había en esta tierra». Colón se embarcó en la carabela capitana, la Santa María, que era también

la más lenta, llevando como piloto al famoso navegante Juan de la Cosa. Martín Alonso Pinzón capitaneaba la Pinta, cuyo piloto era su hermano Francisco. El tercero de los hermanos Pinzón, Vicente Yáñez, comandaba la Niña -la más pequeña- piloteada por Pedro Alonso Niño (Peralonso). Zarparon las tres carabelas armadas y equipadas, con alrededor de 120 hombres, en su mayoría presidiarios de por vida, a quienes se prometió libertad a su regreso de la expedición; entre ellos, Nóloc que veía así cumplir medianamente su palabra a Colón a cambio de su prolongado silencio.

Llegó el momento largamente anhelado por Colón, las carabelas tomaron rumbo al Poniente misterioso para muchos y no tanto para él, que estaba seguro de que era cuestión de entregarse al viento incesante del Noroeste y custodiar las frágiles paciencia y confianza de los tripulantes. En los primeros días las aguas les resultaban familiares, porque recién estaban por las cercanías de las islas Canarias, que entonces ya estaban sometidas a la corona de Castilla y por donde habían navegado antes en muchas oportunidades. Pero la verdadera aventura comenzó alrededor del 6 de setiembre, cuando dejaron atrás Gomera -la más occidental de las islas conocidas hasta ese momento-, y emprendieron el viaje que tendría por fin el «ensanchamiento del mundo», según estaba previsto oficialmente por Colón y los Reyes Católicos.

El mar se dejaba surcar mansamente y la brisa parecía no tocar la faz marítima. El virtual Almirante, según confesaría después él mismo en sus crónicas, se pasó «treinta y tres días sin probar el sueño» y restregándose los ojos por si éstos se hayan olvidado que debían cerrarse de vez en cuando para descansar. Pero pasaron los días, semanas y las tierras seguían existiendo solamente en la ilusión de -82- Colón y en la memoria de Nóloc. En más de una oportunidad la brújula varió su orientación dando señales de tierra próxima, luego resultaban el desencanto y la incertidumbre para los no muy serenos tripulantes. El descontento entre ellos llegó a generalizarse y por consecuencia se amotinaron. Temían, con fundados argumentos que les daba tanto tiempo de navegación, no poder regresar nunca a España por causa de un obcecado genovés, que supo convencer a los Reyes para sacarles de la cárcel y prometerles libertad y oro a cambio del viaje. Colón tuvo que desenrollar los datos más precisos sobre la posibilidad de encontrar tierra, y les exhibió un montón de mapas que guardaba secretamente; donde se veía a la claridad que en pocos días más de navegación ya estaban las islas. Barajó con gran elocuencia, como lo hiciera tantas veces ante los distintos reyes, mezclando sus conocimientos cartográficos con dosis de revelación divina. Habló de su amistad con los más respetados navegantes portugueses de la época, mencionando a Joao Vaz Corterreal y sus hijos Miguel y Gaspar Corterreal; legendarios exploradores del «mar océano» y a quienes había conocido durante su estada en Inglaterra e Islandia. En este último país, les confesó, que hace muchos años había formado parte de una expedición que comandaba el propio Joao Vaz Corterreal e hicieron un viaje precisamente hacia las tierras que ellos estaban por tocar. Por supuesto, tampoco dejó de bosquejar su remota idea sobre la esfericidad de la tierra y mostró, en el momento a los tripulantes, que el mar parecía hundirse a lo lejos. Para más prueba de que su proyecto de antemano estaba asegurado,

le hizo hablar a Nólóc de su origen, cómo conoció a Colón y cómo había llegado a la Isla Madeira después de un accidentado viaje. Dijo Nólóc, entre otras cosas, que «no hay agua sin orillas ni tierra sin límites».

Luego fue devuelto entre los servidores de la escuadra y comentó con los compañeros la incredulidad de los «peludos», como llamaba él a los europeos; tal vez porque él y su gente eran casi totalmente imberbes y lampiños, que contrastaban con las hirsutas barbas de los pretendidos conquistadores y acompañantes. Nólóc, sin proponerse, presentía que esa gente traía entre manos todo ese mundo de muertes y crueldades -83- que él vivió en sus últimos años. No veía la hora de llegar a su tierra y contar a los suyos todo lo visto y sufrido entre «los peludos».

Después de quince días de navegación, a 400 leguas de las Canarias, Colón y Pinzón coincidieron en que -según la carta de navegar del próximamente Almirante-, la cual circuló de barco a barco para ser estudiada, las islas estarían ya cerca. Luego seguirían viajando otros quince días más para alcanzar tierra, pero antes -el 7 de octubre- tuvieron que torcer el rumbo al suroeste porque algunas aves volaban en esa dirección supuestamente hacia alguna costa. El día 10 de octubre, los tripulantes se negaron rotundamente a seguir adelante, Colón una vez más triunfó sobre la necedad de sus galeotes, prometiendo grandes recompensas para todos ellos. Al día siguiente, resultaban ya evidentes las señales de tierra, pero tampoco lograban aliviar la desconfianza de los tripulantes que estaban también presos de miedo. Dentro de este clima de disconformidad, Colón estipuló a toda la tripulación un importante premio y recibiría el mismo aquél que viera primero la tierra. A pesar de todo, las naves que se comunicaban constante y fluidamente no tenían por paisaje otra cosa que no fuera un ancho mar sin horizonte. Hacía pocas horas que había comenzado aquel 12 de octubre de 1492 y algunos hombres embarcados seguían ironizando sobre la capacidad mental de Colón, y presagiaban un trágico fin para éste. Otros, durmiendo de hambre, cansancio y enfermedad. Varios, con las miradas escrutando cualquier manchón real o imaginario que pudieran aparecer de repente frente a ellos.

La noche se iba destiñendo y el crepúsculo parecía erguirse de su hundimiento lejano. Colón recorría por toda la nave y atento a cualquier signo que pueda recibir de las otras embarcaciones. Nólóc ya estaba contento al reconocer el aire y viento de su tierra; él que ya había creído que no saldría con vida de la cárcel de Cádiz, donde fue depositado luego de llegar náufrago y acusado de desnudez y falta de fe. Pero estaba sano y salvo, a pocas millas de su añorada Hamaika. Gracias, en parte, a la gestión directa de Colón ante los Reyes y las autoridades inquisitoriales, pudo salir del presidio que estaba lleno de judíos, moros e innumerables -84- españoles acusados de herejes. Pero esta desgracia le llevó a conocer un mundo cargado de enredadas historias, un mundo de miserias y joyas; absolutamente incomprensible para él. No veía ya el momento de comenzar a narrar a los jóvenes las costumbres de esos hombres raros y fieros que se iban acercando lentamente quién sabe con qué ambición. Estaba seguro de que eran muy distintos de los otros que desde hace siglos venían visitando a los hamaikinos, o a menudo pasaban simplemente tocando a la ligera las costas de sus islas. Nólóc recordaba con especial cariño a sus ex compañeros de celda, cada uno con su lengua y

silencio, pero unidos todos por la misma cadena de dolor e impotencia. Después de treinta y siete días de viaje en mar abierto, contando desde las Canarias, el marinero Rodrigo de Triana largó su desesperante grito de ¡tierra!... ¡tierra!... ¡tierra!, rompiendo el silencio del alba, cuando avistó una isla por primera vez a poquísimas millas adelante. Pero de nada le sirvió a Triana haber roto la garganta, porque el premio estipulado se quedó en mano del mismo Colón, aduciendo que él había visto ya la tierra antes de salir de España y abundó en detalles para comprobar su condición de visionario. Fernando Colón explica este hecho así: «la Pinta fizo señal de tierra, al cual vio primero Rodrigo de Triana, marinero, y estaba a dos leguas de distancia de ella; pero no se concedió la merced de treinta escudos, sino al Almirante, que vio primero la luz en las tinieblas de la noche, denotando la luz espiritual que se introducía por él en las tinieblas».

Los expedicionarios bajaron a tierra en la isla Guanahaní, luego Colón la bautizó como San Salvador y es una de la serie de las Bahamas. Colón pisó acompañado por los dos capitanes y un notario, blandiendo el estandarte real como había prometido a los Reyes; mientras los desnudos isleños se agolpaban a su alrededor e hizo testigos a sus compañeros de que tomaba posesión de esa tierra en nombre de Fernando e Isabel. Luego describiría Colón a esta isla como de «árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras... Es el arbolado en maravilla, aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como el abril de Andalucía; y el cantar de los pajaritos que -85- parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos y tan diversas de las nuestras, que es maravilla... Porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio, que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor... En fin, todo tomaban, y daban de aquello que tenían, de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban desnudos como su madre los parió, también las mujeres... Cuando llegué aquí me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la más vieja no sería de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no la tendrían más unas putas... Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban, con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayadas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas... Yo estaba atento y trataba de saber si había oro, y vi que algunos de ellos traían un pedazo colgado en un agujero que tienen en la nariz. Por señas pude entender que, yendo hacia el Sur, había allí un Rey que lo tenía en abundancia... No se me cansan los ojos ver tan bellas verduras... y aún creo que hay en estas tierras muchas hierbas y muchos árboles que valen en España para tinturas y medicinas de especerías... Yo, placiendo a nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis (nativos) a Vuestra Alteza para que deprendan a hablar», como hicieran antes con Nólóc otro capitán expedicionario que para algunos no fue sino el propio Colón en un viaje anterior, previo al montaje de la realeza española para el «oficial descubrimiento». Pero previamente, antes de dar a conocer al único mundo existente para ellos, tuvieron que cerciorarse de lo que había en el

supuesto «nuevo mundo» y luego invertir en la propaganda del hallazgo. «El oro es excelentísimo -escribió Colón sobre lo que halló-; de oro se hace tesoro, y con él, quién lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al Paraíso».

Con el tiempo, Nólóc comprendería que con aquel feroz grito de Triana: no se descubría una nueva tierra, sino se encubría o tragaba -86- para siempre su vieja tierra. Luego, imaginaría al marinero de la Pinta como a un dragón que al gritar tragaba su tierra con todo lo que había adentro. Y comenzó a ver en su propio mundo brotar los males que había padecido y visto durante su permanencia al otro lado del mar. No le dieron tiempo a explicar a los suyos lo que significaba el robo y el saqueo, como había aprendido de los compañeros judíos y moros que quedaron con las dos manos para taparse «su natura». El concepto de mentira y la palabra pronunciada para no cumplir después. No tuvo que explicar cómo unos podrían disponer de la vida de otros, ya que pronto los tripulantes comenzaron a saciarse instintivamente con las mujeres, niñas y ancianas. No encontraba palabras para explicar cómo «los peludos» podían matar sin declarar a alguien su odio o enemistad. Que la cruz que traía era el símbolo de su Dios, a quien ellos mismos lo habían matado en esos maderos entrecruzados y siguen matando sin cansancio en su nombre en el mundo que él conoció. A Nólóc le había llamado mucho la atención de que sólo unos pocos comían bien y tenían lindas casas, mientras los demás deambulaban por las calles y hambrientos; decían que por la falta de fe y maldecidos por Dios a través de los inquisidores. Pensó que también en poco tiempo empezaría a faltar comidas en Hamaika y que, los delincuentes que aspiran ahora que llegaron a ser conquistadores, no dudarían en arrasar sus hogares con el fuego furioso que recomendaba Torquemada para purificar las casas de los acusados de herejía. Nólóc que había escapado milagrosamente de la hoguera del mencionado Tomás de Torquemada, Inquisidor de la Corona de Castilla, debido a que su persona poseía importancia para la empresa de Colón y lo rescataron de la tortura que procuraba extirparle la estigmática herejía: un crimen de lesa majestad divina. Le explicaron aquella vez, antes de ser sometido al martirio, que por una bula llamada «Aaextirpanda» le debían torturar para desalojar de su alma el mal que hizo que él desconociera la existencia del único Dios, hechos que le hacía cometer un «crimen majestatis» y convertirse en «infame». Ah, que también le correspondía una sola tortura, pero que podía consistir en varias sesiones. Es decir, todas las que vienen después de la primera vez -87- no son otras torturas, sino «la continuación» de la primera. Si bien Nólóc había salido íntegro físicamente, no podía olvidar a los ex compañeros que terminaron en la hoguera o fueron marcados con la cruz amarilla cosida a la ropa, para vivir despreciado el resto de su vida.

Desconsolado, Nólóc veía destruirse en manos de «los peludos» todo su mundo, como devastado por un huracán sin viento pero con espadas filosas y cruces mortales. El mundo que él descubrió le acompañó a su regreso y como una peste se abatió sobre su tierra. No imaginó jamás que el hambre y el dolor podrían cruzar tan inmenso mar. Si algo había en Hamaika era abundancia y signos de vitalidad por doquier. Por Nólóc habló el padre Bartolomé de Las Casas escribiendo que «será bien preguntarles que en tantos mil años que estas Indias están pobladas, si los enviaron de comer

los españoles desde allá. Si cuando acá llegamos los hallamos flacos y trasijados y les dimos industria para que comiesen, porque vivían no comiendo y les trajimos de Castilla los manjares y los hartamos, o ellos a nosotros nos mataron nuestra hambre y libraron millares de veces la muerte...». Nólóc, al ver todo lo que pasaba a su tierra, recordó también las palabras de un moro que compartió con él la celda, que los españoles llamaban a su barbarie algo así como «guerra justa». Y esa doctrina significaba para ellos ser considerados infieles o infames, y eran sometidos quedando sin derechos algunos; además de ser despojados de sus bienes, sus tierras, sus dioses, sus culturas, y su vida. Asimismo, el padre Las Casas habló a los suyos por Nólóc también escribiendo: «guerra que se hace contra el derecho natural, contra el derecho divino y contra el derecho humano; sin más razón que la de sujetarlo al imperio de los cristianos, como obra propia de ladrones, salteadores y tiranos...».

1988

-[88]- -89-

Sargenta de López

En memoria de Ramona Ramírez, residenta sobreviviente de la guerra del 70', y sus padres y hermanos caídos en aquel genocidio de la Triple Alianza.

La tía Ra permanecía derramada de piel y hueso en el catre, desde que cumplió los 100 años y hacía ya más de 10 que no se levantaba para nada. Pero todavía le quedaba fuerza para incorporarse y comer respaldada por unos almohadones. Por momentos, gozaba de una lucidez y memoria formidables, no se cansaba nunca de relatar las vivencias de la Guerra Grande, como la llamaba ella para distinguir tal vez de la Guerra del Chaco o por la magnitud que le daba a aquélla.

Las otras tías que vivían con ella, las cuatro eran sus hijas y la menor tenía más de 70 años, todas solteras, se turnaban para atenderle en la cama a tía Ra, como si hubiera vuelto a ser criatura de pocos meses; pesaba ya muy pocos kilos y cualquiera la podía alzar o cambiar de cama; había perdido totalmente la vista al tiempo que se postraba para siempre; buscaba ansiosamente con quién hablar, mejor dicho, a quién pudiera escucharle; aunque, según unas de las tías-hijas, había noches -90- que no dormía y se pasaba hablando y discutiendo sobre la Guerra Grande consigo misma.

La tía Ra y sus hijas habitaban una pequeña casa de adobe y paja en las afueras de Tatakúá. Los sobrinos, que éramos más de 50 en el pueblo, nos peleábamos por ir a dormir con ellas y escuchar en la voz quejosa que surgía de su boca desdentada, aquellas espeluznantes y tristes historias de la guerra, que nos refería cada noche sin mencionar que ella misma era la heroína de cada hazaña, repitiendo exactamente cada palabra, cada silencio, cada suspiro como si hubiese aprendido de algún libro de relatos y no de haber vivido en carne propia.

Llegábamos en pandilla a cualquier hora, de siesta, de mañana temprano, días feriados o cuando íbamos a dormir en su casa. Las tías hijas nos esperaban con unos cigarros po'i preparados especialmente para nosotros,

con hojas de tabaco desechadas y secadas de tal forma para que no nos hiciera daño o atorarnos con su humo. Para ver a tía Ra nos anunciaban alegremente las otras tías y entrábamos junto a ella, que siempre nos aguardaba ya sentada y con ganas de hacer pasar los ratos con nosotros. Quizás, la tía Ra a su vez se divertía con los sobrinos que le acribillábamos con preguntas, algunas insólitas que le hacían reír y después aconsejarnos que no debíamos preocuparnos por saber todo de una vez, que ya habría tiempo para hacerlo. Nosotros le interrogábamos una y mil veces de cómo fue a parar en la guerra siendo una mujer y si llegó a conocer al mariscal López, en qué circunstancia, y si también a la Madama Lynch. Pero tía Ra comenzaba desde el principio, de cómo vivían antes de la guerra. Según ella, para entender las causas de la guerra había que saber lo que era el Paraguay entonces.

Repetía siempre tía Ra que ellos tenían en Tatakú una Estancia de la Patria, una Biblioteca de la Patria y una Botica de la Patria. No había nadie que no supiera leer. Todos podían ir a la escuela gratuitamente y la Estancia les proveía de libros, ropas y alimentos. Claro que cada familia debía trabajar la mitad de la semana en la Estancia, para poder acceder a los beneficios comunitarios, el resto de la semana podía cada cual dedicarse a las actividades particulares. Decía también tía Ra -91- que cada familia podía utilizar la tierra hasta donde alcanzaba sembrar, nadie podía ocupar ninguna parcela para tenerla improductiva; la tierra desocupada pasaba a ser, inmediatamente comunal o a disposición de otra familia que podía cultivarla.

Había noches que tía Ra dormía poco y se pasaba la noche gritando consignas de guerra: ¡Viva la República del Paraguay! ¡Viva la Independencia Nacional! ¡Vivan los invencibles ejércitos de la República! ¡Gloria a la mujer paraguaya! ¡Atrás el invasor Imperio y sus cobardes aliados!

Otra noche no vivaba consignas pero se atrincheraba entre las frazadas o hacía elocuentes gestos de estar curando heridos en algún frente de batalla. Así como también agarraba su pantalla y empuñaba como un fusil apuntando al enemigo. De repente chistaba con la voz y nos hacía callar para escuchar los cañonazos en Paso Pucú, decía preocupadísima y no podía entender cómo nosotros no escuchábamos nada. Las otras tías, sus hijas, dormían lo más bien, ya acostumbradas a los desvaríos de su mamá Residenta. Nosotros, dormíamos sobresaltados con tantas historias sangrientas y relatos increíbles.

Cuando volvía en sí tía Ra, continuaba con la parte seria de su interminable historia. Le preguntábamos, entre tantas cosas, cómo ella sabía leer y escribir tan bien y sus hijas no. Tía Ra se incorporaba con más fuerza que nunca para contestar. Dijo que en su época de juventud nadie podía dejar de ir a la escuela, hasta llegar a leer y escribir a la perfección, para luego poder enseñar a los que no sabían hacerlo. Pero los aliados, recalcó furiosa, lo primero que destruyeron fueron las escuelas. Según ellos, allí se aprendía a querer al Paraguay con tanto fanatismo. Luego destruyeron las Estancias de la Patria y se repartieron entre ellos las tierras y las parcelas agrícolas y ganaderas comunitarias. Al último, la Biblioteca y Botica de la Patria, ya que quedaron poca gente para utilizarlas. De ahí que, nos contaba la Tía Ra, sus hijas jamás fueron a

la escuela y ella no pudo enseñarles porque debía trabajar de sol a sol para procurarse los bocados. No entraba en detalles en muchas cosas, como no queriendo hablar de algunas cuestiones. Por -92- ejemplo, nunca supimos si tuvo marido o no, jamás habló de que tuvieron padre sus hijas. Lo que sí sabíamos que ella les tuvo, a las tías hijas, después de la Guerra, cuando volvió sargenta y condecorada por el propio mariscal López, según juraba ella. Para más datos, repetía una y mil veces el texto completo de su condecoración junto a otras heroicas mujeres: «Gran Cuartel General de Paso Pucú, setiembre de 1867. Recibid nobles hijas de la patria el reconocimiento y gratitud del gobierno y pueblo paraguayo. Mediante vuestro esmero esos valientes guerreros forman otra vez en las filas del ejército nacional. Habéis cumplido con dignidad y altura vuestra santa misión de llevar el alivio y el consuelo a los beneméritos de la patria que en su heroica defensa han recibido esas preciosas heridas que vosotras habéis curado con tanta voluntad y constancia. Francisco Solano López, mariscal presidente».

Algunas veces, la tía Ra parecía no querer hablar por nada del mundo y permanecía largos ratos como entretenida con su propio pensamiento o vaya a saber uno qué cosa. Para esas ocasiones nosotros teníamos reservados los comentarios adversos que recibíamos en la escuela sobre Madama Lynch o Solano López. Ella entonces interrumpía su ensimismamiento y refutaba como podía los ataques al Mariscal y su compañera. Decía que los aliados muy pronto empezaron a promover la traición, especialmente entre las mujeres célebres de la República y familiares propios de López. Según la tía Ra, las copetudas o fifís de la capital comenzaron su odio contra el Mariscal desde el día que volvió acompañado de Europa de Elisa Lynch. Ella sí que quería al Paraguay como si fuera su entrañable país, y no como esa Juliana Insfrán que conspiró durante toda la guerra a favor de los aliados, procurando por todos los medios que su esposo se rindiera en Humaitá, a cambio de salvar la vida y refugiarse en la Argentina. El general Martínez, uno de los mejores estrategas del Mariscal, en determinado momento de la guerra, aun contando con soldados y municiones, aceptó la rendición, creyendo que se salvaba con su esposa de esa forma, fue pasado por las armas por violar la consigna: «vencer o morir». Así se -93- lamentaba la tía Ra, queriendo aplastar nuestra mal intencionada opinión que la enfurecía y largaba su remordimiento contra los que habían colaborado con aliados. La familia de López tampoco quedaba al salvo, recordaba en forma lastimera que la madre del Mariscal, en los momentos más difíciles, para desanimarlo, negó que fuera él su hijo legítimo y pedía a los aliados que pusiera fin a su gobierno. El confesor de la familia, el padre Maíz, un hermano, la madre, entre otros, acordaron con los porteños aniquilar al Mariscal moral y físicamente; los primeros, acusándolo de loco, asesino y delirante sin corazón; los aliados, de perseguirlo a sol y sombra hasta cazarlo y hacerle tragar su consigna. A quien siempre mencionaba y maldecía tía Ra era a Pancha Garmendia, por conspirar antes y durante la guerra contra el Mariscal. Ella fue novia de López, decía, antes de que viajara a Francia. Cuando él volvió acompañado por Elisa Lynch, todo quedó sin efecto. Allí comenzó el odio de Pancha y otras damas que se sintieron menospreciadas por López, al elegir éste a una extranjera y para más, divorciada, decían las traidoras, comentaba

llena de desprecio tía Ra una y mil veces. La traición a la patria no tenía contemplación para el Mariscal, tanto para los mismos familiares o ex pretendida. Tía Ra hablaba adoptando la voz y la firmeza de alguien que podía ser tranquilamente la Madama Lynch o Solano López. Levantaba el puño cerrado y fijaba la mirada ciega hacia la lejanía inexistente en su cuartucho. Pero ella recitaba desordenadamente proclamas, arengas, voces de mando, consignas contra los aliados y supuestos traidores. Creíamos que tía Ra vivía solamente para repetir la misma cosa, aunque a veces variando las versiones según la ocasión. Nosotros la veíamos tan reducida en su catre, como achicada o aniñada por tantos sufrimientos y alargada ancianidad. A medida que pasaban los años, tía Ra mermaba en kilos y aumentaba en delirios. Dialogaba por momentos con el Mariscal y por momentos con Madama Lynch. Juzgaba en tribunal militar a los traidores y sentenciaba con celeridad a los culpables. Salvaba de la muerte a los niños, ancianos y heridos. Volvía a reencontrarse con sus -94- padres y hermanos, se abrazaban y festejaban una victoria que sólo ella sabía cuál. Nosotros escuchábamos atentos y asustados, porque tía Ra hablaba sin parar y se dirigía exclusivamente a los que estábamos a su alrededor. Tía Ra y sus padres, más tres hermanas más, se fueron a la guerra el día que su único hermano, de 13 años, abandonó la casa, junto a otros de su edad y menores también, para alistarse voluntariamente en el ejército. Ellas, aparentemente desconsoladas, siguieron al hermano para no encontrarlo nunca y regresar después ella sola, ascendida a sargenta pero perdiendo a toda su familia. Tía Ra quería que nosotros también entráramos a pelear en la guerra, al lado del Mariscal y que no nos dejáramos engañar por los traidores y legionarios. Nosotros le seguíamos el juego y enseguida nos distribuía en el campo de batalla. Uno caía herido, otro avanzaba sobre el enemigo, el resto cubría la retaguardia y ella arengaba, con los ojos llorosos, a los heroicos soldados paraguayos. Juramentaba la consigna de «vencer o morir» como si fuera ante Dios, pero aclaraba que era ante la patria. Ante el peligro se persignaba y luego levantaba su «laminé», así llamaba tía Ra a su fusil, en señal de una arrasadora victoria.

1990

-95-

Tirado en la calle

Un hombre ha caído en tierra
como un bulto sangrante.

J. Prévert

«Es un ladrón», comentó un anciano entre la gente agolpada, al ver el

cuerpo tirado en la calle, bañado en sangre y aparentemente muerto. «Asaltó el banco de enfrente», agregó otro señor sin estar muy seguro y casi nadie le escuchó, ya que el desconcierto y la confusión se habían apoderado del centro comercial, aquella media mañana y cuando más público recorría las vidrieras de la zona.

«Habría que matar a todos», acotó a su vez un hombre trajeado y petiso, con aspecto de gallo paloma, buscando adeptos entre el gentío que observaba boquiabierto el ajeteo de policías y enfermeros, con sus respectivos patrulleros y ambulancias.

La avenida Principal se convulsionó con el tiroteo al principio y luego se paralizó con el cuchicheo de cientos de transeúntes, que dejaron las vidrieras por un instante y se dedicaron a presenciar el inesperado velorio callejero.

Llegó una ambulancia morguera y retiró el cuerpo sin vida del acriballado asaltante. Los custodias del banco asaltado retomaron su -96- puesto de trabajo, complacidos de haber cumplido con el deber y tal vez con la idea de un pronto ascenso en la policía.

Joaquín Verza había pedido licencia el día anterior en su trabajo, para cumplir una tarea encomendada por la dirección de su Movimiento revolucionario. Supo lo que debía hacer una hora antes de la fallida operación. Pero en ningún momento cuestionó nada, ya que él había jurado como miembro del Frente Estratégico y no podía oponerse a ninguna actividad planificada por la dirección.

Esa mañana, Verza salió de la casa en el mismo horario de siempre, sin comentar nada a su esposa que no iba ir a su trabajo, sin besar a los hijos para no despertar sospecha de nadie y hacer que pase como cualquier día más. Luego sabría, al reunirse con su compañero del Frente, que ese día la actividad era muy distinta a las realizadas hasta ese momento.

A Joaquín le tembló la mano cuando agarró la pistola que debía llevar para cumplir la tarea. Escuchó atento la planificación y ajustó su reloj a la hora del compañero. Revisó el arma descargando y destrabó el seguro. Llenaron de balas los bolsillos de sus trajes, prepararon los maletines de ejecutivos para entrar en el banco y miraron una vez más el croquis del local donde debían realizar el trabajo.

Antes de salir del «boliche», como llamaban a una oficina del Frente, hicieron una llamada telefónica a alguien de la dirección y tomaron el ascensor rumbo a la avenida Principal. Una vez en la calle parecían dos oficinistas o bancarios, vestidos impecablemente con pulcritud y caminando apurados con sus maletines cargados de basura para la ocasión. Un tercer hombre aguardaba en el coche a pocas cuadras del edificio de donde salieron Verza y su compañero. Se ubicaron en el asiento trasero del auto y partieron raudamente a cumplir la misión.

Joaquín Verza en vez de concentrarse en la difícil tarea que le esperaba, se fue pensando que hubiera sido mejor despedirse en forma de su esposa comentándole la verdad y besar a los niños por las dudas, pero él se sentía seguro al mismo tiempo y más con una pistola como la -97- que llevaba metida en su sobaco. Recordaba de paso su época de servicio militar, su habilidad con las armas y fundamentalmente sus condecoraciones como experto en tanques de última generación que poseía su cuartel. Luego enfilaron por su mente los viajes por el mundo estudiando las distintas

experiencias revolucionarias y recibiendo así también variadas instrucciones militares. Pensó después que ese día era la oportunidad para poner en práctica todo cuanto sabía, más todavía se tranquilizó cuando se le ocurrió la idea de que lo que iba a hacer no era nada malo, sino todo lo contrario, iba a cumplir con su deber de militante revolucionario, comprometido con la patria, y la humanidad toda.

Bajaron del coche dos cuabras antes del banco e iban caminando por la avenida Principal. De a poco se fueron separando y llegaron como dos clientes más del banco, que nada tenían que ver entre ellos. El automóvil que les transportó hasta la proximidad del banco estacionó a pocos metros del mismo, esperándolos con el motor en marcha. El chófer estaba atento en su misión y disimulaba revisando el motor de su coche, con el capot levantado y un destornillador en la mano. Empezaban a llegar más gente al banco y la puerta seguía abierta como señal de que no había empezado la cosa. Sin embargo, repentinamente salieron corriendo pistola en mano, disparando contra el custodia que les había seguido, y en vez de maletines traía sacos de billetes cada uno. Estaban subiendo al coche cuando Joaquín Verza vio que el policía caía herido en la vereda y, en vez de huir más cómodamente, le despertó un impulso de odio por no haberle hecho caso en su advertencia de que podía matarlo si llegaba a seguirles, se acercó para rematarlo pero un tiro del uniformado caído se le anticipó certeramente, dándole en la frente y haciéndole saltar para atrás, cayendo muerto y devolviendo lo ajeno que estaba en su poder. El compañero huyó despavorido con el chófer, como debía esperarse después de un asalto.

Joaquín Verza quedó tirado en la vereda del banco, con su rostro irreconocible por la sangre que saltó de la frente baleada.

Las personas que estaban dentro del banco y padecieron el atraco -98- salieron con ataque de histeria y con ganas de seguir atacando al asaltante muerto.

Los que pasaban ocasionalmente, se quedaban sorprendidos al ver un cuerpo ensangrentado y sin que nadie se acerque por lo menos a cubrirlo. Muy pronto se volvió ensordecedora la sirena de los patrulleros y ambulancias que iban llegando al lugar del hecho, como diría después el informe policial. Recién cuando retiraron el cuerpo del asaltante, la avenida se fue normalizando lentamente como forma de decir, ya que un diario de la tarde trajo la crónica policial y reveló el nombre de Joaquín Verza, como «ladrón muerto por la policía». Además, un extenso artículo que denunciaba sus antecedentes políticos, relacionados con los sectores izquierdistas y guerrilleros de la década pasada. La avenida Principal no salió de su asombro por varios días, por los diarios y revistas seguían mencionando el hecho e hilvanando los ovillos posibles para enredar a los grupos de izquierda.

El compañero de Verza que sobrevivió a la operación, después de informar por teléfono al jefe de la dirección del resultado de la misión, se dirigió a la casa de Joaquín para informar a la esposa, que su marido había caído esa mañana mientras cumplía tarea como miembro del Frente Estratégico. La esposa también era adherente del Movimiento revolucionario, pero lejos de comprender hasta qué punto debió comprometerse su marido para realizar tan repugnante trabajo. Sabía de antemano que Joaquín ni remotamente podría idear algo terrible como el

hecho de robar, pero lo hizo y sin pedirle su opinión siquiera. Para peor, le fue mal y dejó a sus hijos huérfanos, pensó mientras escuchaba algunos detalles de su caída y las recomendaciones sobre el tema que le había enviado la dirección del Movimiento.

Ella terminó de escuchar la pesadillesca noticia y sin asumir su veracidad, se dirigió al cuarto de los hijos y comenzó a besarlos sin motivo aparente para los niños. Estos se sorprendieron y preguntaron qué había pasado. La madre no sabía cómo empezar la historia, pero sus lágrimas evidenciaron la mala noticia y los tres se abrazaron fuertemente -99- para soportar el golpe, rodeados de peluches, cochecitos, payasos e incontables juguetes desparramados por toda la pieza. Quedaron todos perplejos y ahogados en sollozos y espantos. Abandonaron la casa y se marcharon hacia la morgue a reconocer el cuerpo de Joaquín. Sin lugar a dudas, era su cuerpo flaco y su rostro deformado por la bala que perforó su frente.

En su empleo el revuelo no fue menor. Cada compañero de trabajo apuntaba una virtud de Joaquín para subrayar más la sorpresa. Algunas compañeras lloraban sin pronunciar una palabra. El jefe del personal tampoco dudó de su honestidad y la imposibilidad de que Joaquín sea un vulgar ladrón de bancos. Dijo que ese día pidió licencia para revisión médica y muy pocas veces había faltado desde que entró a la empresa, hace tres años. Todos aprobaban con la cabeza y caminaban de un lado a otro. Alguien acercó un diario vespertino con grandes títulos: ASALTAN BANCO Y MUERE UN LADRÓN. Un

subtítulo traía la duda: SE CREE QUE EL ASALTO FUE PLANIFICADO POR TERRORISTAS PARA RECAUDAR FONDOS. Los compañeros de trabajo de Joaquín no

podían pensar que justamente él pudiera pertenecer a un grupo terrorista, teniendo un buen empleo, una hermosa familia y un inmejorable porvenir como profesional de la computación.

En la dirección del Movimiento la noticia cayó como una bomba lacrimógena, ya que los compañeros militantes solamente lloraban en silencio, hasta que llegó el jefe y sesionaron de urgencia para uniformar y afrontar al resultado negativo internamente, dentro del Movimiento, y externamente, con la opinión pública si llegara a trascender la verdadera identidad política de Joaquín Verza. Pero no hará falta, dijo el jefe, asegurando que no había ninguna posibilidad de vincular el hecho con el Movimiento, que hasta hoy lleva adelante una prédica democrática como cualquier partido burgués y sin cuestionar de fondo el corrupto sistema eleccionario.

-Pero todo eso está perfecto para el Movimiento y qué hay del compañero que entregó la vida... -preguntó el sobreviviente del asalto a la avenida Principal.

-100-

El jefe de la dirección pareció sorprenderse por la ingenua pregunta y se dispuso a aclarar la situación.

-Es sencillo y profundo el tema, dijo un poco dubitativo. Pero el compañero Joaquín, continuó más convencido, cayó como debe caer un revolucionario, cumpliendo al pie de la letra una misión y punto. Todos parecían estar de acuerdo con el jefe y prefirieron que continúe el

diálogo.

-De eso no tengo dudas, pude haber sido yo y no sé qué puede hacer el Movimiento para resguardar el buen nombre y la honorabilidad de sus militantes -siguió aguijoneando el seguro convencimiento de la dirección. El jefe creyó oportuno cortar las cosas por la raíz y pensar seguidamente en el remplazante de Joaquín Verza para el Frente Estratégico.

Bueno, compañeros -habló en tono conciliador-, debemos pronto secar las lágrimas y continuar con todos los programas del Movimiento. Perdimos a un excelente cuadro y apreciado compañero, pero el duelo no nos puede paralizar nunca: la lucha continúa... Nadie intercedió para buscar una salida elegante al angustiado planteamiento del compañero que vio caer a Joaquín Verza, antes de huir con una parte de lo recaudado para la finanza del Movimiento.

La viuda de Verza me pidió que les dijera que necesita una sola cosa del Movimiento, a cambio de todo lo que dio su marido, que haga un comunicado explicando que él cumplía una misión política al asaltar un banco, recaudando fondos, y que no lo hizo como un vulgar ladrón. En síntesis, que no era para él sino «para financiar la revolución que proyecta nuestro movimiento», sugirió en forma explícita el compañero de Joaquín.

El jefe al escuchar todo esto, saltó de su asiento y se dirigió con gestos severos al que habló anteriormente.

-Hay cosas que el Movimiento jamás podría reivindicar como propias y menos el asalto de un banco. Sería un error muy grande -101- políticamente, tácticamente un suicidio y estratégicamente una capitulación sin que nadie nos pidiera -argumentó el vocero de la dirección.

No convencido por el argumento, avanzó un poco más sin saber el límite del cuestionamiento.

-Entonces, nuestro Movimiento también tiene doble moral como el capitalismo que combatimos. Por un lado, el liberalismo proclama que el centro de toda actividad humana y social es el individuo, su felicidad, su libertad y por el otro, la triste realidad: la desigualdad social, la explotación del hombre por el hombre, la falta de libertad y las condiciones infrahumanas en que viven y mueren nuestros pueblos. Y nosotros también usamos la doble moral. Por un lado, el Movimiento y su proyecto de revolución liberadora del capitalismo, y la lucha por un socialismo que traiga en sus manos la igualdad y la verdadera felicidad para todos. Por el otro, el Movimiento proyecta y realiza tareas delictivas renunciando a su autoría y condenando a los militantes a ser chivos expiatorios de su exclusiva responsabilidad -agregó por último antes de ser expulsado de la reunión, considerado por todos de estar fuera de su control y comprensible, por el shock que recibió al ver caer a su compañero abatido por la policía

La dirección siguió sesionando sin considerar la petición del compañero de asalto de Joaquín Verza. Fuera del recinto, él seguía argumentando su posición, mientras le daban un sedante y la razón para que pueda tranquilizarse.

-La revolución es la nueva moral que debe practicar nuestro Movimiento. Una sola moral e innegociable. Todas las actividades que proyecta el Movimiento deben ser necesaria y esencialmente reivindicables -sentenció antes de caer rendido por la acción incuestionable de los calmantes.

1988

-[102]- -103-

La sombra y algo más

Sombra sube y me eres arrebatada
hasta tus confines perseguida,
te duermes. Y yo, vigilante,
escucho el pájaro rozándote...

Robert Ganzo

Raquel se aproximaba bastante a lo que podría definirse como una mujer perfecta, sin que ello implicara necesariamente belleza o atracción irresistible. Más bien perfecta en lo que se refiere a su aspecto físico, con un cuerpo delgado y proporciones exactas. Un rostro casi pálido y fresco al mismo tiempo, una nariz que concentraba el equilibrio de su presencia, unos dientes llamativamente blancos y parejos. Una mujer que despertaba a su paso largos suspiros en los hombres que no la conocían y misterio en los que sí la conocían, como los vecinos o circunstanciales personas que llegaban a tratarla por algún motivo. Habitaba en Buenos Aires un departamento de categoría, ubicado en un barrio de nivel y edificio renombrado, desde que vino de Paraguay, siguiendo los pasos del dirigente estudiantil Primitivo Osuna, al ser liberado de la Cárcel de Seguridad por orden superior o por Rubioroch. Raquel debía encontrar la forma de vincularse con él de la -104- mejor manera posible, sin que despertara ninguna sospecha. Era imprescindible vigilar su movimiento dentro de la ciudad, ya que traía el objetivo de reestructurar el Comité Central del Partido 1.º de marzo, encomendado por su presidente en ejercicio pero encarcelado desde hacía quince años. Primitivo Osuna fue ganado ideológicamente por el alto y combativo dirigente Antonio Miranda, con quien había compartido la celda de Seguridad durante dos años. Osuna debía contactar con urgencia con el resto de los miembros del Comité, para reorganizar con nuevos miembros y seguir la lucha hasta el final contra la dictadura. Logró reunir en una semana a los miembros titulares y los nombrados, desde la cárcel, por Antonio Miranda. Resolviendo llamar a una reunión ampliada para formalizar el flamante nuevo Comité Central y leer la carta enviada, para la ocasión, por los camaradas encarcelados en Asunción, varios de ellos ex integrantes de la dirección del Partido. Al final del encuentro, recomendaron a Osuna tomarse el tiempo para lograr su radicación y poner en regla sus papeles, para servir de intermediario entre Buenos Aires y Asunción. A esta altura Raquel ya tenía bastante información para transmitir a su

superior inmediato que era su tío, el coronel Guillermo Petersen, agregado militar en la embajada de Paraguay en Buenos Aires y quien financiaba los gastos y sueldo a la perseguidora de Osuna. Siguiendo los pasos del ex detenido estudiantil, Raquel marchó una madrugada rumbo a Migraciones, cuando llegó ya había una nutrida formación de interesados en la radicación. Recorrió la fila de punta a punta y no estaba Osuna por ningún lado. Esperó un buen rato en la fila y de repente vio, cuando ya amanecía, que venía llegando Osuna un poco asustado, tal vez por la cantidad de gente que estaba ya antes de él. Raquel abandonó su lugar en la fila y fue a ubicarse última. En eso llegaba Osuna y preguntó algo a un señor y le indicó el último lugar de la fila, detrás de ella. Raquel no tardó en echarle la primera mirada y constatar que era el mismo que le habían exhibido en la cárcel, a través de una ventana polarizada. Lo encontró mucho más atractivo de lo que -105- esperaba, muy recuperado en su apariencia y dispuesto a seguir sus correrías políticas, pensó. Raquel mostraba indiferencia y lo que menos hacía era interesarse por él. Osuna parecía tener más frío de lo que hacía y aguardaba en la fila callado y quemando un cigarrillo tras otro.

-Señorita, ¿usted sabe a qué hora empiezan a atender aquí? -le preguntó a la misma Raquel.

-No sé pero creo que a las ocho... -contestó un poco desganada y quedó como mirando a Osuna por si quería saber algo más.

Osuna entendió que debía buscar a otra persona para seguir averiguando algunas otras cuestiones de la radicación. Enseguida ya estaba conversando con otro señor de la fila y bastante fluidamente. Raquel se preocupó un poco por la oportunidad que perdió para iniciar el vínculo, pero comenzó a idear de cómo recuperar la conversación trunca, buscando el mayor disimulo para el inicio de una verdadera relación.

Osuna dialogaba con entusiasmo con un señor que parecía explicarle los trámites a seguir y se mostraban uno al otro las documentaciones. Le daba la espalda a Raquel y ella, por más que se esforzaba por escuchar algo, no sabía de qué hablaban ni qué pensaba hacer en Migraciones. Osuna, en un momento, volvió a mirar hacia adelante y se encontró casi de frente con Raquel, que había girado para atrás tratando de escuchar. Raquel, en el instante, metió la mano en la cartera y sacó un cigarrillo. Puso entre sus labios y trató de prender el encendedor que, ya sabía de antemano, no funcionaba. Osuna, en un reflejo de caballerosidad le acercó el fuego y encendió él también otro cigarrillo. Se miraban distraídamente y no sabían qué decirse.

-Me confirmaron, a las ocho comienzan a atender. Por suerte, yo sólo tengo que averiguar los requisitos para la radicación a un primo mío -comentó Raquel como queriendo dialogar.

-Sí, ya me había dicho el señor también. Creo que yo tendré para rato, porque voy a intentar averiguar e iniciar mi radicación -dijo en tono conciliador y buscando confianza en su interlocutora.

En ese ínterin pasaba un largo tren de carga y los dos se pusieron -106- a observarlo. Cuando parecía haberse reinstalado el silencio entre ellos, Osuna tomó la firme decisión de entablar una relación que podría beneficiarlo, en principio, en la obtención de la residencia por lo menos; ya que, además de ser una fina y atractiva mujer, parecía muy desenvuelta

y entendida en los laberínticos trámites que a él le aguardaban.

-¿Usted no sabe cuáles son los documentos que se necesitan para conseguir la radicación? -preguntó mucho más confiado Osuna.

Raquel extrajo de su cartera un papel y empezó a leer, a media voz como para que no escuche nadie más que Osuna, la lista de requisitos imprescindibles: Cédula de identidad del país de origen, buena conducta, entrada al país, tres años de residencia ininterrumpida, certificado de domicilio, etc. Raquel levantó la vista y encontró a Osuna revisando su estropeada partida de nacimiento y se ruborizó al sentirse observado. Se excusó de no conservar su documento en forma y dijo que a él le faltaban algunos papeles de los que leyó Raquel, pero que trataría de suplirlos con algunos certificados médicos.

-En Buenos Aires estamos muchísimos paraguayos, podremos encontrar al médico compatriota que te pueda facilitar esos certificados -comentó muy interesada Raquel en solucionarle el problema y de pronto ya estableciendo un motivo aparente para el futuro vínculo.

Osuna agradeció el interés que expresó la circunstancial consejera y consideró que, antes de seguir la charla, por lo menos debían presentarse.

-Mi nombre Primitivo Osuna y le agradezco tanta gentileza hacia mí, señorita.

-El mío es Raquel Ortigoza y no tenés nada que agradecerme, sólo te comento lo poco que sé de haber vivido más tiempo que vos en Buenos Aires.

Osuna quedó muy bien impresionado y sugirió que el encuentro casual desemboque en una verdadera amistad. Raquel coincidió plenamente y le pidió que se olvidara del problema de radicación, que ella se iba a encargar de completarle los papeles. Todo, según Raquel, porque -107- le parecía Osuna una excelente persona y merecedor de aprecio y colaboración.

-No sé como agradecerle, señorita -dijo Osuna por cumplir con tanta generosidad de una prácticamente extraña.

-Disculpáme, Primitivo, pero a mí dejáme de tratar de usted, podés tutearme con confianza -le aclaró Raquel y borró la última distancia importante que los separaba.

Osuna asintió con la cabeza y sonrió en señal de conformidad con la sugerencia.

-Entonces, yo también te pido que me llames por mi apodo: «Mito» -agregó contento como un chico que enseña un juguete especial.

Cuando se dieron cuenta ya estaban atendiendo en las oficinas y se presentaron juntos para solicitar los requisitos. Les dieron varios formularios a llenar y una fecha de próxima presentación. Salieron de Migraciones y fueron a tomar algo en un bar de Retiro. Conversaron largamente e intercambiaron anécdotas con natural alegría y humor. Osuna le pidió su teléfono y su dirección, sólo obtuvo el primero. Raquel pidió lo mismo y no consiguió nada, por no acordarse él la dirección y vivir en una casa sin teléfono. Aunque Raquel ya conocía mejor que nadie, prefirió hacer bromas sobre la negativa de Osuna de darle su dirección. Antes de despedirse, fijaron una próxima cita a confirmar telefónicamente. Ambos volvieron de Migraciones contentos y conformes de haber hecho algo

importante. Osuna de avanzar en sus gestiones de radicación y Raquel, de haber establecido el primer encuentro con su objetivo. Ambos también decididos a convertirse en sombra mutua, una sabiendo perfectamente el motivo y el otro, sin saber pero queriendo serlo de sol a sol. Raquel comenzó con este encuentro sus primeros informes a su «tío Peter» que, a su vez, transcribía a su Jefe de Asunción. Osuna también se vio obligado a elevar informes a su superior inmediato, «Cda. Miguel Ángel Solís», que naturalmente retransmitía como nuevo responsable del Partido, a su Jefe encarcelado en Asunción, camarada Antonio Miranda.

-108-

Raquel describió a Osuna, en un informe, como una persona de buen ánimo y extremadamente mesurado en su diálogo. No se observó secuelas, aparentemente, de su detención y de haber pasado por las manos del Cuartel de Seguridad. Afable en todos momentos y poco atraído por el tema del país. Recibió «mi opinión», dijo, de que en Paraguay había muchas injusticias, a lo que él -agregó- respondió que esas cosas ocurrieron siempre en nuestro país y no sólo ahora. Un joven muy centrado y concentrado en su misión, seguramente. No habló de su pasado en ningún momento y casi nada de su futuro. Solamente al pasar mencionó que su intención en Buenos Aires era trabajar y seguir estudiando. Pero parecía poco preocupado por el sustento, ya que priorizó el tema de la radicación para comenzar en la Universidad. Estaba convencido de que nada se sabía de su pasado subversivo. Terminó Raquel su informe pidiendo orientación y reconocimiento de haber iniciado mejor de lo que esperaba su trabajo. Osuna resumió su gestión en Migraciones como algo positivo y pronto a solucionar. Dejó para la posdata, que resultó más larga que el informe, el encuentro «con una compatriota que se ofreció para tramitar la radicación». Dijo que parecía una chica desinteresada y sin aspecto de que pueda significar un peligro para el Partido. Aclaró que él no le proveyó de ningún dato sobre su domicilio o algo que pueda comprometerlo. Solamente él tenía los datos de la persona en cuestión y puso a disposición del Comité. Resaltó la ventaja que le ofreció ella, en menos de 30 días podía ya tener su Documento Nacional de Identidad y radicación definitiva. De otra forma, gestionando él personalmente, tardaría de 90 a 120 días como poco. Por lo tanto, solicitaba la conformidad plena de seguir los trámites con la ayuda de la persona mencionada.

Raquel fue llamada por su «Tío Peter», a raíz del informe, y fue advertida severamente sobre la comprensiva apreciación que hizo de Osuna, sin captar en él el alto grado de peligrosidad e importancia como objetivo. Le recordó las recomendaciones que mandó el Jefe de Policía. «Es un cuadro perfeccionado por el propio Antonio Miranda, para representarlo en todas partes y en todo momento». «Es un agitador -109- estudiantil de lo más difícil de controlar, no va al frente él sino organiza todo detalle por detalle». «Tiene conocimiento militar y experto en manifestaciones contra el Superior Gobierno». «No tiene vicios conocidos, salvo la debilidad por las mujeres». «Gran lector de novelas y poesía, famoso por citar en sus discursos callejeros y panfletos colegiales a poetas y personajes novelísticos». «Más de un compañero lo acusó públicamente de pedante y obcecado izquierdista». «Debe buscarse la forma de ganársele por el lado débil o sentimental, sin que eso signifique poner en riesgo el honor de

nuestra representante». Raquel escuchó una vez más las recomendaciones y dijo que todo eso, precisamente, es lo que está haciendo. Que su informe solamente trató de ser real, no pudo corroborar las advertencias del Jefe de Asunción en la persona observada en la primera ocasión. El «Tío Peter» frunció la frente y dejó entender que Raquel se había puesto muy bondadosa con su objetivo.

De la misma manera, Osuna fue llamado a una reunión del Comité Central para tratar su informe. Le dijeron que obraban informes de Asunción advirtiéndole que Rubioroch había puesto en marcha una persecución personalizada de los miembros del Partido. Que no debía olvidar que su liberación fue bastante dudosa, casi tramitada íntegramente por los personeros de la dictadura. Después de haber rechazado al abogado del Partido varios hábeas corpus y cualquier posibilidad de comunicación. Le recordaron también que estuvo en la misma celda del Cda. Antonio Miranda y que había pasado a ser confianza de él. No debía ser proclive a confiar en cualquiera, menos en lo que se refiera a documentación e identidad verdadera. Pero que tampoco era para adoptar una psicosis persecutoria, aunque nadie debía relajar la vigilancia y la seguridad.

Raquel y Mito volvieron a encontrarse. Eran dos sombras tras sus propios pasos. Dos flechas de sentido opuesto que se encontraban, se tocaban la punta pero sin chocar. Un fuego para los dos leños empuñados por desconocidos. Dos destinos antagónicos echados en un mismo camino incierto. Una luz surgida del positivo y negativo de la pasión oscura. Uno besaba como en sueño a la mujer, ésta besaba bien despierta -110- al objetivo. Hacían juntos, al mismo tiempo, una sola y distinta cosa. Juntos protagonizaban y relataban por separados. Buscaban juntos y encontraban por separados. Armonía de dos voces en distintas octavas. Sol y luna eclipsados por turno y simultáneamente. Juntos hacían una sombra para los dos y algo más...

1990

-111-

La carcajada

Estaban por venir las aguas;
el señor incestuoso oró, cantó, danzó;
ya vinieron las aguas, sin que el señor
incestuoso hubiera alcanzado la perfección.

Creencia mbya

En Yabebyry hasta hoy recuerdan a Noé Buenaventura sobre todo cuando llueve y crece el Paraná. Había llegado al pueblo una siesta de más calor, sin despertar curiosidad en nadie. Se aprovisionó en un almacén, como para

ir a una guerra, llevando comidas enlatadas y varias herramientas de carpintería. Le comentó al almacenero que se instalaría en Yvypuâ, único cerro de la zona ubicado a pocos kilómetros del río Paraná, y que volvería periódicamente para aprovisionarse, canjeando pieles salvajes por alimentos y otras necesidades.

Le dijo al almacenero que se llamaba Buenaventura, sin que le haya preguntado, y que vino con la misión de salvar al pueblo de la Gran Lluvia que vendría, inexorablemente, a lavar las suciedades del mal. El dueño de la tienda se presentó como Nazario Reyes y prefirió referirse a la posibilidad de comprarle pieles, dejando de lado su desconcertante misión. Optó por pensar que si el forastero supiera que Yabebyry estaba -112- sufriendo la sequía más larga y cruel de su historia, perdiendo por esa causa todos los productos de su agricultura y algunas cabezas de su ganadería. Reyes se mantuvo prudente y Buenaventura partió al cerro, cargado como una mula con bolsas y bolsas.

El pueblo parecía no haberse enterado de que un extraño iba cruzando camino a Ybypuâ y que pronto sería el comentario infaltable de todos. Cuando se encontró delante de la iglesia, bajó sus pesados bultos, se persignó y juramentó algo referido a la Gran Lluvia que mencionara al almacenero. Siguió caminando con el sol a plomo y se detuvo delante de la comisaría, a pocos metros del centinela. Echó maldiciones a diestra y siniestra contra el gobierno: que no da de comer al hambriento y de beber al sediento, pero el soldadito creyó que se trataba de un borracho o loco más que pasaba por Yabebyry. Muy pronto ya estaba en la plaza mayor, rodeado de unos carreteros que hacían su siesta en la sombra de los frondosos cipreses, después de haber colocado sus frutos en manos de los acopiadores, explicando su misión e invitando a prepararse para cuando llegue el momento de zarpar.

La gente que, sin querer le escuchó, no pudo entender nada, no sabía si hablaba en serio o deliraba sencillamente en voz alta, después de unos tragos o por el efecto del calor infernal que azotaba enero. Pero Buenaventura dejó a su paso una polvareda de chimentos. Alguien echó a rodar que pasó por Yabebyry, mientras todos dormían su sagrada siesta, el anunciador de las lluvias y que habló con muchas personas que podrían atestiguar. Al rato ya estaban interrogando a Nazario Reyes y a los carreteros que ya marchaban a sus respectivas chacras. Quedaron un poco desanimados al saber que sólo había hablado de una gran lluvia que inundaría todo el pueblo, para limpiar todos los pecados y no para regar, precisamente.

Cuando la gente se estaba olvidando de Buenaventura, bajó del cerro con bolsas llenas de pieles de lagartos, venados y onzas, y las canjeó con Nazario Reyes por comestibles y una larga lista de materiales para construir una suerte de balsa o barco pequeño, según explicó detalladamente en el almacén de ramos generales. Reyes siguió aumentando -113- su sospecha de que Buenaventura estaba totalmente fuera de sus cabales, aunque en ningún momento dejó de ser coherente con lo dicho y lo comprado para el descabellado proyecto.

Pasó un tiempo y ya se comentaba en el pueblo que un viejo barbudo, aparentemente loco, vivía en la punta de Yvypuâ y que construía algo raro de madera. Grande como una casa pero sin tener forma definida todavía. El

maderamen utilizado contrastaba con el precario rancho de empalizadas y hojas de palma. Buenaventura de sol a sol talaba árboles y labraba para convertirlos en tirantes y tablones. Solamente interrumpía su labor a la hora que debía revisar sus trampas, para retirar sus presas que le proveían de carne para secar y pieles para el trueque.

En Yabebyry caía una hoja y se convertía en la novedad del día, la figura de Buenaventura trastocó totalmente la normalidad y la modorra pueblerina. Sus casas coloniales, con alargadas galerías, se vieron pobladas de comadres y amigos conversando sin parar sobre la amenaza de la Gran Lluvia de Buenaventura. Para más miedo y confusión, «el loco de Yvypuâ» se pasaba los días construyendo apuradamente un barco para salvarse y también para los que se preparen espiritualmente, según prometió. La gente ensayó apodarlo de muchas formas: «el viejo del fin del mundo», «el marinero loco», «el fantasma del cerro», entre otras; pero el cura del pueblo, después de visitarlo y tratar de persuadirlo de que dejara el cerro y la construcción de la balsa, lo apodó «Noé» y desde entonces se lo conoce como Noé Buenaventura, una versión propia de aquel legendario personaje de la Biblia.

El rancho de Noé Buenaventura se convirtió rápidamente en un lugar de peregrinación para los curiosos y burlones. Bajaban casi todos riéndose de la ocurrencia e ingenuidad de Buenaventura. Él seguía lentamente construyendo su barco y parecía estar cada vez más seguro de que podría salvarse de la Gran Lluvia. En pocos días más, vino la tan esperada lluvia y se cortó la sequía que tanto le preocupaba a la gente y hacía que le prestaran más atención a Buenaventura. Volvió el optimismo en Yabebyry y los sembradíos recuperaron su verdor. Los -114- agricultores nuevamente retomaron su azada y plantaron confiados en el futuro, a pesar del negro augurio anunciado para el pueblo por el «loco de Yvypuâ».

Cuando bajaba al pueblo Buenaventura caminaba apurado hacia la tienda de Reyes, permutaba sus pieles y retiraba a cambio clavos de distintas pulgadas, piolas de varios grosores, alambres y algo para comer. Salía del almacén tan repleto de cosas, ¡como para no llamar la atención!, y comenzaba a hablar con el primero que se le cruzaba. Se santiguaba al pasar por la iglesia, sin atinar nunca a entrar, maldecía siempre al gobierno como responsable de todos los males al detenerse frente a la comisaría y sermoneaba en la plaza amenazando con la Gran Lluvia, la gente se reía y cada vez le prestaba menos atención. Con el tiempo, la figura de Noé Buenaventura pasó a formar parte de Yabebyry, ya sea caminando por sus calles o instalado en la altura de Yvypuâ.

Pasaron los años y la gente dejó de ir al cerro, perdió interés al no producirse nada raro en el pueblo y la lluvia caía regular y mansamente. Yabebyry entretenido en la lucha política, orquestada por el gobierno central y no dejando organizarse ni mínimamente a la oposición. Un sinfín de delaciones y apresamientos injustificados, remoción de autoridades y campañas electorales a muerte. Mientras, Noé Buenaventura ultimaba los detalles de su rudimentario barco, ampliando un sector para los animales que integrarían el salvataje.

Habían pasado más de veinte años de la llegada a Yabebyry de Buenaventura y más de cinco, de haber terminado el barco. Nadie sabía nada más de él y, últimamente las veces que bajaba al pueblo había dejado de predicar sobre

la lluvia, ya que sólo era motivo de risas para todo el mundo. Parecía que él mismo había perdido el habla de vivir tan solo y alejado de la gente. Le habían crecido unas largas y canosas barba y melena. Su aspecto había envejecido mucho más de lo que podía tener en edad. La mayoría de los que fueron a compadecerlo en Ybypuâ ya murieron y otros tanto de los que no, también.

Hasta que llegó un tiempo que empezó a crecer el río, debido a la intensa lluvia en su nacimiento, y sin llover siquiera. Crecía de una forma -115- no vista nunca, pronto comenzó a desbordarse y cubrir los alrededores. Para empeorar, también empezó a llover en Yabebyry y no paró hasta llegar al cerro donde aguardaba Noé Buenaventura, desde hacía muchos años con su barco. Y botó su embarcación, cargada de muchos animales y él al timón. Dirigió su barco a Yabebyry y encontró al pueblo prácticamente hundido, mucha gente sobre el techo esperando la muerte, sin ninguna esperanza de salvación. Noé Buenaventura se acercó al tejado de Nazario Reyes y le alzó con su familia. Navegó siguiendo el mismo itinerario que hacía antes al salir del almacén. Al pasar por la iglesia que se veía solamente el campanario y la santa cruz, se santiguó y comenzó a reírse a carcajada en la cara de cada uno de los que le pedían socorro para subir al barco. Solamente recogió a los niños y los animalitos domésticos. Al pedido de auxilio del comisario que estaba sobre el techo dando órdenes, al intendente que seguía prometiendo oro y moro sobre la torre del Palacete Municipal, como si estuviera en plena campaña electoral y el cura rezando al compás de un redoble fúnebre en el campanario, Noé Buenaventura respondió con una interminable carcajada su venganza y felicidad, antes de orientar su destartalada embarcación hacia el caudal del río.

1990

-[116]- -117-

Postales del cielo

En memoria de mis abuelas Ángela y Lucía, de quienes aprendí lo poco que sé del cielo y el arte de contar.

La infancia es un territorio muy visitado por los sentimentales, pero poco explorado y más lejos aún de ser conquistado. Sin embargo, estamos los que creemos sentirnos en condiciones de aterrizarlo y describir su mundo de recuerdos y vivencias irrecuperables. El tiempo indolente nos fue arrastrando hacia un horizonte extraño y lejano que es la edad adulta. Nadie se arrepiente de haber crecido ni haber dejado atrás el sueño infantil, pero ¡qué hermoso hubiera sido que el mundo conservase su corazón y su memoria de niño!

El campesino tiene una infancia todavía más inexplorada y casi inexplorable. Pero yo recuerdo que pasé mi infancia de la mano de mis abuelas, aprendiendo todo cuanto hiciera falta para sobrevivir en un ámbito lleno de irracionalidades. Yo aprendí una oración para cada circunstancia o peligro. Especialmente, la de San Antonio, San Jorge, Santa Librada, San Onofre y otros. Jamás me preocupé por lo que podría sucederme, estaba seguro y armado de mis oraciones. Antes de cumplir -118- los diez años, ya andaba -a lomo de mi caballo «Malacara»- por las

selvas trabajando y luchando por la subsistencia. Para mí era tan normal escuchar a mi lado el rugido de tigres o pumas. Total estaba seguro con la oración de mi santo-abogado. Montado en mi caballo me sentía por encima de los peligros y lejos de los miedos infantiles.

Mis abuelas me enseñaron también a hablar con los duendes de la siesta y genios de la noche. Debía simplemente conocer sus costumbres y amigarme con ellos. Al Jasyjateré, el más importante duende de la siesta guaraní, por ejemplo, no debía nunca imitar su conmovedor silbido que es su forma de hablar, pero sí pedirle o recomendarle el cuidado de mi rebaño, sembradío o animales predilectos. En cambio, el Pombero, el mayor genio de la noche, merodeaba la casa en busca de cigarros y huevos. Era invisible para la gente, pero dejaba oír, a veces, un espeluznante chiflido en señal de algún disgusto. Uno debía buscar la forma de satisfacer su enojo, si no podía pasar molestando toda la noche a las gallinas o matar a algunas de ellas.

Recuerdo una noche, estando con mi abuela Lucía alrededor del fuego, escuchamos que el vecino estaba descargando toda la pistola por alguien. Fuimos a ver que pasaba, el vecino, una autoridad del pueblo que portaba libremente una pistola en su cintura, al escuchar el aterrador graznido del Pombero, disparó a ciegas hacia el lugar de donde provenía el ruido. Mi abuela, muy molesta y preocupada, le recomendó al vecino que pidiera disculpas al Pombero y que le prometiera cigarros o miel todas las noches. El vecino, altanero como siempre, se rió de gusto de mi abuela y volvimos a casa. Al rato, otro ruido espantoso escuchamos, pero esta vez parecía una pelea de perros. Nos aproximamos a la cerca que dividía nuestra casa de la del vecino, con una linterna de cuatro pilas, alumbramos a los perros y vimos, con gran sorpresa, que el perro del vecino estaba peleando solo o con alguien invisible. En eso llegaba también el vecino y le dijo mi abuela que viera, con sus propios ojos, lo que hizo al «señor de la noche», Karáí Pyharé. Le pidió que nunca volviera a desafiar al Pombero, que esta vez por suerte se agarró con su perro pero la próxima, puede que tome represalia con -119- sus hijas, embarazándolas o raptándolas. El perro seguía peleando a muerte, revolcándose, subiéndose sobre el enemigo invisible o éste sobre el perro que parecía a punto de entregarse. Pasó el tiempo y el perro quedó tirado en el suelo, totalmente exhausto y tiritando de cansancio y agonía. No le dejó ninguna herida, rasguño o mordedura. Siempre supe que el perro era el único animal que podía ver al Pombero y demás duendes y genios. Con la muerte del perro del vecino, el pueblo extremó el cuidado para mantener buenas relaciones con Karáí Pyharé. Yo estaba tranquilo porque nunca le hice faltar un buen cigarro y el mejor huevo del gallinero.

Cuántas vivencias inexplicables compartí con mis abuelas. Una noche con una de ellas, Ángela, estábamos como siempre observando el cielo estrellado, jugando a «quién ve primero un satélite», se nos apareció en el horizonte, parecía bastante cerca, un disco de luces que cambiaba su color en forma intermitente. Duraba en el cielo lo que dura al pasar una estrella fugaz. Pudimos observar toda la familia, durante una semana, éste hermoso fenómeno que nos hizo olvidar los escasos y esporádicos satélites, que atravesaban todas las noches el cielo de nuestro pueblo. Nunca nadie supo qué fueron esas coloridas luces y ninguna radio lo mencionó en aquel

entonces. Pero cuando vine a la ciudad conocí las luces sicodélicas que usaban los cantantes en su actuación o en los locales bailables en su iluminación. Lo que habíamos visto era algo así como una pantalla circular gigante, aun para la dimensión del horizonte, que aparecía de repente sin otra luz que la de la luna y ofrecía, a nuestros ojos habituados a mirar el cielo en blanco y negro, un abanico de colores intensos y puros. Luego enfermó la otra abuela, Lucía, y la llevaron al hospital más cercano a mi pueblo, a 2 leguas. Vino la terrible noticia de que la abuela Lucía murió. Había sido que le tomó un derrame cerebral y no pudo soportar. Ese día que murió estaba lloviendo con todo, cuando la traían por la ruta de tierra, la camioneta quedó atrapada en un lodazal. Tuvieron que traer una yunta de bueyes para poder sacarla, después de varias horas. Nosotros en casa, habíamos preparado la mesa para -120- velarla y recogimos algunas flores de jazmín. Cuando anochece, y sin parar un instante la lluvia, llegó la camioneta, después de seis horas de haber fallecido mi abuela. Y alguien gritó: «Volvió a respirar, saquen la mesa, preparen una cama». No podíamos creer, abuela Lucía seguía viva y tal vez para curarse pronto nuevamente. Aquí también la oración cumplió plenamente su misión, la misma abuela en cuestión me había enseñado que nada era imposible para la fe.

Igualmente, abuela Lucía permaneció varios días agonizando y con escasa perspectiva de vida. Pero luego mejoró y se recuperó parcialmente, ya que quedó hemipléjica y tirada para siempre en la cama. Se lamentaba, después, por no poder hacer nada por los nietos, ella se desvivía por nosotros: aseándonos, juntando en su capacho astillas, vidrios rotos, espinas y todo lo que pueda dañarnos en el patio o en el campo comunal. Dejó de esquilarse las ovejas y tejer frazadas, jergas y ponchillos. Solamente le quedó intacta su memoria y sus recuerdos formidables del más acá y allá. Abuela Lucía recordaba alternativamente los hechos, los sucedidos antes de su enfermedad y los otros, durante y después de su derrame cerebral. Decía que apenas murió quedó sobrevolando su cuerpo. Pudo observar a los que le lloraban y no podía comunicarse con ellos, para avisarles que ella estaba en paz y feliz. Un invisible vidrio divide a los muertos de los vivos, decía abuela y parecía no alcanzarles las palabras para explicar lo que vivió cuando murió varias horas. Dijo que veía todo lo que ocurría sin sonido y sin percepción de ningún sentido. Pronto se encontró corriendo sobre un campo de flores blancas, como lirios o jazmines, pero sin pisar tierra o cielo. Predominaba en los paisajes el blanco en todos sus matices, como el color tiza del horizonte, el color nieve del campo infinito, el color nube de las almas recién llegadas y el color humo del suave viento celestial. Nunca pudo saber quién le mandó de vuelta a su cuerpo, si Dios o alguien de su confianza, que la devolvió al frío cadáver que aguardaba en la camioneta varada en el barro. No quería recordar el momento en que se reincorporó a la vida y sentir la parálisis en la mitad de su abandonado cuerpo. Sentía, allende la -121- muerte, que nada le faltaba y que hasta un pensamiento le pesaba para el vuelo constante que hacía sin saber a dónde. Algo le atraía hacia atrás y eran sus restos que no se resignaban a convertirse en cáscaras inservibles.

Así narraba abuela Lucía al círculo de nietos que se formaba alrededor de su cama, a la noche antes de dormir. Pasó el tiempo, como dos años, y ella

se curó un día. Movía todo el cuerpo y podía prácticamente caminar, para la sorpresa de todos. Pero no era otra cosa que su ansia de muerte. Al otro día, temprano, fallecía abuela Lucía definitivamente. Me quedé, entonces, con una sola abuela, Ángela. Ella andaba lo más bien varios años, hasta que una noche, mientras buscábamos satélites, nos dijo que veía que el cielo se estaba incendiando y que caía llamas por todo el mundo. Nos quedamos mirando entre todos y ella se fue a dormir. Al otro día vio a Jesús que le llamaba a pocos metros, vestido de túnica blanca y su corona de espinas florecidas. A veces salía corriendo porque sentía que le tiraban tierra como enterrándola. Otras, veía una cruz negra que atravesaba el horizonte o que se apagaba el sol como un candil sin aceite.

Así pasó abuela Ángela como seis meses sin dormir ni descansar. El médico diagnosticó «esclerosis múltiple» y una tía aseveró que fue consecuencia de una mordedura de gato, que la abuela sufrió de joven. Nadie pudo hacer nada, ella también murió una madrugada, después de una semana de agonía. Habrá visto, entonces, a Jesús que le llamaba, una cruz negra enorme cubriendo todo el horizonte, la tierra cayendo ruidosamente sobre su féretro y el sol extinguido como un seco candil.

Abuela Lucía me contó el mundo visto desde el cielo o la muerte. Abuela Ángela, en cambio me enseñó la muerte desde la vida, con su esclerótica imaginación o reveladora visión. Nadie sabrá nada a ciencia cierta sobre el más allá, pero que la infancia es una geografía inagotable no cabe duda.

1991

-[122]- -123-

El tren sin horario

Conozco el tren
desvencijado y lento.
En el mismo tren,
el mismo que no cesa
de trajinar sufriendo.

J. M. Gómez Sanjurjo

En las capueras el amanecer comenzaba con el grillo que taladraba la oscuridad. Le seguía el gallo que borbaba con su aliento los bordes de la noche. Después los pajaritos se encargaban de repartir trinos como si fueran despertadores. Luego la luz del día hacía su entrada como una reina que expulsaba el sol cada mañana.

El primero en levantarse fue don Odilón. Prendió el fuego y enganchó la pava del mate para calentar el agua. También encendió el lampión y lo

colocó sobre una repisa improvisada por el horcón. Miró la cumbre del cerro Hovy y vio que el sol recién pintaba de rojo. Pensó que era muy temprano pero igualmente llamó a su esposa para que se levante.

-Ninfa, che ama, arriba, el viaje este día hina -dijo como advirtiendo en su castellano guaranizado.

-124-

Siguió don Odilón en la cocina dando vueltas, preparando el mate y acomodando unas bolsas bien cargadas y fardos de tabaco. Son productos que habitualmente mandaba a la ciudad por tren y recibía a cambio herramientas y alimentos. Aunque siempre acompañó a sus productos, ésta vez lo haría su esposa en compañía de su hijo y una ahijada que iba en busca de conchabo.

-Néike, Boní, hay que atar los bueyes -le dijo a su hijo para que prepare la carreta, que debía transportar a ellos y llevar los productos a la estación del pueblo.

Bonifacio se levantó y avisó a Elcira que dormía a su lado, en otro catre, para que le ayude en los preparativos. Don Odilón comenzó a cebar el mate y daba instrucciones a su esposa sobre la ciudad. Le explicaba qué debía hacer al llegar a Asunción, a dónde debía hospedarse, cómo llegar al acopiador de frutos del país, cómo viajar en los micros de la capital, qué comprar, qué traer y qué decir a fulano y mengano. Además, adónde llevar a Elcira para poder trabajar y así ayudar a su familia, que se quedará en Tuna y esperará todo de ella. Boní que no se vaya solo a ningún lado porque le podrían tomar para el Servicio Militar, aunque tenga recién trece años, no debía descuidarse.

Bonifacio seguía en la pieza y entreabrió la cortina, que hacía de puerta del único dormitorio que compartía toda la familia, para cerciorarse de que sus padres estaban entretenidos con el mate, caminó a tientas en la oscuridad, encontró el catre de Elcira y se le tiró encima.

-Qué te pasa, Boní -le preguntó un poco sorprendida.

-Me pasa algo, Elci, quiero hacer contigo lo que vimos la otra vez en el arroyo.

Una siesta que llevaban bueyes al abrevadero, encontraron a una vecina, que iba siempre a lavar ropas, revolcada con un hombre en la barranca y retorciéndose como dos víboras apareadas.

-Ya no puedo, Boní, hoy viajamos -contestó Elcira, pero el otro no escuchó nada y se metió bajo la sábana.

El viaje no fue obstáculo para imitar de buena forma lo que vieron en el arroyo. Elcira saltó de la cama y se rebuscó para aparecer por el -125- patio a los padrinos, que seguían alrededor del fogón sorbiendo mate.

Bonifacio salió hacia el naranjal en busca de los bueyes y notó que ya casi del todo había aclarado el día. Sintió un gran alivio en su cuerpo y una pena inmensa en el alma, por la inminente partida de Elcira. Aunque le iba a acompañar, pensó que no podría fácilmente olvidarla después de un año de compartir juegos y juegos.

Don Odilón ordenó a las mujeres que se encargaran de las valijas y avíos para el viaje. Que él con Bonifacio se iban a ocupar de preparar la carreta y cargar las bolsas y fardos.

Pronto estaba todo listo y dejaron Tuna para dirigirse a la estación de Avaí, a 3 leguas. Debían llegar para las 3 de la tarde como mucho, ya que el tren salía a las 5. Salieron al mismo tiempo con el sol, hicieron un

camino tortuoso y largas empalizadas casi infranqueables. Bonifacio picaneaba los bueyes y venía alentando durante todo el camino a los animales. «Vamos, Tigre, ya llegamos», le decía a su buey barcino. «Néike, Manso, adelante», al otro buey negro que hacía la yunta. Don Odilón iba de puntero tirando con su mula, eligiendo los mejores sectores el barroso camino.

Llegaron a horario a la estación. Se ubicaron en el andén, después de sacar los boletos de segunda clase. Mucha gente aguardaba la salida del tren. Se veía de todo. Ya estaban cargando en los vagones los bultos despachados. Alzaban jaulones de chanchos, gallinas, cabras, ovejas, patos, guineas, marruecos, carpinchos, venados y hasta yacarés. Sin contar las bolsas y bolsas de productos agrícolas, fardos y fardos de tabaco y caña dulce.

A todo esto, el legendario tren que cubría el itinerario de San Salvador-Avaí había comenzado su maniobra desde la mañana; haciendo cambio de dirección, primero, tomó agua varias horas, luego la carga de rajás y por último el calentamiento de la máquina. Hacían pitar cada hora al tren hasta salir y los maquinistas revisaban todos los detalles antes de emprender viaje.

El telegrafista descifraba sin parar el campanilleo del sistema Morse, Bonifacio observaba boquiabierto tan misteriosa comunicación. -126- Le llamó a Elcira y le hizo una broma de cómo debía escribirle desde Asunción, si es que no le olvidaba pronto. Elcira sonrió sin ganas y pareció que le dejó triste la idea. Don Odilón estaba terminando de aconsejar a doña Ninfa, haciendo gestos al por mayor y jugando con su rebenque. La gente murmuraba por doquier en la estación. Unos se despedían. Otros bromeaban con sus familiares que vinieron a despedirlos. Algunos se abrazaban. Varios lloraban en silencio. Nadie estaba indiferente, aún más cuando faltaba menos para la hora de salida. Alguien comentó, en voz alta e irónicamente, «nuestro tren tiene horario de salida pero no de llegada. Eso sí, de llegar llega seguro. Lo que no se sabe cuándo. Pensar que el Paraguay tuvo el primer ferrocarril en sudamérica, ahora tiene el último», agregó.

Cuando ya parecía eterna la espera, el jefe de estación hizo sonar la campanita y el tren pitó varias veces. La máquina aspiró dificultosamente y comenzó a moverse con lentitud. Doña Ninfa, Elcira y Bonifacio no terminaban de despedirse de don Odilón, que había seguido al tren hasta que agarró velocidad, apenas más rápido que el paso de un hombre. El tren iba meneándose de un lado a otro y entraban por las ventanillas restos de brasas que iba esputando con su trabajoso trajinar.

Bonifacio se acomodó en un asiento al lado de Elcira e iban mirando por la ventanilla sin hablar. Doña Ninfa se sentó con una señora de Avaí que era su conocida, tres asientos más adelante. Pasó el guarda y pidió que los bultos se sacaran del pasillo. Bonifacio no podía sacar de la mente los rostros desconsolados de la gente que había quedado en la estación, entre ellos el de su papá que parecía despedirse para siempre y no por un tiempo. Elcira prefería lagrimear en silencio y morder los labios para no delatarse de que estaba llorando.

El tren avanzaba como un torpe ciempiés y parecía asfixiarse de tanto en tanto, sobre todo en las arribadas. Traqueteaba con admirable esfuerzo y

se desplazaba con exagerada parsimonia. La gente en cada asiento encontraba motivo para entretenerse: unos jugaban a las cartas, otros tomaban mate, algunos comenzaban a comer su provista, -127- varios contaban casos o sucedidos, el resto se conformaba con mirar el paisaje que lentamente iba dejando atrás el mentado convoy.

El invierno se hizo notar al caer el sol más tempranamente de lo habitual, con un trasfondo de amenaza de llovizna o torrencial lluvia. Cayó un viento que hamacaba a los árboles más altos y el tren se agitaba respiratoriamente en su marcha. El humo que despedía lo iba esparciendo el fuerte viento que arreciaba en el lugar. Bonifacio comentó con Elcira que gracias a don Odilón habían traído el poncho y que iba a ser de mucha utilidad para el frío. Doña Ninfa hablaba, entre mate y mate, con la compañera de asiento de cuanto tema iba surgiendo.

Comenzaba a oscurecer y recién habían pasado una estación (Pindoyú) y se aproximaban a la segunda, ubicada a 20 km (Tacuara). Cuando llegó la noche, vino el guarda y colocó varios faroles para alumbrar. Bonifacio aprovechó la luz y miró el techo del vagón que tenía varios focos, y los encontró que todos estaban llenos de agua, que se movía el contenido en ellos al ritmo del traqueteo del tren. En eso comenzó a relampaguear y a tronar como para caer el cielo. No se podía evitar de mirar el relámpago, ya que traspasaban los fogonazos el vidrio de las ventanillas. Cuando llegaron a la segunda estación, comenzaron a caer las primeras gotas y algunos rayos. El tren enseguida prosiguió su fastidioso itinerario y la lluvia volvió a parar. Pero el frío no daba tregua, entonces Bonifacio sacó el poncho de lana y extendió sobre Elcira, que estaba acurrucada hacia la ventanilla. Se quedaron los dos bajo la misma manta, ambos se arrimaron para abrigarse mutuamente. Bonifacio buscó la mano de Elcira y la encontró fría. La frotó un rato y luego prefirió buscar las piernas. Las ubicó bien apretadas entre sí y trató de introducir entre ellas su mano como una cuña. Elcira se hizo la dormida y dejó que Bonifacio recorriera su cuerpo con la mano necesitada de calor.

El tren en varios tramos, de pronunciadas pendientes, no podía seguir con su fuerza y retrocedía entonces con todos sus vagones. Juntaba vapor y brasas, y volvía a atropellar las arribadas para dejarse llevar, luego, pesadamente por la bajada.

-128-

Cuando se dieron cuenta ya estaban en la tercera estación (Fasardi o km 37) y volvieron los relámpagos y truenos esporádicamente. A poco de abandonar esta estación volvió la lluvia con su inclemencia, ahora en forma copiosa y abrumadora. Para la sorpresa de algunos, entre ellos, Bonifacio y Elcira, comenzó a gotear y chorrear en el vagón. Los pasajeros, con toda naturalidad, quitaron sus paraguas y se colocaron sobre la cabeza. Doña Ninfa se cubrió la cabeza con un piloto que le facilitó la compañera de asiento. Bonifacio no sabía qué hacer, empezaba a mojarse y no tenían con qué cubrirse. Se pusieron el poncho sobre la cabeza pero pronto tuvieron que desecharlo porque se había mojado totalmente. Se levantaron del asiento y no encontraban un lugar en el vagón dónde no goteara. Pasó el guarda también con un paraguas y un perramus de plástico. Bonifacio se empapó como también Elcira, no sabían ya dónde ubicarse de la lluvia que llegaba a todas partes, dentro del

vagón. Así pasaron un rato largo, la mayoría de los pasajeros viajaban en tren y con paraguas, hasta que escampó y llegaron a la cuarta estación (Charãrã). La madrugada había avanzado, Bonifacio y Elcira viajaban mojados hasta los huesos. Trataban de abrigarse con algunas sábanas de doña Ninfa pero el frío estaba en la ropa mojada y no en el vagón. Después de un agotador trayecto llegaron al final del ramal, San Salvador, 63 km de Avaí, realizado en casi 12 horas continuas. Bonifacio y Elcira lo primero que hicieron al llegar a la estación, donde debían esperar el trasbordo que venía de Encarnación rumbo a Asunción, se cambiaron de ropa y se abrigaron con todo lo que tenían a mano, para contrarrestar la mojadura. Debían aguardar varias horas para hacer la combinación y viajar hacia Villarrica y Asunción. Pero la terrible novedad fue que, como llegaron muy atrasados, el tren de trasbordo ya había pasado 4 horas antes. Tuvieron que esperar tres días y tres noches hasta que retornara de Asunción a Encarnación, y de Encarnación hasta la estación donde estaban ellos.

San Salvador siempre fue famosa como estación, ya que la gente pasaba a veces varios días esperando el trasbordo, aunque fuera internacional, -129- también se atrasaba habitualmente. El tren de Avaí había llegado a la 4:30 de la madrugada, debían esperar los pasajeros el tiempo necesario hasta que volviera el tren. Para entretenerse, alguna gente se acomodaba para cenar y otra, se disponía a jugar al chinchón o escuchar música con los arpistas de San Salvador, que se acercaban a actuar para los pasajeros, a cambio de algunas propinas o simples gastos de caña o cerveza. Para los desprevenidos en San Salvador, vendían como gallinas negras (ryguasú kambá) los memorables cuervos (yryvú).

Bonifacio y Elcira también se acomodaron en un rincón bajo una frazada, prestada por doña Ninfa de su compañera de viaje. Bonifacio rápido recobró su temperatura normal y se arrimó a Elcira en señal de querer recordar lo sucedido en el arroyo. Elcira se corrió de Bonifacio y se topó con la pared. Bonifacio siguió con su proyecto y pronto Elcira se dejó, una vez más, representar la escena de la lavandera en el abrevadero. Nadie se dio cuenta de que ellos, más que frío, tenían ganas de emular lo que vieron una siesta como dos niños traviesos que eran.

En la estación había innumerables braseros y en sus alrededores, los resignados pasajeros que deliraban por abordar el tren con rumbo a Villarica o Asunción. Transcurría la madrugada y la gente se divertía a pesar del frío. El arpa dejaba escapar la melodía quejosa del «Reservista purahéi» y una polca vibrante como «Llegada». Otro vociferaba ofreciendo chipas en todas sus variedades, pastelitos, lambreados, mbejú, cavuré y chicharrones. La gente esperaba mucho tiempo en San Salvador pero no pasaba mal, cada uno elegía como matar sus ratos.

Otros prefirieron caminar hasta Villarrica por vía férrea, antes de vararse por varios días aguardando el bendito trasbordo. Pero la mayoría no podía abandonar sus encomiendas y perderse el pasaje hasta Asunción. No quedaba otra cosa que esperar y esperar, con la mayor paciencia y resignación.

Los únicos que salieron beneficiados fueron Bonifacio y Elcira que lograron pasar juntos los últimos tres días. Llegaba la noche y doña Ninfa le sugería a su hijo descansar al lado de Elcira.

-130-

-Boní, m'hijito, descansá ahí con Elci que es como tu hermana.

-Bueno, mamá, si no tengo otro lugar no importa -decía Bonifacio todo compungido.

Esta situación se repitió durante tres noches en San Salvador, hasta que una mañana vino llegando el tren de Encarnación y pudieron al fin tomar el trasbordo. Este tren era mucho mejor y llevaba otra velocidad, superior al que vino de Avaí. Rápidamente llegaron a Villarrica y muchos de los pasajeros descendieron en esta ciudad. El resto siguió viaje hacia Asunción, aunque algunos bajaron también antes como en Sapucái, Areguá y Luque.

Tardaron como 8 horas más para llegar a Asunción, a 200 km de San Salvador; después de descarrilarse dos veces y tomar agua como una hora en Sapucái. Al llegar a Asunción doña Ninfa retiró sus bolsas de soja, maíz y fardos de tabaco, se dirigió al acopiador de productos agrícolas. Pudo vender su mercadería sin inconveniente y luego recorrió la ciudad haciendo compras. Bonifacio se quejaba de sus zapatos que le sacaban ampollas, ya que no estaba acostumbrado a calzar tanto tiempo y para peor, caminando con bultos a cuestas. Tuvo que sacárselos pronto y andar por la ciudad como si fuera en su chacra, descalzo sobre el asfalto.

Doña Ninfa se dirigió por último, antes de hospedarse en una pensión recomendada por don Odilón, a la casa de herramientas agrícolas y ferretería general. Se presentó, al dueño del comercio, como esposa de don Odilón y explicó el motivo de su visita.

-Aquí le traje, señor Arellano, a mi ahijada Elcira para su servicio

-ofreció doña Ninfa como si fuera un producto más de su cosecha.

-Muy agradecido, señora, así me había prometido don Odilón y así lo cumplió -contestó muy contento mientras observaba de reojo la flaca figura de Elcira.

Bonifacio asistía a la conversación como distraído y mirando de vez en cuando a Elcira, que parecía muy acongojada por no tener otra alternativa que quedarse en manos de un señor extraño.

-131-

-Aunque no parece, señor Arellano, pero Elcira ya cumplió los 15 -añadió finalmente doña Ninfa y dio por terminada la presentación de su ahijada.

Se despidieron pero antes le pidió a Elcira que no se olvidara del Tuna y su familia. Bonifacio sólo tragó en la garganta algo duro, miró por última vez a Elcira y se refugió en un doloroso silencio.

1992

-[132]- -133-

Morir después

Y de golpe comprendo

que mi patria

[...]

se ha vuelto este pedazo de sombra...

R. Bareiro Saguier

Desde el levantamiento de Concepción, durante la revolución del 47, Lázaro Rivas se puso al frente de una montonera que apoyaba incondicionalmente a los rebeldes, en su lucha contra la dictadura moriniguista. El Paraguay estaba ocupado por el enfrentamiento total entre dos bandos que pugnaban, ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, valle por valle y selva por selva, por conservar el poder los gubernistas y por derrocarlos del mismo los insurrectos.

Lázaro Rivas no tardó en contar con mil quinientos hombres para lo que mande la revolución, pero los jefes de Concepción se entretenían, a pocos metros del Palacio de Gobierno, no pudiendo acordar la toma definitiva de Asunción. En el ínterin, las fuerzas oficialistas enviadas por Morínigo sobre Concepción, engañadas y evitadas por los rebeldes, ya estaban regresando a la capital y, sin proponerse siquiera, estaban encerrando a los sublevados y poniendo a tiro para la marina que -134- estrenaba sus ametralladoras automáticas, que hizo, llegar Perón a la dictadura en sus guardacostas King y Murature.

Lázaro Rivas entraba y salía de cualquier ciudad o pueblo sin encontrar resistencia alguna; ya que su fuerza era muy superior a todos los caudillos que apoyaban al gobierno. No obstante, Rivas llevaba adelante una disciplina ejemplar dentro de su tropa, conformada por hombres de todas las edades, cansados de los atropellos de Morínigo y sus criminales secuaces. Jamás permitía que sus hombres abusaran de nadie en una toma de pueblos o ciudades, en ocasiones de aprovisionarse de las grandes tiendas y acopiadores del país. Las mujeres debían estar a salvo de cualquier ofensa a su pudor, por más que sean novias o esposas de los colorados que se fugaban al ver entrar a las fuerzas revolucionarias. Así también a los niños había que tratarlos de la mejor manera posible, sin que se espanten de los tiros y forcejeos que se producían habitualmente, cuando los rebeldes ingresaban a un pueblo. Y si alguien violaba estas reglas fundamentales, era encarcelado por el Tribunal del Pueblo o pasado por las armas, en algunos casos.

No era costumbre de los rebeldes respetar a la familia de sus enemigos, sino vengarse cruelmente o tomar represalias en forma salvaje. Saqueando las casas o haciendas, violando a todas las mujeres, raptando niños y quemando ranchos y comercios. Así la cadena de venganzas no tenía fin, cada bando por turno se saciaba el odio y el bajo instinto en la humanidad de los inocentes. Había ciudades y pueblos que sufrían de día el asedio de los oficialistas, acusados de colaborar con la insurrección, y de noche, tildados de delatar a los rebeldes, avasallados por algunas montoneras rabiosas y necesitadas de víveres y apoyo popular.

Lázaro Rivas era un comandante de montonera excepcional, tenía conducta y honor para luchar contra la dictadura asesina: era temible para sus enemigos y adorado por la gente de los pueblos, por su generosidad a la hora de repartir provisiones y bondad, al momento de aplicar justicia a

todos: seguidores, enemigos y pobladores. Rivas y su tropa tomaban Caazapá, Iturbe, Yuty y otros pueblos cada vez que -135- querían y ponían, en todas las ocasiones, a disposición de la Junta del Gobierno Provisional Revolucionario, establecido el 3 de abril de 1947, en Concepción. Pero los jefes rebeldes querían llegar primero a Asunción y después coordinar los focos sublevados en el interior del país. Cada región tenía su montonera aliada de la revolución, pero cada una sin relación con las otras de la misma tendencia y surgidas todas bajo la misma causa de Concepción.

Lázaro Rivas gozaba de gran prestigio en la zona, por su coraje al vencer a la fuerza militar de la dictadura y autoridad moral, por defender la libertad y los derechos de los campesinos oprimidos por Morínigo. Era tan bien considerado por los pobladores de la región que lo apodaron comandante «niño» Rivas, por su especial sensibilidad hacia los niños y los más débiles. Aunque, a veces, burlado por sus propios seguidores por perdonar a sus enemigos y adversarios políticos. Rivas, sin embargo, no se cansaba de predicar e imponer, con la fuerza de su autoridad, disciplina y honor a su tropa de hombres arrastrados por la violencia y la desesperación.

La poca noticia que llegaba de Asunción desalentaba a los seguidores de Rivas. Decían que cómo podía ser que en una semana, a escasos metros del Palacio de Morínigo, no se tomaba el gobierno y convocar a los rebeldes de todo el país en apoyo al Gobierno Provisional Revolucionario. Pero los cabecillas del levantamiento ya estaban discutiendo, antes de tomar el poder, quién iba ser el nuevo presidente del Paraguay; mientras, Morínigo pedía tregua y se oponía para aplastar la revolución que le tenía en jaque. Rivas entendía perfectamente lo que ocurría, pero no podía hacer nada. No contada con medios de transporte para trasladar a su tropa de montañas a la ciudad, además de que la mayoría de sus hombres no había visto nunca una ciudad como Asunción, y menos aún tenía preparación para la forma de lucha que se llevaba entonces en un terreno como la capital. «Niño» Rivas comenzó a explicar que la revolución ya perdió su tiempo de ganar la guerra civil contra Morínigo, por lo tanto, la tropa debía estar alerta para la retirada o resistencia en caso de ser atacada -136- por las fuerzas de la dictadura. Durante esa confusión, algunos caudillos pasaron a favor de Morínigo y reclutaron a muchos campesinos pynandí, con promesas de que iban a quedarse con todo el dinero de los liberales, febreristas, comunistas y rebeldes en general, una vez llegados a Asunción y después de haber pisoteado a los revolucionarios, atrincherados alrededor de la cancha de Olimpia.

El comandante Lázaro «niño» Rivas esperó hasta lo último, al ver que Asunción fue recuperada por Morínigo y se aprestaba a barrer con todos, asumió la derrota con resignación e ironía. Reunió a su tropa y despachó su arenga final.

-Camaradas, compañeros y hermanos, la revolución está perdida y nos aguarda la muerte si seguimos en este lugar. Si les parece, podemos elegir morir ahora o después.

1992

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

